

los libros

Para una
crítica política
de la cultura

CORTAZAR:
Libro de Manuel

Nº 30 / Junio-Julio/1973 / \$ 5.-

**La ilusión cómica o el
teatro desde el punto
de vista de lo imaginario**

**Ideologías y
ciencias sociales**

**Acumulación y
centralización en la
industria argentina**

**MALDONADO:
el diseño todopoderoso**

Consejo de dirección:
Carlos Altamirano
Ricardo Piglia
Beatriz Sarlo Sabajanes

Producción:
Marcelo Díaz

Diseño Gráfico:
Isabel Carballo

Corresponsales:
Chile: Santiago Funes y Mabel Piccini; México: Eligio Calderón Rodríguez; Venezuela: Adriano González, León y Vilma Vargas; Paraguay: Adolfo Ferreiro; Uruguay: Jorge Ruffinelli.

LOS LIBROS. Redacción y Publicidad: Tucumán 1427, 2º P. of. 207 - Tel. 45-9640.

Representante para la venta en el exterior: Ediciones Argentinas, Exportadora e Importadora S.R.L.; Bolivia: Los Amigos del Libro S.A.; Colombia: Ediciones Cruz del Sur; Chile: Editorial Universitaria S.A.; México: Antonio Navarrete (Librería Hamburgol); Paraguay: Selecciones S.A.C.; Perú: Distribuidora Garcilaso S.A.; Uruguay: América Latina; Venezuela: Síntesis 2000. Registro de la propiedad intelectual N° 1.024.846. Hecho el depósito que marca la ley. IMPRESO EN LA ARGENTINA.

Composición Tipográfica en frío y armado original TÝCOM - Montevideo 581 1º F - Bs.As.

Impreso en **INTEGRAL S.R.L.**
Arregui 8049 - T.E. 806-7337

Tarifa de suscripción

Argentina	
12 números	\$ 60,00
América	
12 números	US\$ 10
Vía aérea	US\$ 15
Europa	
12 números	US\$ 12
Vía aérea	US\$ 18

Cheques y giros a la orden de LOS LIBROS, Tucumán 1427, 2º piso, of. 207, Buenos Aires, Argentina.

CORREO CENTRAL	Tarifa reducida Cond. N° 9002
	Franqueo pagado Conc. N° 3539

los libros

Para una crítica política de la cultura

Sumario

3 La ilusión cómica o el teatro desde el punto de vista de lo imaginario
por Octave Mannoni

13 Ideologías y ciencias sociales
por Manuel Castells y Emilio de Ipola

24 Acumulación y centralización en la industria argentina
por Eugenio Gastiazoro, Elsa Cimillo y Edgardo Lifschitz

34 Cortázar: entre la elipsis y el círculo
por Jorge Rivera

36 Maldonado: el diseño todopoderoso
por Jaime Zapata

La ilusión cómica o el teatro desde el punto de vista de lo imaginario*

Octave Mannoni

El presente texto corresponde al capítulo 7 de: Octave Mannoni, La otra escena. Claves de lo imaginario (Clés pour l'Imaginaire ou l'Autre Scène, Seuil, París, 1969), de próxima aparición en la Argentina, editado por Amorrotu editores, Buenos Aires (traducción de Matilde Horne).

Al abordar el teatro por su lado imaginario, nos vemos llevados a proponer la noción de ilusión (aún cuando no sea fácil decir dónde puede situarse esta "ilusión") y, por ende, la noción de identificación, más o menos vinculada con ella.

A raíz de esto, también pasará al primer plano la noción de personaje, lo cual nos inclinará a buscar nuestros ejemplos más bien en la comedia. Ello no implica, sin embargo, que tales cuestiones (ilusión, identificación, personajes) se planteen de manera esencialmente distinta en los otros géneros: en estos se encuentran menos manifiestas. Siempre que la escena quiera hacerse pasar por un lugar distinto del que en realidad es, siempre que el actor quiera hacerse pasar por otro, se creará una perspectiva propia de lo imaginario. Y no parece que el teatro pueda llegar nunca a escapar de estas condiciones, que, sin duda, son constitutivas. Pirandello, discretamente en algunas obras, y una o dos veces sin ningún disimulo, quiso hacer todo lo posible por presentar la escena como escena y los actores como actores, por una paradoja que no tiene nada de extraño, puesto que de todos modos se trataba de teatro; lo único que logró por este medio fue llevar hasta sus últimas instancias los efectos de ilusión, instalándose en el corazón mismo de ese imaginario que parecía denunciar. Brecht, quien, para eludir precisamente lo imaginario y las identificaciones, buscaba un efecto contrario —mediante el distanciamiento y la estilización— no podía ir más allá de ese cambio de estilo sin caer fuera del teatro. Quien asista a la representación de una pieza de teatro chino tradicional sin una preparación

previa, correrá el riesgo de ver la escena tal cual es en realidad, los actores tal cual son. También en este caso se tratará, *objetivamente*, de teatro, pero de un teatro que no producirá sus efectos específicos.

En oposición a la vertiente imaginaria, está la de las convenciones teatrales. Pero pronto veremos que esta distinción es ambigua. Las convenciones no cumplen, en el teatro, el mismo cometido que en el ajedrez o en la rayuela. Si la rayuela conduce al Paraíso pasando por el Purgatorio, estas son metáforas puras que ni siquiera necesitan ser imaginadas por los niños, o digamos más bien, para preguntarnos precisamente qué quiere decir esto, que no van acompañadas de ninguna "ilusión".

En otros juegos, menos formales, muy diversos y difundidos, las convenciones son más difíciles de separar de lo que por el momento llamamos ilusión. Si un grupo de niños juega a un juego en el cual una silla debe hacer las veces de un avión, será preciso empezar por decir —o lo que equivale a lo mismo, *sobreentender*— que la silla es un avión, y esta convención pueden los jugadores introducirla explícitamente con la fórmula: "se diría (nosotros diríamos) que la silla es un avión"^{**}. El empleo del condicional tiene aquí un carácter bastante singular, pero la expresión "se diría" revela instantáneamente una polisemia igualmente singular, pues los niños pueden entregarse al juego de manera tal que "se diría" ("se creería") que la silla es un avión. Una expresión como "ilusión lúdica" sería pleonástica, por lo menos según la etimología. Empero, el aspecto lúdico solo es claro en cuanto se

advierte cómo descansa sobre las convenciones; en él "se diría" que funda estas convenciones, sabemos *quién es "se"*: son los propios niños, en cuanto organizadores del juego. Pero el otro "se" del "se diría", el que enuncia la "ilusión", no sabemos *quién es*. Representa a una especie de espectador, que puede estar ausente o cuyo cometido puede ser desempeñado por los actores mismos del juego. Si suponemos que está presente y que dice: "se creería verdaderamente. . ." sabemos muy bien que en realidad él no *creería* nada.

Se ha dicho —fue Mallarmé— que en el teatro, en el escenario, no acontece nada real. Es verdad, pero no se puede tomar al pie de la letra esta manera de decir. Un técnico teatral puede asistir a una representación justamente para estudiar lo que hay de real en el escenario. No es semejante entonces a los demás espectadores, que han venido a ver algo irreal; pero estos son los consumidores; el otro, el técnico, es un conocedor que no consume, un catador que escupe y no traga. . . Aunque la comparación no tiene ningún valor, puesto que los espectadores-consumidores tampoco tragan nada. No vienen para que se los engañe. A decir verdad, tampoco se engañan con espectáculos muy diferentes —con los ilusionistas, por ejemplo—. ¿Quiere decir entonces que van al teatro para asistir a una situación ilusoria de la cual no participan?

Existe sin embargo la idea, flotante, imposible de fijar (en todo caso ha existido durante largo tiempo) de que el teatro debe "dar ilusión", más o menos. Probablemente a que así "deba" ser, y a que no sea así en los hechos, responda el gusto con que suele contarse la historia del rústico o del pueblerino que por primera vez asiste a una representación de

* Comunicación presentada en la Sociedad Francesa de Psicoanálisis. *La Psychanalyse*, n° 5.

** En nuestro medio, más que el condicional los niños utilizan el imperativo.

Julio César, y que al comienzo de la escena del crimen se pone de pie y grita: "¡Cuidado! ¡Están armados!" ¿Qué significa esta historia inverosímil? Nuestras ganas de que sea verdad, ganas que se confunden con la necesidad que alguien tuvo de inventarla, merecen quizá que nos detengamos en ellas.

Si los actores no pueden proponerse crear una ilusión, en el sentido propio de la palabra, actúan (juegan) en el interior de sus convenciones como si lo esencial fuese, mediante los disfraces, las máscaras, los trucos, producir esa ilusión. En la obra menos "realista" (adjetivo difícil de usar), donde los disfraces y los decorados se reducen al mínimo, si un actor debe representar a un muerto, tendrá que permanecer inmóvil. De lo contrario, ¿se podrá decir que nos damos cuenta de que no está muerto? Pero todo el mundo lo sabe, sólo que se diría que hay que disimular ese saber. ¿Disimularlo frente a quién? Si el polvo del estrado hace estornudar al muerto, no habrá convención que resista. La tensión que dichas convenciones mantienen cesa bruscamente, los espectadores estallan en una carcajada, el efecto teatral se destruye. (En beneficio de otra cosa; más adelante veremos de qué se trata.)

Los negros del Africa suelen declarar que, si bien en nuestros días ya no se cree en las máscaras, en otros tiempos se creía. Afirmación por cierto extraña y en todo caso rigurosamente incontrolable; no obstante, los etnógrafos tienden más bien a admitirla que a criticarla. Me parece mucho más prudente ver en ella el equivalente exacto de nuestra historia del campesino en el teatro. En una palabra, si en el teatro o en presencia de las máscaras no somos víctimas de una ilusión, se diría que, para nuestra propia satisfacción, necesitaríamos que alguien sea presa de esa ilusión. Todo parece estar urdido para producirla, pero no en nosotros sino en otro, como si estuviésemos en complicidad con los actores. Ahora adivinamos quién debe estar representado por el "se" del "se diría", a través del cual se expresaba la insalvable ilusión lúdica.

Porque antes, seguramente, se "creía en las máscaras", si es que la expresión "creer en las máscaras" tiene algún sentido, cosa que examinaremos más adelante. "Antes" quie-

re decir, me figuro, "en la infancia". Se nos ocurre entonces, naturalmente, la idea de una explicación que no ha de ser del todo falsa, aunque sí un poco simple. Y es que hay algo en nosotros, algo del niño que fuimos, que de alguna manera debe subsistir, en algún lugar del yo; tal vez por el lado de lo que Freud, siguiendo a Fechner, llama precisamente (¿y por qué está metáfora?) la *escena* del sueño; en esa parte, por así decirlo retraída de nosotros mismos, estaría el lugar de la ilusión, esa ilusión que por ahora no sabemos en realidad en qué consiste. Sería esa parte de nosotros mismos la que estaría representada, personificada, por los seres crédulos de antaño, según cuentan los negros, o por el aldeano que se deja atrapar por la ilusión.

Es crédulo, víctima de la ilusión, figura en ocasiones, por otra parte, en el teatro mismo. Su presencia se hace manifiesta, no tenemos necesidad de buscarla. En una comedia de Corneille, llamada justamente *l'illusion comique*, quien ocupa este lugar es uno de los personajes: Pridamant (este es su nombre). Ansioso por tener noticias de su hijo Clindor, consulta a un mago quien, con un golpe de su varita mágica, descubre una cortina y hace aparecer la vida a la vez brillante, ridícula y trágica de Clindor. Lo que ha ocurrido es que Clindor, el exiliado, se ha convertido en comediante, y lo que Pridamant presencia es una comedia, convencido desde luego de que se trata a la vez, hecho harto significativo, de un golpe de magia y realidad.

La *fierecilla domada* de Shakespeare se representa, supuestamente, para divertir a un borracho, Sly. Cier-to es que el espectáculo se ofrece a Sly como comedia y no como realidad. Sin embargo, para transformarlo en espectador, se le presenta por realidad una comedia mucho más sorprendente. Aprovechando el sueño de la borrachera, lo acuestan en el lecho del Lord, y, al despertar, lacayos y sirvientes logran persuadirlo de que es el propio Lord; que su extrañeza se explica por una amnesia y que para divertirlo se representará en su honor una comedia. Alguien, se diría, no importa por qué medios, debe tener una ilusión. En realidad Shakespeare no inventa nada; tampoco Corneille: no hacen más que seguir una antigua tradición, y durante mucho tiempo se ha dado a estas escenas

introdutorias el revelador título de *inducciones*.

Por lo tanto, según esta manera de ver, tres términos como mínimo serían necesarios para instalar a alguien en su función de espectador teatral. Es en cierto modo como si llevásemos de la mano a la persona que será objeto de la mistificación —el niño a quien las personas mayores quieren hacer creer que Papá Noel existe, o el campesino en el teatro, o Pridamant, etc.—.

Nuestra situación recuerda entonces la que se produce en el sueño. Freud, en el caso de los sueños en que sabemos que dormimos, en que lo sabemos explícitamente, no vacila en afirmar que siempre es así, que siempre sabemos que dormimos, del mismo modo como siempre sabemos, durante el dormir, que estamos durmiendo, si bien es un saber que se nos oculta. En el teatro, lo que en general se nos oculta, y que estaríamos tentados de decir que es *otro*, o que no podemos ser nosotros mismos sino en nuestros momentos de flaqueza o de absorción, sería ese yo del sueño, que Freud, hacia el final de la *Traumdeutung*, llama el *agente del sueño*.

Así, la naturaleza de la ilusión teatral no puede comprenderse cabalmente tan solo con referencia a un problema de *creencia*. La expresión "creer en las máscaras" no tendría ningún sentido si quisiera decir que creemos en las máscaras como algo verdadero o como algo real; por ejemplo, que tomáramos las máscaras por rostros verdaderos. Lo cual en realidad daría como resultado que no hubiese para nada efecto de máscara. La máscara no pretende ser para otro lo que no es, pero tiene el poder de evocar las imágenes de la fantasía. Una máscara de lobo no nos asusta a la manera del lobo, sino a la manera de la imagen del lobo que llevamos en nosotros. Decir que antes "se creía en las máscaras" significa que antes, en cierta época (en la infancia), lo imaginario reinaba de una manera distinta que en el adulto.

Extremando las cosas, se llegaría a admitir que, en el adulto, los efectos de máscara y los de teatro son posibles gracias, en parte, a la presencia de procesos emparentados con los de la negación (*Verneinung*); que es preciso que eso no sea verdad, que sepamos que no es verdad, para que las imágenes del inconsciente sean verdaderamente libres. El teatro, en

ese momento, tendría un papel propiamente simbólico. Sería totalmente algo así como la gran negación, el símbolo de negación, que hace posible el retorno de lo reprimido bajo su forma negada. Evidentemente, es arriesgado querer buscar demasiadas precisiones por este lado, pero se advierte cuán lejos estaríamos de una ilusión que fuese la presentación de algo falsamente. Puesto que esa ilusión nunca es, por cierto, nuestra ilusión, sino siempre —extrañamente— la de otro espectador que no sabemos donde situar.

Es más fácil comprender ahora, de qué manera aquéllo que, muy a la ligera, se ha dado en llamar la imitación de la realidad en el teatro, ha sido siempre, aunque no se lo sospechara, una pura cuestión de convenciones. Que se supriman los decorados o los disfraces, que se recite el texto o que se lo represente, no hay mayor diferencia. Cuando Antoine quería obrar de manera más "real", trataba sencillamente de inaugurar un estilo, una moda incluso, sin importancia y transitoria.

Sin embargo, no acontece lo mismo en cuanto nos alejamos del teatro propiamente dicho. Las escenas de posesión, tal como se las puede ver en Haití, o mejor aún en Etiopía, donde Leiris estudió sus "aspectos teatrales", nos hacen ver algo más. Parece que las personas sujetas a estas crisis de posesión podrían dividirse, *grosso modo*, en tres categorías. Las primeras presentan un trastorno psíquico, un síntoma, que al mismo tiempo, como todo síntoma, es un intento de curación. Otras, más o menos voluntariamente, representan el síntoma, lo convierten en un papel, identificándose de manera más o menos consciente con otros procesos. Resulta difícil distinguir una de otra estas dos categorías. Por último otros —digamos que son los posesos profesionales— parecen simplemente atenerse a ritos y observar convenciones. No obstante, no existe crisis de posesión, por muy "sinceramente" sintomática que sea, que no obedezca a ritos, que no tenga su significación. Siempre se reconoce el *Zâr*, y se le da su nombre. A la inversa, no hay conjunto de ritos y recetas, siempre y cuando sean suficientemente bien ejecutados, que no despierte de algún modo lo imaginario y remita al síntoma. A estas crisis representadas, Leiris las considera más teatrales que las demás, y no estaría lejos, me parece,

de considerarlas un poco como imposturas. Cuando lo único que permanece es la ilusión teatral, habría en cierto modo impostura.

Porque allí, ante un público que cree en los *Zâr* (un público que es en la ilusión muy distinto del espectador de teatro), y a no se sabe dónde termina ni dónde comienza la impostura, ni dónde el puro espectáculo. Para que haya puro espectáculo, es preciso que lo imaginario esté en cierto modo acantonado en su lugar de imaginario. Mientras que hay impostura si el actor es un actor, es decir un simulador; a menos que, como en el teatro, se dé (tácitamente) por tal.

Cuando lo imaginario prevalece, cuando no nos contentamos con nombrar al *Zâr*, o con representarlo en ausencia, sino que está allí, ya se trate del síntoma —y un síntoma de todas maneras, no siempre es reductible a un papel, aunque nunca esté muy lejos de serlo—, en ese caso el espectador es atrapado de una manera muy diferente. Puede ver en ello algo teatral, pero como veremos más adelante, sólo metafóricamente. Sin embargo vemos ya adónde pueden llevarnos nuestras reflexiones. No hay nada más fácil que demostrar que el espectador de teatro está en la ilusión, así como no hay nada más fácil que demostrar que se identifica con los personajes. Lo difícil es demostrar cómo y por qué esta no es una ilusión como las demás (no se trata de engañarse o no), y también será problemático el mostrar por qué la identificación en el teatro no tiene radicalmente nada en común con la identificación histórica. En su comentario sobre *The Turn of the Screw (Otra vuelta de tuerca)*, Henry James, de manera bastante enigmática, opone a una "credulidad sin arte ni medida", una "credulidad conscientemente cultivada", que es precisamente la que cultiva el artista. (*The Turn of the Screw* es un relato donde se plantea la cuestión de la creencia en aparecidos.) Esta frase de James me hace pensar que, en sus reflexiones sobre su arte, tropezó con un problema bastante similar al que nosotros encontramos en el teatro. Pero esa credulidad conscientemente cultivada no es de ningún modo una credulidad; es, en virtud de las convenciones, en virtud de lo simbólico, una especie de recuperación de lo imaginario.

Para poder reconquistar y organi-

zar lo imaginario, es preciso ante todo ir a buscarlo donde está, por el lado del agente del sueño, lo cual sólo puede lograrse recreando artificialmente la confusión, supuestamente original, entre lo real y lo imaginario; y ello puede hacerse mediante un procedimiento de negación.

Confusión que Corneille, en *l'Illusion comique*, nos muestra todavía bastante mal: sugiere que el teatro podría tomarse por la vida real. Nosotros, que somos precisamente espectadores de su obra (que no se representa a menudo), que somos presa de todo cuanto puede tener de auténtico la ilusión cómica, sabemos muy bien que, justamente, no se trata de eso, puesto que, a diferencia de Pridamant, estamos en el secreto. Mejor lo muestra Pirandello. Por ejemplo, en *Questa sera si recita a soggetto* (no es una de sus mejores obras, precisamente porque el afán de explicar es demasiado claro) la muerte del padre es representada como teatral, quiere ser teatro como tal. El actor, que aparece como un actor, entra, cubierto de sangre, para lamentarse de que le hayan malogrado su entrada; no quiere seguir actuando, es decir, no quiere "morir". Se le ruega que de todos modos lo intente. Lo intenta, pero le viene un ataque de risa. Entonces se enfada, explica que sin embargo había preparado bien su parte, y nos dice cómo la hubiera representado; hubiera juzgado su destino, su posición en la vida, y ya no se llega a discernir el rencor del personaje que malogró su vida del propio del actor que malogró su entrada! Sin embargo, la "ilusión cómica" está presente. El actor no tiene más que dejarse caer para mostrarnos como *moriría* (si su entrada no se hubiese malogrado) y quedamos tan sobrecogidos como ante cualquier muerte de teatro. De teatro, es claro. No como ante una muerte real. Contrariamente a lo que quería hacernos imaginar Corneille; es una muerte de un orden muy distinto! La ilusión cómica subsiste cuando la muerte es presentada en cuanto papel por representar, y en rigor de verdad ello no puede ser de otro modo. Siempre fue así, porque siempre sabemos que hay un juego (una actuación); Pirandello no transforma el teatro, sino que nos revela uno de sus aspectos, un aspecto esencial que, por así decirlo, se nos ocultaba. (Sabemos perfectamente bien que Piran-

dello utiliza un artificio: lo que tomamos por el actor es ya un personaje, el verdadero actor está detrás — pero esto quiere decir sencillamente que lo que Pirandello nos presenta sigue siendo teatro y no otra cosa). En todo caso, lo que Pirandello nos demuestra es que la instancia del yo, cualquiera que sea, que se encarga de decirnos “esto es verdadero”, “esto es falso”, “esto es real”, “esto es irreal”, no tiene en el fondo como ya lo vimos en otro contexto ninguna jurisdicción en el interior de esa otra instancia que es la del sueño, donde el problema de la distinción entre lo imaginario y lo real no se plantea. Y, por lo tanto, tampoco el de la ilusión. Lo imaginario parece ser, en última instancia, algo así como la sombra proyectada de los simbólico (pero una sombra proyectada de la que solo los psicóticos pueden prescindir. . .)

Entre los escritos analíticos, clásicos, no hay muchos referentes al teatro. No cuento como tales los trabajos que analizan el contenido de una obra, como las interpretaciones de *Edipo Rey* o de *Hamlet*, por ejemplo, porque poco cambiarían si solo se tratase de interpretar el *mito* de Edipo o la *historia* de Hamlet, sin considerar la forma teatral. El principal estudio sobre el teatro en cuanto teatro sigue siendo, probablemente, el artículo de Freud de 1906, y que sólo se publicó en 1942 (en inglés)¹.

No obstante, el teatro no está ausente de los diversos escritos que tratan otros problemas. Por el contrario, la adopción de expresiones, las comparaciones y las metáforas que constituyen alusiones o referencias al teatro son muy numerosas. Se puede decir que con mucha frecuencia Freud compara la vida psíquica en su totalidad con un teatro, su escenario, sus bambalinas, sus personajes. En *Más allá del principio del placer* (1920) Freud habla del niño que juega a *fort und da* en términos que lo convierten en director escénico y en espectador del más rudimentario teatro de marionetas. E inmediatamente después, cita expresamente la tragedia, para aclarar un aspecto del juego del niño: en ambos casos se trata de juegos

capaces de volver agradables experiencias en sí mismas penosas. Pero como lo que se propone es, precisamente, ir más allá de lo agradable, interrumpe estas consideraciones, no sin antes expresar la esperanza de que algún día estos problemas puedan volverse a tratar mediante un “sistema de estética capaz de abordar el problema desde un punto de vista económico”. Su intención es dar una respuesta al problema, no tanto del placer que se experimenta en el teatro, cuanto del placer que puede experimentarse frente a la representación de situaciones penosas — tal como puede presentarse en el teatro.

En el artículo de 1906, ya había intentado hallar una respuesta parcial a esta cuestión, planteándola del siguiente modo: ¿cómo se puede experimentar placer viendo representar en el escenario personajes psicopáticos? Su respuesta es que el espectador se beneficia con una economía de esfuerzo al tomar conciencia de pulsiones que ya no necesita reprimir, y agrega que, por otra parte, el dramaturgo debe, no sólo favorecer esa liberación, sino al mismo tiempo reforzar la resistencia². Pero antes de dar esta respuesta o esta conclusión puramente económica, es decir, donde no se trata sino del equilibrio de las cargas y contra-cargas, Freud había planteado el problema en términos muy distintos, que difícilmente podrían reducirse a un punto de vista económico.

El teatro, dice, es el heredero del juego y tiene su misma función.

Los niños son demasiado peque-

² Evidentemente la identificación con el personaje como tal forma parte de nuestras defensas. Si no fuera así, ninguna *comedia* sería posible. Sería una gran ingenuidad intentar suprimir toda defensa; si se elimina una, otra la reemplazará inmediatamente. La forma en que Mallarmé interpreta Hamlet (el príncipe es nuestra juventud que se mantiene inalterable en nosotros — “no puede devenir” — y simultáneamente Polonio nuestra sempiterna vejez) elimina al máximo el personaje escénico; el error de los actores de la Comédie-Française (en 1885) consistía — Mallarmé nos lo hace ver — en querer darle una excesiva importancia. Simple cuestión de estilo. Pues si las *dramatis personae* logran, como lo desea Mallarmé, convertirse en los símbolos de nuestro drama íntimo, no por ello son menos imágenes del Yo, que forman parte de nuestras defensas narcisísticas. Si el estilo se vuelve didáctico, o agresivo, nos vemos, claro está, en la necesidad de defendernos de otra manera, pero nunca menos.

ños y juegan a hacer lo que hacen los adultos. Lo mismo acontece en el teatro. El espectador es un señor que tiene una vida demasiado pequeña, no le sucede nada importante, la verdadera vida está en otro lado, y si el niño desea ser adulto, el adulto, a su vez, desea ser héroe. El teatro permite al espectador identificarse con un héroe (es decir, como luego lo precisaremos, se trataría de una identificación en el nivel del ideal del yo), y ello se podrá hacer en el teatro con toda clase de ventajas: economía en cuanto a los temores y peligros del verdadero heroísmo, satisfacción consiguiente de saber que eso es un juego, y satisfacción de saber que es otro quien sufrirá por ello.

Este texto sitúa claramente el origen del teatro en el *aburrimiento*. (El espectador es alguien a quien no le ocurre nada). Algunas obras comienzan hábilmente con la pintura de ese aburrimiento; *Fantasio*, por ejemplo, se inicia con una verdadera inducción; una maniobra para solicitar la identificación de parte del espectador; a él nunca le sucede nada, quisiera ser ese “señor que pasa”, a quien, quizá, le suceden cosas interesantes, y, para terminar, asumir un papel y un disfraz, se identificará con el bufón del rey. Sin embargo, *Fantasio* no es un héroe, es, como el espectador, alguien que procura, sin mayores riesgos, aparentar, alguien que necesitaría ser un héroe, y, sin que llegue a serlo, le sucederán cosas interesantes. A decir verdad, resulta cada vez más claro, desde la época en que escribía Freud, que no es esencial, para que haya teatro, que exista héroe. El ideal del yo está cada vez menos en juego, y es el yo, a semejanza del soñante del que habla Delboeuf (citado aprobatoriamente por Freud en la *Traumdeutung*), “quien representa a voluntad el papel de los locos y los cuerdos”, ya en el teatro como en el sueño.

El lugar de lo imaginario es el yo, no el yo de los comienzos de la teoría freudiana, encargado de asegurar la adaptación a la realidad. Es, por el contrario, el yo del narcisismo, el lugar de los reflejos y las identificaciones³. Es allí donde estará

¹ *Standard Edition*, VII, p. 305. Personajes psicopáticos en el teatro D.C. vol. IV.

³ Este Yo es el lugar de todas las identificaciones preteritas y posibles. Los novelistas y los dramaturgos lo han sabido siempre.

situado el único teatro "prototipo de todo el resto", del que habla Mallarmé, "el teatro de nuestro espíritu". Es en todo caso el lugar de la manifestación de todo personaje y de toda figuración. En el teatro, las otras instancias le están subordinadas. Por ejemplo, el superyó será el superyó de algún personaje. No se llega a personificarlo, a darle forma humana: es la estatua del Comendador, más máquina que persona, o en rigor el fantasma de Hamlet. Un manequí serviría mejor. Para evocar el superyó, el teatro debe aproximarse peligrosamente al *guignol* — peligrosamente a causa del peligro de hacer reír —. ¿Y quién sería lo bastante psicótico para identificarse con la estatua del Comendador? Hay aquí además una indicación vaga, y adivinamos que el *guignol* es un teatro de una época en la que el superyó no estaba aún nítidamente constituido como instancia aislada. Hay algo infantil, que se percibe como tal, en el hecho de representar en el escenario a la estatua del Comendador.

Sin duda alguna, el teatro puede presentarnos el ideal del yo, (no tan bien, hoy en día, como otros espectáculos: los espectáculos de aventuras las películas con vedettes, etc.). Pero desde el momento en que el héroe ya no es necesario, en que basta con el personaje, ya no nos parece esencial mencionar el ideal del yo. Por lo demás, la noción de personaje es de origen teatral; muchas de las primeras novelas sin héroe, y por lo tanto de personajes, son novelas cómicas, y cuando Balzac se vio a sí mismo ante todo como inventor de personajes, dio a su obra el nombre de *La comedia humana*.⁴

Es difícil decir por qué, en nuestros días, las cosas no son tan claras cuando se trata de la identificación con un héroe. Hay en ello un cambio histórico, una modificación de la personalidad típica de la época, de la personalidad "básica", y esta modificación parece haberse producido justamente en las relaciones del yo con el ideal. Sería necesario discernir la psicología del honor. Yo no me arriesgaría a ello. Hubo un tiempo en que todo París tenía para Rodrigo los ojos de Jimena, lo que es una

manera — tal vez — de expresar que no se identificaban directamente con Rodrigo, que Rodrigo seguía estando de alguna manera separado — como el ideal —.

Hoy en día, a este papel del héroe le falta profundidad (las profundidades están del lado del yo; el ideal, en cambio es más bien plano, como una pintura). No hay en nuestros días ninguna manera de eludir esta desagradable opción: o bien uno se cree Rodrigo (cuidado con el ridículo), o bien se lo elige como papel y se lo representa, lo que tampoco es soportable y revela en forma demasiado clara una propensión megalomaniaca a las fanfarronadas. Esta dificultad, bajo una apariencia por cierto diferente, existía ya en tiempos de Corneille, pues en el mismo año se crearon el Cid y Matamoros (justamente en *l'illusion comique*). Matamoros es el que se identifica con el Cid; y ¡qué peligroso debió ser representarlo! ¡cuánto habrá tenido Corneille que cargar las tintas de esta caricatura, para que hoy en día la obra sea difícilmente representable! En aquel entonces había quizás entre el público más fanfarrones que hoy.

Pero consideremos todavía, en una obra antigua, un "héroe" — o un antihéroe — con quien no correríamos, al menos en apariencia, el riesgo de identificarnos. Tomemos a Tartufo ¡No se podría decir, es claro, que todo París veía a Tartufo con los ojos de Orgon! No anhelamos, por cierto, vernos en Tartufo. Pero, como papel, Tartufo es en rigor tentador, y en ciertas condiciones, podemos hacer de Tartufo, mucho mejor, en todo caso, que como podríamos hacer de Cid. Samuel Cramer, en la *Fanfarría*, adopta conscientemente el papel de Tartufo. También Valmont, en *Las Relaciones peligrosas*. En *Il piacere dell'onesta*, Baldovino asume un verdadero papel de Tartufo, y los espectadores se identifican con él con toda naturalidad, justamente porque Baldovino no es Tartufo, sino que lo representa. Baldovino lo representa, naturalmente, de la manera más equívoca, y hasta llegamos a temer que lo sea en realidad, o que se convierta en Tartufo, y temblamos sin cesar, con el peligro de que, o bien la identificación se rompa

en nosotros en un impulso de virtuosa indignación, o, de lo contrario, de que la identificación, si subsiste, nos revele, horrorizándonos, qué especie de Tartufos podríamos ser nosotros mismos. Llegamos de este modo a un punto en el cual captamos una suerte de posible alternativa entre la identificación y la proyección. (En el teatro la proyección es, seguramente, una identificación rechazada). Tartufo no es un personaje con el cual aceptemos identificarnos; nos invita a proyectar. Pero, cosa singular, podemos identificarnos con alguien para quien la tartufería fuese un *papel*. En ello estriba la diferencia entre el héroe y el personaje de teatro. El héroe es un ideal, el personaje es uno de los innumerables papeles del yo. Ni el héroe ni el personaje son alguien, ni están dados por tales. El actor no es un ilusionista. Pero el héroe y el personaje ocupan en las estructuras del yo lugares diferentes.

Pero, ¿qué es un papel? Comencemos por considerar un elemento importante: el disfraz. En *l'illusion Comique*, el mago — cito la indicación escénica de Corneille — "corre un cortinado, detrás del cual se exhiben los más bellos atavíos de los comediantes", y declara a Pridamant:

Jugez de votre fils par un tel équipage.

Eh bien, celui d'un prince a-t-il plus de splendeur?

Et pouvez-vous encor douter de sa grandeur?

(Juzgad a vuestro hijo por estas vestiduras. Decid; ¿tienen acaso las de un príncipe más esplendor? ¿Y podéis todavía dudar de su grandeza).

Pridamant responde, con sensatez y modestia:

Mon fils n'est pas d'un rang a porter ces richesses. . .

(Mi hijo no tiene rango para vestir tales riquezas. . .)

Y Alcandre, el mago:

Sous un meilleur destin, sa fortune rangée

⁴ El hecho de que este título evoque el del Dante no cambia su significación.

~~Et sa condition avec le temps changée,~~

Personne maintenant n'a de quoi murmurer

Qu'en public de la sorte il aime a se parer.

(Por un mejor destino su fortuna dispuesta y su condición con el tiempo cambiada. Nadie tiene ahora por qué murmurar si así en público gusta de engalanarse).

Pridamant, claro está, no comprende que ese cambio de condición se debe a que su hijo se ha convertido en comediante. Pregunta ingenua (y significativamente):

Mais parmi ces habits, je vois ceux d'une femme.

Serait-il marié?

(Más, entre estos ropajes, veo los de una mujer. ¿Se habría casado?).

Desde el punto de vista, el teatro permite, por medio del papel, del disfraz, lo que no permite la vida. Pero lo permite al actor. "Nadie tiene por qué murmurar" si el actor se pone en una condición que no es la suya (gran personaje o personaje de otro sexo). Pero entonces yo, espectador, no puedo olvidar nunca —en el nivel del yo, dejando de lado el ideal— que no voy al teatro para ver cómo se es rey con el asentimiento de todos, sino cómo, con el asentimiento de todos se simula serlo. Si soy histérico, puedo optar entre convertirme, de otro modo, en el Rey o en el actor, o en ambos. Pero si soy un simple espectador del teatro, no soy actor, no soy rey; también aquí es otro quien puede serlo, y si el teatro pone en cierto modo en movimiento mis capacidades de identificación y las libera, al mismo tiempo —por sus convenciones, por su institucionalización—, fortalece las protecciones y las defensas.

"Se había levantado el telón, y yo esperaba todavía". Es decir, que la obra había comenzado y el aburrimiento persistía; como si no se hiciera teatro para suplir por una vida mejor o más grande una vida demasiado pequeña, (como dice Freud poco más o menos), una vida en la que no pasa nada, sino para producir sucesos de una naturaleza muy diferente, por el hecho de que

no se producen sino en la parte imaginaria del yo; y por lo demás no hay duda de que el teatro se hace por eso. Y no es necesario para ello que haya confusión con la realidad. Al contrario, es necesario que esa confusión se excluya. Por eso los histéricos no son los mejores espectadores, aunque quizá sean los más sensibles. . .

Una confusión de esta índole no siempre puede evitarse, en forma emotiva. Por ejemplo en *Hamlet*, el Rey y la Reina no pueden asistir al asesinato de Gonzago con el desapego que conviene a un espectador.

Esta situación que crea Hamlet, al introducir en forma tan reveladora el teatro en el teatro (en esta duplicación están prefigurados todo el pirandellismo y muchas otras cosas), esta experiencia shakesperiana es extraordinariamente rica en enseñanza.

Hamlet ha comenzado por identificarse con un actor. Cuando queda solo, bajo el efecto de esta identificación, se repliega sobre sí mismo y tiene una verdadera crisis de histrionismo: se hace el sólido razonamiento de que si un comediante profesional, por una reina (Hécuba) a quien no conoce, es capaz de tener lágrimas en los ojos, entonces él, Hamlet (sobrentendido: por otra reina), debería anegar la escena con su llanto, desgarrar los corazones, enloquecer al culpable, etc.

Pero se recobra: ¡Qué asno soy! ¿Soy acaso un comediante para contentarme con el juego teatral? Cambiando de lugar, no es ya quien representa sino quien hace representar, el maestro de ceremonias, y es entonces cuando imagina hacer de la obra *the mouse-trap*. A partir de ese momento, denuncia insidiosamente el teatro como artificio. No hay nada que temer, dice, se actúa por fingir, (*in jest*), además todo esto ocurrió hace mucho tiempo, etc. Ya no es más espectador, se ha convertido en el observador del Rey, porque el Rey no actúa. (No está previsto que deba actuar). Sin duda, el teatro se emplea así para fines que no son los suyos, se trata de una especie de prueba para distinguir lo verdadero de lo falso, pero esta experiencia nos confirma su carácter ternario.

Al mismo tiempo, y aquí es donde es preciso llegar, hemos visto el accidente que se produce antes de

que se constituya ese carácter ternario: la crisis de histrionismo en que cae Hamlet. (Para Shakespeare, se trataba tal vez de un problema de técnica, es el año en que los Niños de la Capilla hacen la competencia al Teatro del Globo, pero el recurrir a este punto de la historia del teatro no disminuye para nada el interés de este análisis; al contrario). En ausencia de la estructura ternaria no constituida aún, mientras Hamlet está frente al comediante como frente a un espejo, Shakespeare introduce en el teatro otra forma de lo teatral, a la que conocemos muy bien, es precisamente la que podemos encontrar, no por lo general en el escenario, aunque se la encuentre allí — la prueba —, sino en la neurosis. Y, desde luego, no es del todo lo mismo. El papel asumido en forma histriónica no está destinado a poner en movimiento libremente, —y tan solo en la *escena psíquica*—, las imágenes que el yo mantenía en reserva, sino sostener a todo trance una imagen de sí mismo a la que hace pasar falazmente —ante sí mismo y ante los demás—, por verdadera o real. Sabemos con seguridad que quien dramatiza de este modo el amor, por ejemplo, no está seguro de amar; quisiera estarlo, y quisiera que los otros, o el otro, lo ayuden también a estar seguro. Quien representa trágicamente los celos tiene mucho miedo de acusarse — o de que lo acusen — de no ser suficientemente celoso. Es el actor de su propio personaje, pone en su papel su propio valor narcisístico, y se pone frente a su espectador como frente a su propio reflejo. En cambio, la óptica escénica, el papel teatral, como hemos visto, introduce una estructura equilibrante — los análisis de Leiris estarían orientados en este sentido —; y esto confirma la observación de Freud: el teatro no sólo debe tener efectos de liberación psíquica, sino también *consolidar nuestras defensas*.

Durante un tiempo, Hamlet actúa tanto más dramáticamente su propio personaje cuanto que sus sentimientos de venganza estén menos afirmados, como nos lo revela en forma bastante clara la continuación de la obra; pero el estilo declamatorio, el histrionismo representado en la escena parecen tener su lugar en el teatro, e incluso cumplir una función. No sólo porque se puede poner en escena un carácter histriónico,

como cualquier otro carácter, sino también porque el público puede desear ver frente a él a alguien que represente su drama y declame su pasión como él — el espectador — se siente capaz de declamar, si no la suya, al menos la que sueña mostrar a los demás como un papel. Diría que lo teatral neurótico no es una imitación, una copia del teatro tal cual se lo representa, sino que sigue habiendo teatro cuando se representa en éste, como un papel, teatral. Quiero decir que el teatro puede integrar lo teatral espontáneo de la pasión y la neurosis, y que no es necesariamente aquel el que proporciona el modelo. Hasta se puede formular, casi con certeza, la hipótesis de que, como en las observaciones de Leiris, el teatro se origina en parte en lo teatral espontáneo.

Hasta ahora he hablado del teatral casi como si descuidase el hecho fundamental de que los actores representan personajes que hablan. Pero no lo he descuidado, eso es imposible; en lo que he dicho, la presencia del lenguaje está siempre sobreentendida. Me parece, empero, que los problemas relativos al lenguaje no se plantean especialmente como tales en el teatro. Los actores recitan sus papeles, de manera que parezca que hablan *como se habla*. Tienen parlamentos que les son atribuidos como máscaras; exactamente, como papeles. De este modo, la cuestión del lenguaje sólo se plantea en forma tan radical, y por sí misma, en la pantomima, donde justamente porque nada se dice, no se escucha sino eso.

Imaginemos una escena de teatro muda, como las hay. No es para nada una pantomima. Por ejemplo, un personaje de Labiche: ha entrado solo en un salón, no sabe cómo desembarazarse de su sombrero, luego se dedica a examinar uno tras otro los cuadros colgados de las paredes, para fingir que hace algo. Es una escena. Puede ser cómica si algo nos permite reconocernos en ese personaje, y si la identificación se rompe bruscamente y restituye una parte de nuestra libido a nuestro narcisismo amenazado. O bien si hay un elemento satírico o caricaturesco.

La misma escena es diferente en una pantomima. Para empezar, no hay sombrero, ni tampoco hay cuadros. El actor no es ya tan mudo, puesto que su juego consiste en suge-

rir algo que no está, del mismo modo en que se lo sugiere cuando se habla. O bien nos da a leer lo que hace. La ilusión en este caso es ambigua. Se creería ver un sombrero, más si se viera un sombrero, ¿dónde quedaría el interés de la escena? Para que ese interés exista, es preciso que se vea que no hay sombrero. En la escena muda, el sombrero se ve, no necesita ser expresado ni leído. El interés es otro.

Quando el actor habla, su parlamento forma parte del personaje, y es a éste a quien pertenecen los efectos de lenguaje. Si, por ejemplo, hace juegos de palabras, buenos o malos, es porque es un personaje que hace juegos de palabras, buenos o malos. De lo contrario, se dice que son *palabras del autor*, es decir, que ya no es más teatro. Advierto muy bien en qué consiste la dificultad. Cuando veo las cosas de esta manera, me siento llevado inevitablemente a hacer del personaje *una imagen que habla*, y, más aún, que habla una *imagen de palabra*. Pero esto no es tan simple. Los personajes no hablan para no decir nada, no cuchichean. Los sonidos que pronuncian tienen un sentido, y habría que ver cómo articular ese sentido con la imagen.

En el estudio del sueño, Freud nos advertía que las palabras que figuran allí no son verdaderas palabras, sino la repetición textual de palabras realmente pronunciadas. Al leerlo, diríamos que llegó a ese resultado por medios empíricos, estadísticos, pero es poco probable; ello es consecuencia de concepciones teóricas relativas al papel del preconscious.⁵ En todo caso, el actor recita textualmente, y lo escuchamos como tal. En una representación de *Enrique IV*, Jean Vilar se equivocó de nombre una vez. En el momento en que quiere demostrar que nunca ignoró nada de la comedia que se le hace representar, Enrique IV da sus nombres verdaderos a los consejeros secretos, y debe decir a Landolfo: "Tú te llamas Lolo". Ahora bien, Jean Vilar se equivoca y dice: "Tú te llamas Franco". Con toda naturalidad el actor que desempeñaba el papel de Landolfo, buen improvisador, corrigió el error diciendo, en el tono del personaje: "No, Lolo". Esto hubiera podido formar parte del texto.

⁵ Véase, p. ej., *Métapsychologie du rêve* S.E., p. 228. Adición Metapsicológica a la teoría de los sueños - O.C. vol I.

mostrar que sabe el nombre de Landolfo, pero comete un ligero error, y Landolfo, convencido ya, apabullado, ¡confiesa! En realidad, eso no está en el texto. Jean Vilar-Enrique IV respondió: "Pero es claro, Lolo", con una sonrisa muy especial que, por un breve instante, no se supo si era la de Jean Vilar o la de Enrique IV. De parte de Enrique IV, esa sonrisa quiere decir: Qué imbécil eres si crees que puedes ocultarme tu nombre. De parte del actor: Qué ingenuo eres al corregir un lapsus del que nadie se hubiese percatado. Por un instante, el papel recitado — la máscara verbal — se ha confundido en forma muy ambigua con el parlamento, o hubiera podido confundirse con él, no porque hubiese improvisación (la improvisación no modifica la esencia) sino porque la improvisación de Lolo: "Usted se ha equivocado de nombre" va, para quienes no conocen el texto, dirigida a Enrique IV, y para quienes lo conocen hubiera podido estar dirigida a Jean Vilar. Y si pensamos que está dirigida a Jean Vilar, ¡qué error entonces de parte de Landolfo! ¡La máscara, en lugar de ser reajustada con destreza, caería! Lo que por otro lado es interesante, desde el punto de vista de la psicología del actor, es que esta improvisación es fácil si, como se dice, el actor se siente cómodo en su papel. Pero esta es otra historia. El actor es dominado por su papel del mismo modo, o *un poco* del mismo modo, en que el poseso es poseído por su *Zar*. El que los gestos y parlamentos del papel tengan el poder de continuarse, si es necesario, en improvisaciones, en creaciones que se integran al propio papel, como en la *commedia dell'arte*, es un hecho bien conocido que, me parece, nos indica cuáles son los recursos misteriosos de las tiendas de lo imaginario, donde volvemos a encontrar las mismas fuerzas que actúan en el sueño y en las actividades creadoras. Pero todo esto lo veo sobre todo como el nudo de problemas todavía oscuros. *El papel dirige al actor un poco como el fantasma se revela en las actitudes.*

Al hablar del teatro, quizá sea necesario decir una palabra acerca de los otros espectáculos que, aunque se le parecen, son sin embargo absolutamente distintos. Algo he dicho ya del *guignol*, espectáculo para una edad, o para un nivel de la personalidad, en la que el superyó no es una

instancia separada. El pequeño espectador aprende a liberarse, a distanciarse de las figuras más o menos perseguidoras de su fantasía. Es un hecho notable, que habla elocuentemente acerca de la importancia de las técnicas, que la posición del espectador se transforme desde que los títeres accionados a mano son reemplazados por marionetas movidas por medio de hilos. Tiende a identificarse con el empresario, se transforma en demiurgo, manipula juguetes, muñecos, que son tal vez sus hijos. . . ¿No será que los títeres dan la sensación de estar en cierto modo ligados a los poderes demoníacos, y que por eso traen consigo un algo de terror y maleficio, mientras que las marionetas, aéreas, parecen sugerir más bien una atmósfera de cuentos de hadas?

Otro espectáculo, el circo, difiere del teatro, porque la muerte siempre está presente, siempre recordada, en el riesgo que desafían los acróbatas y domadores. Los "actores" que corren semejante riesgo deben necesariamente, para hacerlo, estar presentes, desde el momento en que son ellos mismos, sin que se interponga ningún papel. Los payasos, en cambio, no corren peligro de muerte, y, al amparo de un papel ridículo, están allí para subrayar la gravedad del peligro y al mismo tiempo para hacerlo olvidar. De este modo el circo se presenta como la *verdadera vida* de sus actores, sin nada más, sin una vida social fuera del circo, sin personalidad disfrazada. En la primera versión de *Lola Montes*, el circo simboliza, y con justa razón, no que se desempeña un papel, sino que ya no se tiene más vida privada. En el circo, no se es una *vedette*, se es un gladiador o un animal extraño.

En este caso, el cine es lo contrario del circo. (A ello se debe el que a tantos espectadores la primera versión de *Lola Montes* les haya parecido difícil de tragar). Allí el papel está tan separado del actor (a la manera, cabe decirlo, de una película) que el público está condenado a buscar al actor más allá, en tanto estrella: no estrella del espectáculo, en el que no está, sino estrella en su *vida de estrella*. El efecto del papel no es el mismo que en el teatro, y ello se percibe en el hecho de que el espectador, si se identifica con el personaje, siente la tentación de desempeñar el papel en serio, en la vida real. Diríamos que la ausencia del actor, en su realidad, tiene por efecto dar a

las imágenes del yo la libertad de una mayor emancipación. . .

Hay muchas otras clases de espectáculos; consideremos una más, extrema. En una sesión de strip-tease, no hay ni papel ni identificación. Allí el desnudo femenino se presenta en su totalidad, salvo algo que nunca se da, que no puede darse, y al rehusarlo se hace creer quizá que se pudiera dar. La naturaleza de ese algo que siempre falta hace que sea por así decirlo lo contrario del polichinela turco —Caragueuz— a quien nada le falta de lo que, en su viaje al Oriente, Gérard de Nerval llama graciosamente "las ventajas más descolantes de su desenfado". Así, después de haber dado una vuelta, no entera, pero bastante extensa, volvemos al *guignol*. (No he hablado de las sombras chinescas, del ilusionista, de los espectáculos deportivos, los desfiles, etc.). No sería difícil mostrar que en el teatro se puede introducir efectos de *guignol* (véase Ubu), de pantomima, y, en rigor, de *strip-tease*. Lo cual no impide que el teatro conserve su naturaleza particular.

En las diversas épocas, los efectos teatrales pueden haber estado orientados por el espíritu del momento: hacia los grandes mitos, hacia las religiones, hacia el ideal del yo, etc. Hoy en día, el teatro aparece bajo otra faz. Vemos esbozarse formas nuevas, obras donde el espectador es actuado, en las que se lo remite a su vida, a esa vida que juzgaba demasiado mezquina, a su aburrimiento. Empero, en la más difundida de sus formas actuales,⁶ lo vería de este modo: las demandas de los instintos y las exigencias del superyó son dejadas de lado. Con el ideal del yo, el espectador no negocia mucho más que el papel en la sala, según la forma en que está vestido, la fila que ocupa, las personas más o menos brillantes con quienes se hace ver. Estos preparativos son comparables, si se quiere, a los preparativos para dormir descritos por Freud; salvo que, en lugar de quitarse los lentes (o la dentadura postiza), lo que se pone a un lado es el ello, el superyó y el ideal (dejándolos si se prefiere al alcance de la mano). Una vez terminados, el espectador, inmóvil en su butaca, está, por así decirlo, estrictamente reducido a los puros intereses del yo, es decir, ante todo, exacta-

mente al aburrimiento. Al aburrimiento en estado puro, al que se experimenta frente al telón bajo. Los espectadores jóvenes no pueden soportarlo, y gritan "que empiece", o golpean el piso con los pies. Los otros lo engañan como pueden.

Cuando el telón se levanta, son los poderes imaginarios del yo los que el espectáculo libera y al mismo tiempo organiza, domina. No sabemos cómo decirlo, pues metafóricamente, la palabra *escena* se ha convertido en el término por el cual se designa el espacio psíquico por donde se pavonean las imágenes. Puede decirse que la escena del teatro pasa a ser la extensión del yo con todas sus posibilidades. Como en el sueño, poco nos importa que estas posibilidades sean sublimes o ridículas, que el soñante de Delboeuf represente a voluntad los locos o los cuerdos, que se trate de nuestros semejantes, de héroes o de fantoches. No iríamos al circo para ver a una vieja trapeceista que tiembla por tener que arriesgar su vida y que, por orgullo profesional, la arriesga en realidad más que nadie a causa de su debilidad. Pero un papel semejante, como todo papel, puede ser llevado al teatro sin mayor dificultad y se puede lograr que nos interese en él. ¿Es necesario decir que podríamos identificarnos con semejante personaje? Si se me contestase que sí, mi respuesta sería muy fácil: este tipo de identificación es tan factible en el circo como en el teatro. Entonces, lo que se produce en el teatro, y no en el circo, es de naturaleza diferente. No se trata de esa identificación. Diríamos que si alguien (un actor) nos muestra que es posible representar a ese personaje como papel, nos revela al mismo tiempo muchas otras cosas: la posibilidad misma de representar un personaje, todo nuestro acervo de papeles imaginarios, todas las vidas que no vivimos, todos los remedios para el aburrimiento; y todo esto nos lo revela ante el público, donde hay, creemos, vagamente, en alguna parte (no se sabe dónde) alguien (no se sabe quién) que debe ser engañado. Quizá sea la parte escondida de nuestro yo, el "agente del sueño".

Sería preciso agregar que en esta perspectiva clara y agradable, que es la del teatro tal como se muestra, sentimos más oscuramente la presión del inconsciente bajo el aspecto de una inquietud especial, en la fuente de nuestro interés, y también ese

⁶ 1957.

sentimiento de extraña novedad, que son parte del *efecto de teatro*, y que acompañan, como se sabe, el retorno no reconocido de lo reprimido. Pero todo esto está dosificado y se diluye poco a poco. Sabemos que todo será explicado. Como dice el valet de comedia citado por Freud: "Todo se pondrá en claro con el correr de los acontecimientos". Además, ya lo había dicho Hamlet: "*Players cannot keep counsel*". Los comediantes no pueden guardar un secreto; lo dirán todo. Se sugiere así que la inquietud y la tensión provocadas por la solici-tación del inconsciente quedarán en última instancia reducidas a cero.

En estas dosis calculadas y tran-quilizadoras, con todas estas precau-ciones, el levantamiento de las repre-siones —y su reinstauración— produ-cen placer, por razones económicas. Cierta es que ello no conduce a na-da. . . itodo se resuelve por un desenlace *teatral!* Como dice Piran-dello, "*non conclude*". Terminada la representación, en cierto modo, des-pertamos. . .

El placer explicado de este modo, por condiciones económicas, se ase-meja a lo que se llama el placer fun-

cional, invocado por Freud para los placeres no tendenciosos. Hay un placer no tendencioso del teatro, por lo menos cada vez que no hay ni sátira, ni héroe. El placer derivaría entonces de la simple facilidad con que las diferentes potencias del yo se ponen en movimiento en lugar de permanecer como fijadas. La econo-mía atañe en ese caso a los esfuerzos de inhibición.

Pero tal vez pudiera aventurarse la suposición de que el placer del teatro tiene también otras fuentes. Si, después de haberla convocado, nos libera de una forma fascinante de identificación, se podría decir que la *teatralización* de la identificación la reestructura, cosa que podemos percibir en el análisis de una histéri-ca, atraída por la práctica efectiva del teatro. Sus papeles constituyen para ella algo así como una colección de fantasmas artificiales, diferentes de los que la tienen cautiva. Aquí nos acercamos al resorte de una ca-tarsis. Aristóteles, el intentar com-prender el efecto catártico del teatro, nos ha sugerido, por así decirlo, que el espectador cae en la ilusión. en el sentido de que el teatro provo-

caría, en virtud de un artificio, sen-timientos idénticos a los que se expe-rimentarían ante una realidad. Pero el teatro —y es esto en todo caso lo que he intentado discutir— quizá sea, más que ilusión, reducción de la ilusión. Al suscitar, después de haber-los provocado, la piedad y el terror imaginarios, vuelve a situarlos en su lugar (es decir, los confina en la esce-na del sueño). No hace lo propio con las pasiones (por lo menos en el sen-tido moderno de la palabra), pues estas poco se preocupan por el tea-tro. . .

Así, el placer no sería con todo puramente funcional, no se trataría tan solo de gozar del placer de sentir que las diferentes partes del yo se movilizan sin inhibiciones. Ese movi-miento fácil llevaría además a una disposición estructural en sí misma satisfactoria, y tal vez habría que contemplar la posibilidad de que ésta sea otra fuente del placer del espec-tador.⁷

⁷ Acerca de las relaciones, más precisas, entre teatro y locura, cf. el texto que figura como apéndice del presente volumen.

Revista Trimestral

RP

PASADO Y PRESENTE

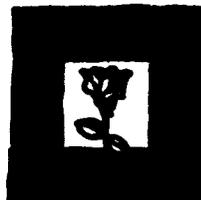
Pasado y Presente	Tema: el 25 de mayo de 1973
Juan Carlos Portantiero	Clases dominantes y crisis política
Rui Mauro Marini	Chile: ¿transición o revolución?
Antonio Gramsci	Democracia obrera
Charles Bettelheim	Carta sobre Mao

Ediciones LA ROSA BLINDADA

Vo Nguyen Giap: Fuerzas armadas revolucionarias
y ejército popular

Mao Tse Tung: Obras escogidas. Tomo I. Coedición
con Nativa Libros.

Carlos Marx/Federico Engels: La guerra civil en los
Estados Unidos.



**ACERCA DE UNA
TEORIA DE LA
INSURRECCION**

**TEORIA DE LOS PROCESOS
INSURRECCIONALES
CONTEMPORANEOS
EMILIO LUSSU**



Colección Ciencias Sociales:

El proceso ideológico
Althusser, Levi-Strauss, Schaff
y otros

Conducta, estructura
y comunicación
Eliseo Verón

Ciencias Sociales:

Ideología y realidad nacional
Eliseo Verón, Alain Touraine
y otros

Teoría de la comunicación
humana
P. Watzlawick y otros

Comunicaciones:

Lo verosímil
La semiología
Análisis estructural del relato
Los objetos
Análisis de las imágenes

Ciencias de la conducta:

Interacción familiar
Bateson, Jackson y otros

Tácticas de poder de Jesucristo
Jay Haley

Trabajo crítico:

Cien años de soledad:
una interpretación
Josefina Ludmer

Introducción a la literatura
fantástica
Tzvetan Todorov

Polémica sobre realismo
Lukács, T. W. Adorno y otros



**EDITORIAL TIEMPO
CONTEMPORANEO**

Viamonte 1453 / Bs Aires.

Ideologías y ciencias sociales

Manuel Castells y Emilio de Ipola

El texto que publicamos forma parte del ensayo "Práctica epistemológica y ciencias sociales, o cómo desarrollar la lucha de clases en el plano teórico sin internarse en la metafísica", Escuela Latinoamericana de Sociología, París, Montreal, Santiago de Chile, 1967-72.

Acerca de los obstáculos epistemológicos de las "ciencias sociales"

Cuanto más inciertos son los balances de una ciencia, o de una "formación ideológica" institucionalmente reconocida como ciencia, mayor tendencia existe a garantizar su legitimidad recurriendo a supuestos y a reglas metodológicas generales, concebidas como independientes de las condiciones concretas de existencia de una práctica científica. La llamada "metodología de las ciencias sociales" cumple el importante papel de legitimar la objetividad de un "descubrimiento" por su mayor o menor proximidad a un modelo de procedimiento considerado como el único que merece el calificativo de científico. De esta forma, los cánones de tal metodología se convierten en recetas imperativas, institucionalmente sancionadas, para toda investigación¹ y, consiguientemente, en obstáculos epistemológicos profundamente arraigados, sin cuya superación en la práctica resulta imposible crear las condiciones teóricas para la producción de conocimientos en ese campo.

Algo semejante sucede con los llamados "modelos teóricos"; en este

plano, sin embargo, una cierta diversidad, al menos aparente, es tolerada, por la simple razón de que la filosofía espontánea de los científicos sociales tiende a concebir la práctica científica en los términos de una metodología general abstracta². De este modo, la sedicente pluralidad de los modelos teóricos no es posible más que bajo la estipulación implícita de que todos ellos se subordinen a ese tribunal de última instancia que son las "reglas generales del conocer científico". Pero esta subordinación, lejos de eliminar a los obstáculos epistemológicos del plano de la teoría, los fomenta y los refuerza: es que las "reglas" en cuestión poseen la elasticidad suficiente como para no privar jamás de su respaldo a la "teoría" —de turno— dominante. Tanto los teóricos como los metodólogos se benefician con este pacto de sumisión de los primeros a los segundos: el primado formal que se otorga a la metodología tiene como compensación la garantía que esta última ofrece a la "teoría".

Si bien toda investigación concreta está sometida a la acción de una combinación compleja de obstáculos epistemológicos, la determinación de aquellos que forman los elemen-

tos primarios de toda combinación facilita su reconocimiento. Por otra parte, aún cuando existan diferentes formas concretas de existencia de dichos obstáculos (formas cuyo análisis específico tendrá una importancia práctica capital cuando se trate de superarlas), es posible reducirlos a dos "modelos" epistemológicos generales que obran explícita o implícitamente en la investigación social y que constituyen a su vez otras tantas variantes de un mismo paradigma básico: la *filosofía idealista del conocimiento*. Esta filosofía puede resumirse en tres tesis principales:³

I. Existe una verdad a-histórica que se encuentra dada de antemano en el orden de la "realidad"; basta con extraerla, sin que sea necesario producirla.

II. El Sujeto (cognoscente) y el Objeto (de conocimiento) constituyen los elementos últimos del conocimiento científico⁴.

III. La investigación científica consiste en el establecimiento de una *adecuación* entre el Sujeto y el Objeto de conocimiento. Esta adecuación define a la *Verdad*. Lo cual

¹ El terrorismo abstracto se transforma aquí en lugar común; he aquí una de sus formulaciones más frecuentes: "O se aceptan las reglas de método científico, o no se puede discutir".

² Sin duda esta concepción se relaciona estrechamente con el hecho de que el empirismo constituye hoy el obstáculo epistemológico dominante en dichas "ciencias".

³ Cf. L. Althusser, "Curso de filosofía para científicos", Ecole Normale Supérieure, París, 1967-68.

⁴ Y, por lo tanto, constituyen asimismo las categorías fundamentales de la filosofía idealista del conocimiento.

puede expresarse esquemáticamente por medio de la "fórmula":

(Sujeto) = (Objeto) = Verdad.

Ahora bien, en el interior de los límites absolutos de esta fórmula general existen determinadas formas típicas que se definen como variantes tendenciales del invariante: (Sujeto) = (Objeto) = Verdad; variantes que subordinan (y tienden en última instancia a abolir) a uno u otro de los términos de la ecuación: (Sujeto) = (Objeto). O sea, retomando la fórmula precedente:

Variante 1: () = (Objeto) = (Verdad)

Variante 2: (Sujeto) = () = Verdad.

La primera variante se conoce con el nombre de *empirismo*; la segunda, con el nombre de *formalismo*.

Por otra parte, estas tendencias se encarnan, en el caso de las "ciencias sociales" en "ideologías teóricas" determinadas (entre las cuales el *humanismo historicista* y el *positivismo* son actualmente las principales) ideologías teóricas que se manifiestan a su vez en esas "formaciones ideológicas" que son las diferentes teorías sociológicas conocidas.

La explicitación de los modelos empirista y formalista, así como el análisis de sus formas de manifestación (en particular en el interior de las ideologías teóricas humanista y positivista), aportan los elementos mínimos (necesarios y suficientes) para desarrollar una crítica eficaz de los obstáculos epistemológicos en el campo de las "ciencias sociales".

El empirismo: obstáculo dominante en las "ciencias sociales"

El empirismo es aquella representación de la práctica científica que, presuponiendo que el conocimiento está contenido en los hechos, concluye que lo propio de la investigación científica es limitarse a comprobarlos, reunirlos y sintetizarlos por un proceso de abstracción que los haga susceptibles de un manejo eficaz (es decir acumulables y comunicables). El "modelo" empirista concibe pues el quehacer científico como un proceso, no de transformación, sino de *purificación* del hecho constatado (del cual se eliminarían

las propiedades contingentes y espúreas), operación que permitiría acceder a sus determinaciones esenciales⁵.

Dicho "modelo" se basa en una "teoría del dato", según la cual lo esencial de la práctica científica consiste en recoger primero, y analizar después, (tratamiento del dato), una información calificada de "objetiva" y pre-existente a la actividad (y a los prejuicios. . .) del investigador.

Una ilustración particularmente instructiva de esta teoría es expuesta por Johan Galtung en un influyente libro que perdurará como una de las más acabadas formulaciones del empirismo sociológico. Galtung inicia su texto con la tesis siguiente:

"Se obtienen datos sociológicos cuando un sociólogo registra hechos acerca de algún sector de la realidad social"⁶.

Una vez registrados, tales hechos se organizan en la llamada "matriz de datos" en la que se combinan las dimensiones y los valores correspondientes a cada "unidad de análisis" u objeto real de investigación. La operación del registro transforma pues el hecho en *dato*, a partir del cual, y *por inferencia*, es decir por una serie de operaciones lógicas, se obtiene el *concepto*. Las relaciones entre datos, expresadas en relaciones conceptuales inferidas de las primeras, constituyen *leyes* —a condición de que se respeten los principios fundamentales de la *confiabilidad* (precisión en la observación) y de la *validez* (legitimidad de la inferencia del concepto a partir del dato). El proceso completo se presenta finalmente en esta forma: Hecho — Observación — Dato — Relaciones entre datos — Indicadores — Conceptos — Relaciones entre conceptos — Teoría.

Es preciso señalar que lo significativo en este enfoque es la dominación de lo *observado* sobre la "teoría" (la cual en última instancia es sólo combinación de hechos) y no el orden secuencial de las opera-

ciones⁷. Así, por ejemplo, la célebre exposición de Lazarsfeld, mostrando el paso de los conceptos a los indicadores a través de la especificación en dimensiones y la construcción de índices, se mantiene en lo fundamental en la misma perspectiva, puesto que lo que en ella se designa como conceptos es una "entidad concebida en términos vagos que da un sentido a las relaciones observadas entre fenómenos" y que el único criterio posible para establecer la adecuación entre conceptos e indicadores es, en último término, el que "dos índices diferentes e igualmente razonables conduzcan a relaciones semejantes o diferentes entre las variables analizadas"⁸. Lo cual significa que la mencionada adecuación (establecida por medio de lo que Lazarsfeld denomina "operación de validación") no puede ser fundada más que en la interpretación del investigador⁹.

De hecho, incluso en el interior de su propia perspectiva, el empirismo sociológico desemboca sobre contradicciones insalvables. En efecto, si no hay criterios objetivos para probar la validez de la relación entre conceptos e indicadores, ¿cómo establecer la inferencia y, por consiguiente, la interpretación del proceso observado?¹⁰

⁷ Se podría llamar "empirismo vulgar" al enfoque epistemológico que, como en el caso de Galtung, no sólo postula la dominación de lo observado sobre la teoría, sino que, además, hace de tal orden secuencial la norma ideal de la investigación, secuencial la norma ideal de la investigación.

⁸ P. Lazarsfeld, "Des concepts aux indices empiriques" en P. Lazarsfeld y R. Boudon, "Le vocabulaire des sciences sociales", Mouton, París, 1965, págs. 27-36.

⁹ Así pues, el "modelo" empirista desemboca en una primera consecuencia paradójica: la afirmación del primado del Objeto es insostenible sin el restablecimiento subrepticio del Sujeto (solo que, en tal caso, la teoría es reemplazada por la ideología del investigador). Dicho sea de paso, esa "inversión" entre lo que el empirista se figura que hace y lo que hace efectivamente muestra inequívocamente el carácter deformante del "modelo" en cuestión.

¹⁰ La carencia de tales criterios objetivos de validación de los indicadores aparece claramente en los trabajos de Blalock, el más consciente de los metodólogos empiristas. Véase en particular "The measurement problem: a gap between the languages of Theory and Research", en H. Blalock y A. Blalock (compiladores). *Methodology in Social Research*, McGraw Hill, New York, 1968, pp. 155-198.

⁵ La distinción entre la "aparencia" y la "esencia" de los hechos es una de las constantes del empirismo. Cf. Lenin: *Materialismo y empiriocriticismo*, Ed. Pueblos Unidos, Uruguay, 1966, pág. 103.

⁶ J. Galtung, *Teoría y métodos de la investigación social* EUDEBA, Buenos Aires, pág. 1.

Por otra parte, la misma lógica de la demostración en el nivel de la experimentación muestra claramente el carácter absurdo de la postulación de relaciones no determinadas teóricamente. En efecto, todo sistema de relaciones exige el cumplimiento de la condición llamada de "cierre del campo", es decir, de la distribución aleatoria de los efectos de las variables no consideradas sobre las relaciones entre las variables estudiadas. Lo cual exige una selección previa de dichas variables orientada por una teoría que justifique la aleatoriedad en cuestión. Queda así excluida la posibilidad de obtener informaciones sin una teorización previa que guíe acerca del tipo de información deseado y que interprete y articule esas observaciones en los términos del sistema causal que se postula¹¹.

Es que, contra lo que el empirismo sostiene, la teoría no es una instancia accesoria ni subordinada a las operaciones de registro de datos; tampoco es una simple elaboración interpretativa que vendría a coronar el trabajo de investigación; es, al contrario, un medio de producción de hechos científicos que no es posible divorciar de los "datos" (ni subordinarlo a ellos) sin falsear al mismo tiempo la concepción de las etapas y de las reglas de la investigación.

En fin, y sobre todo, ningún registro, ninguna observación es realizable sin una categorización que, si no es proporcionada por una teoría, procede necesariamente de la práctica institucional dominante, es decir de las formas bajo las cuales las ideologías dominantes aprehenden "prácticamente" los fenómenos que que se pretende observar¹². La construcción de un lenguaje científico riguroso resulta así imposibilitada —o al menos gravemente dificultada—; y, sin lenguaje científico, no es posible establecer pertinentemente la significación de una covariación constatada, ni precisar sus alcances y sus límites.

En rigor no hay "dato" que no sea construido y, en esta construc-

ción, la teoría juega un papel indispensable y eminentemente productivo. Desconociendo este aspecto decisivo, el "modelo" empirista conduce, no sólo a una sacralización del "dato" sino también a una deformación profunda del funcionamiento de un dispositivo teórico.

El obstáculo empirista influye hoy masivamente en la práctica cotidiana de los investigadores sociales. Importa tratar de explicarse las razones de su persistencia y de su predominio, pese a las abundantes críticas de que ha sido objeto. Estas razones remiten indiscutiblemente al papel cumplido por las "ciencias sociales" en el plano social e institucional. Siendo dichas "ciencias" en gran parte mera estadística social destinada a describir procesos y situaciones sociales a partir de las nociones de la práctica administrativa (es decir, a partir de las representaciones ideológicas mediante las cuales las clases dominantes organizan y conciben su gestión), el empirismo se encarga de legitimarlas ensalzando como labor científica su oscura tarea burocrática e impidiendo el cuestionamiento del sistema ideológico que la sustenta. Obstáculo epistemológico, el empirismo es a la vez, arma ideológica de las clases dominantes. Su función apologética en el plano teórico (como respaldo y garantía de las "ciencias sociales") es estrictamente coherente con su función social, a saber: servir los intereses, teóricos y prácticos, de la burguesía.

El obstáculo formalista

El empirismo carece en sentido estricto de enemigos reales en el campo de las "ciencias sociales". Posee, en cambio, lo que cabría llamar un "competidor" (es decir un enemigo ficticio), a saber las diferentes variantes y versiones del "modelo" *formalista*. Se puede definir a este último como aquel que resulta de la inversión sistemática de las opciones empiristas¹³. Allí donde el empirismo soslaya el momento específico de la construcción teórica, el formalismo tiende a eliminar, o en todo caso a subordinar, el proceso de producción efectiva

(construcción + demostración) del conocimiento de hechos y coyunturas reales.

Se trata en rigor de una doble subordinación, que afecta, por una parte, a las operaciones destinadas a la "realización" del sistema de conceptos teóricos¹⁴ y, por otra, a las operaciones de control empírico de lo concreto así elaborado.

En todas las variantes del obstáculo formalista, al menos uno de estos dos momentos necesarios de la investigación científica tiende a ser excluido, ya sea —primera variante— porque se concibe a la práctica científica como limitada a la sola construcción de sistemas especulativos, ya sea —segunda variante— porque se supone que la mera reflexión teórica es capaz, por las virtudes intrínsecas del rigor y la coherencia lógica, de engendrar proposiciones empíricas cuya evidencia las exime de la necesidad de una confrontación experimental.

La *tendencia formalista* en las "ciencias sociales" se manifiesta en regla general bajo la forma de la afirmación explícita o implícita del primado absoluto de la construcción teórica (y meta-teórica). Conviene subrayar empero que se trata, como hemos dicho, de una *tendencia*; en ese sentido, aún no más acabados representantes del formalismo no dejarán de reconocer verbalmente los derechos de la investigación empírica y de la experimentación, sin desde luego aportar nada en la práctica que vaya concretamente en el sentido de las intenciones declaradas. He aquí algunos ejemplos, tomados de la sociología europea y norteamericana:

El llamado "hiperempirismo dialéctico"¹⁵ de Georges Gurvitch: se trata de un caso extremo de formalismo teorístico, lo que lo vincula a la mejor tradición de la "filosofía social". En rigor, sólo por un uso un tanto abusivo de los términos puede hablarse en este caso de "teoría sociológica": dicha teoría consiste esencialmente en vasto conjunto de inventarios clasificatorios (para algunos de los cuales se buscará en vano la coherencia de los criterios

¹¹ Cf. R. Boudon. *L'analyse mathématique des faits sociaux*, Plon, Paris, 1967.

¹² Cf. Bourdieu, Passeron, Chamboredon, *Le métier de sociologue*, Minuit, París, 1968.

¹³ Como lo indica la fórmula ya citada: (Sujeto) = () = Verdad.

¹⁴ Sobre la categoría de "realización" véase, L. Althusser, "Acerca del trabajo teórico", en *La filosofía como arma de la revolución*, pág. 80.

¹⁵ Denominación un tanto equívoca, por cierto.

axonómicos utilizados¹⁶) sustentado por una filosofía vagamente bergsoniana y —como justamente escribe C. Lévi-Strauss— por “un culto idólatra de lo concreto, tan imbuído, sin embargo, de un sentimiento de reverencia sagrada, que su autor nunca ha osado emprender la descripción y el análisis de una sociedad concreta cualquiera”¹⁷.

Así pues, se comprende que esta “teoría” sólo muy raramente haya orientado una investigación empírica en sociología. No obstante, sería un error inferir de este hecho la conclusión de que se trata de una elaboración especulativa ineficaz y sin consecuencias; no sólo porque los escritos de Gurvitch conservan todavía una influencia importante en la enseñanza de la sociología, sino también, y sobre todo, porque dichos escritos contribuyen en la práctica a legitimar y a alimentar una tendencia particularmente arraigada —y profundamente negativa— en el interior de las “ciencias sociales”: la que consagra y ahonda la separación entre reflexión teórica e investigación empírica, consolidando a la vez la idea de que la mera especulación abstracta constituye en sí misma una producción efectiva de conocimientos sociológicos¹⁸.

La llamada “teoría general de la acción” de Talcott Parsons¹⁹ ofrece una ilustración mucho más prestigiosa, pero no menos típica, de la incidencia del obstáculo formalista. Desde su primera formulación, dicha teoría —en la cual las categorías

clasificadoras desempeñan también un papel de primera importancia— ha propuesto constituirse en fundamento unitario de las “ciencias de la acción” (entre las cuales se incluye por supuesto a la sociología). Mucho habría que decir acerca de esta concepción de la teoría general como “fundamento” de una o varias prácticas científicas²⁰; nos parece sin embargo más interesante —y más probatorio— considerar y evaluar el funcionamiento concreto de esta teoría cuando se la aplica al análisis de procesos sociales.

Particularmente elocuente a este respecto es el estudio que Parsons consagra a la “práctica médica moderna”²¹. Su interés reside esencialmente en que constituye una de las no muy frecuentes “aplicaciones” empíricas de la teoría parsoniana en el dominio de la sociología²². El objetivo de la investigación es trazar un cuadro de las orientaciones de rol que gobiernan la acción de los protagonistas (tanto médicos como pacientes) de la “práctica médica” en las sociedades contemporáneas. Precisemos que el *paciente es, también, un rol*: he aquí el “descubrimiento” fundamental de Parsons.

Tales son los objetivos declarados del estudio. Sin embargo, la lectura más rápida del texto, no sólo disipa totalmente las esperanzas de obtener explicaciones o, al menos, descripciones relevantes acerca del fenómeno estudiado, sino que —y este es su único aspecto realmente instructivo— basta también para poner de relieve una doble incapacidad de la teoría parsoniana:

a) incapacidad de engendrar (o de integrar en su marco conceptual) proposiciones empíricas no banales;

b) incapacidad de poner en cuestión los lugares comunes más arra-

gados de las ideologías dominantes (a los que, por el contrario, utiliza —ya veremos cómo— y, por ello mismo, justifica).

Se nos permitirá reproducir algunos párrafos de dicho trabajo; dejamos al lector la tarea de decidir si se trata de “ejemplos” de (a), de (b) o de ambos:

“La salud, casi por definición, está dentro de las necesidades funcionales del miembro individual de la sociedad, hasta el extremo de que, desde el punto de vista del funcionamiento del sistema social, un nivel demasiado bajo de salud (o un nivel demasiado alto de enfermedad) es disfuncional” (pág. 432).

“... Por ejemplo, no se espera del médico, como tal, que tenga un juicio mejor sobre política extranjera o sobre legislación fiscal que el de cualquier otro ciudadano al que se pueda comparar en inteligencia y educación” (pág. 437).

“... Ver a una persona desnuda en un contexto en que esto no es usual, y tocar y manipular su cuerpo, es un “privilegio” que reclama explicación a la vista de estas consideraciones” (pág. 452).

“... El motivo o ánimo de lucro se supone que está absolutamente excluido del mundo médico. Esta actitud se comparte, desde luego, con las otras profesiones, pero está quizá más acentuada en el caso de los médicos que en cualquiera otra, excepto acaso el sacerdocio” (pág. 438).

“... A diferencia del rol del hombre de negocios, este rol (se refiere al de médico) está... colectivamente orientado y no auto-orientado” (pág. 437)²³.

“... la enfermedad tiene que ser definida —en uno de sus aspectos principales— como una forma de conducta desviada...” (p. 476).

Estas citas, a las que podrían añadirse muchas otras, son doblemente significativas. En efecto, por una parte, ilustran la doble incapacidad a que hicimos referencia precedentemente: presentadas en el texto bajo la forma del “es así”, dichas afirmaciones se limitan a amalgamar, con mayor o menor éxito según los casos, lo falso con lo trivial. Desde

¹⁶ Por ejemplo, en *Problèmes de la sociologie de la connaissance* (Cap. II, de la sección VII, del “*Traité de Sociologie*”, publicado bajo la dirección de Gurvitch, Paris, P.U.F., 1963) hallamos la siguiente “clasificación” de los tipos de conocimiento: “1) El conocimiento perceptivo del mundo exterior. 2) El conocimiento del prójimo, de los Nosotros, de los grupos, de las sociedades. 3) El conocimiento de buen sentido o de sentido común. 4) El conocimiento técnico. 5) El conocimiento político. 6) El conocimiento científico. 7) El conocimiento filosófico” (pág. 122). A decir verdad, no es sólo por temor a las paradojas lógicas que nos resistiríamos a situar a esta misma clasificación en la categoría nº 6.

¹⁷ C. Lévi-Strauss, *Anthropologie structurale*, Paris, Plon, 1958, pág. 356.

¹⁸ Todo formalismo se caracteriza por identificar lo que sólo es medio de producción de conocimientos —la teoría— con los productos (conocimientos) propiamente dichos. Lo cual implica necesariamente una falsa concepción de dichos medios.

¹⁹ En “*The structure of social action*”.

²⁰ En efecto, el mito de la teoría como “fundamento” de la ciencia es ya un índice claro de la influencia del obstáculo formalista.

²¹ Dicho estudio constituye el capítulo 10 de “*El sistema social*”, Madrid, Revista de Occidente, 1966 (traducción de la 3a. edición de “*The social system*”, Nueva York, The Free Press Glencoe, 1959).

²² El estudio psico-sociológico de los “pequeños grupos”, así como algunas célebres teorías sociológicas del desarrollo económico son otros conocidos ejemplos de “aplicación” de dicha teoría general. Véase Hoselitz y McClelland.

²³ Añadimos esta cita a la precedente para que quede claro que la exclusión de motivaciones lucrativas no es —según Parsons— un mero “prejuicio” ideológico vulgar, sino una de las características que define objetivamente el rol del médico.

luego, una terminología sofisticada logra a veces disimular ambos rasgos.

Por otra parte —y este punto es capital— tales afirmaciones permiten poner de manifiesto algunos de los mecanismos de “autoverificación” a que apela un cuerpo teórico masivamente dominado por el formalismo. En efecto, por triviales y deformantes que ellas sean, las mencionadas proposiciones presentan sin embargo un carácter empírico. Por ello mismo, se las debe considerar como una “realización” particular de la teoría general —“realización” que, en este caso, consiste en el tratamiento analítico del objeto concreto: la “práctica médica moderna”²⁴.

Ahora bien, en regla general toda “realización” de un sistema teórico puede ser considerada desde un doble punto de vista o, mejor dicho, como productora de un doble efecto: a) un efecto “directo” que es el conocimiento del objeto concreto analizado; b) un efecto “indirecto” que es el de mostrar la posibilidad misma de esta “realización” (esto es: la *productividad* del sistema teórico en cuestión).

Volviendo al estudio de Parsons, en lo que respecta al punto (a) sabemos ya a que atenernos; en lo que se refiere al punto (b), algo nuevo aparece; algo nuevo que justamente, explica la mencionada doble incapacidad de la ideología teórica parsoniana (y de toda “teoría” formalista), a saber, que el *espacio de realización*²⁵ de esta ideología teórica no es otro que la *ideología práctica* dominante (o mejor dicho las más arraigadas “evidencias” de esta última; por ejemplo, que el “ánimo de lucro está excluido del mundo médico”, que el rol del médico está orientado hacia la colectividad, que la enfermedad constituye un caso de “conducta desviada”, etc.). Con ello, la ideología teórica parsoniana se otorga a sí misma la ilusión de su viabilidad empírica, al tiempo que la pseudo-evidencia de las proposiciones así “producidas” confiere al análisis la apariencia de una demostración. Aho-

24 La epistemología idealista (en sus dos variantes) designa equívocamente esta realización con el término “aplicación”.

25 Es decir, el lugar teórico-experimental (constituido por un sistema de dispositivos y operaciones técnicas teóricamente informadas) en que una ciencia controla la pertinencia de su discurso.

ra bien, como todo indica que la ideología teórica parsoniana no es en última instancia otra cosa que una sublimación de la ideología práctica dominante²⁶, comenzamos a comprender cuál es el mecanismo de esta “realización-demostración” alucinatoria: una pura y simple *repetición especular*. También es claro el efecto (ilusorio) de este mecanismo: la mutua confirmación de la ideología teórica y de la ideología práctica. A saber: la ideología teórica se auto-verifica en la ideología práctica a la que repite; la ideología práctica se auto-legitima en la ideología teórica que la repite.

Resulta lógico entonces que este breve análisis del obstáculo formalista desemboque en conclusiones análogas a las extraídas a partir de la crítica del empirismo. Como este último, aunque por razones opuestas, el formalismo funciona como obstáculo epistemológico y como arma ideológica de las clases dominantes²⁷. Como obstáculo epistemológico, el “modelo” formalista desconoce el carácter procesual y productivo y de trabajo científico, eliminando en la práctica uno de sus momentos constitutivos y haciendo de la especulación abstracta el punto de partida y de llegada de la producción de conocimientos²⁸. Como arma ideológica acuerda un status “científico” a las “evidencias” más banales y a los prejuicios más venerables que proceden de las ideologías dominantes. Como el empirismo, el obstáculo formalista se nutre de la estrecha relación que une su función teórica a su función social.

Un ejemplo de “coexistencia pacífica” entre empirismo y formalismo: la ideología estructuralista

El análisis de los obstáculos empi-

26 Entre otras, la crítica apasionada y corrosiva de Wright Mills ha contribuido a poner de manifiesto esta complicidad.

27 Pese a que, como hemos indicado, este papel, en las “ciencias sociales”, sea cumplido predominantemente por el empirismo.

28 Cf. para una demostración *lógica* (y no epistemológica) del formalismo inherente al funcionalismo, el texto clásico de G. Hempel, “The logic of functional analysis”, in Llewellyn Gros (ed.) Symposium on Sociological Theory, Row, Peterson, Co., Nueva York, 1959, págs. 271 y ss.

rista y formalista ha permitido confirmar lo señalado en párrafos anteriores: entre esas dos concepciones epistemológicas la oposición es más aparente que real; dicho de otro modo, las divergencias que las separan no superan jamás los límites estrictos de una problemática común, que no es otra que la que define a la epistemología idealista, tal como ha sido precedentemente expuesta. Si la importancia relativa de cada uno de esos obstáculos es diferente (ya que hasta nueva orden el empirismo, continúa siendo dominante en las “ciencias sociales”) dicha diferencia no cabría ser pensada como productora de un antagonismo real entre ambos modelos. Este hecho es importante: de él se deduce, y el alcance práctico de esta inferencia no es insignificante, que una eventual inversión de la dominante (esbozada ya en algunas ramas de la sociología y de la antropología, de más en más permeables a las tentaciones del formalismo) no acarrearía ninguna transformación realmente radical en el “panorama” epistemológico²⁹. Debería más bien ser interpretada como una consolidación de la epistemología idealista, la cual, precisamente por medio de esos desplazamientos, que permiten esquivar las verdaderas cuestiones, encuentra la manera de superar sus crisis periódicas.

Este carácter complementario de la relación entre empirismo y formalismo merece ser ilustrado: el ejemplo concreto que hemos escogido para ello es, con respecto a este problema, particularmente instructivo: se trata de la ideología estructuralista, ideología cuya resonancia “teórica” en los últimos años no precisa ser destacada³⁰. Las áreas

29 Lo cual no significa que, desde el punto de vista de la intervención epistemológica materialista, se deban subestimar o ignorar los efectos específicos que resulten de tal desplazamiento. La inversión de la dominante, aunque no implica ninguna ruptura radical, no puede dejar de modificar las formas de intervención de una práctica que, por principio, se ejerce sobre una realidad coyuntural.

30 Cf. para un análisis crítico de los principales aspectos de la epistemología estructuralista, E. de Ipola “Ethnologie et histoire dans l’espistémologie structuraliste”, en Cahiers Internationaux de Sociologie, Paris, PUF, Vol. XLVIII, 1970, págs. 37 y ss.

temáticas y los aspectos de esta ideología son múltiples y variados; en este artículo hemos de centrarnos en el examen de una de sus expresiones más significativas (en tanto en ella confluyen algunos de los presupuestos nodales del estructuralismo), a saber, la teoría levi-straussiana de los "modelos". Como trataremos de mostrarlo, cada uno de los dos obstáculos empirista y formalista— anteriormente analizados, lejos de ser contradicho o excluido por el otro, está llamado a desempeñar un papel relativamente autónomo e indispensable en la economía de dicha concepción. Todo sucede como si la lógica de esta ideología exigiera una coexistencia pacífica entre las dos variantes de la epistemología idealista, de modo tal de asegurar que cada una de ellas ocupe la posición dominante en dos momentos diferentes del desarrollo de dicha "teoría". Examinemos ambos momentos y la incidencia que en ellos ejercen el empirismo y el formalismo.

El *empirismo*: este obstáculo se manifiesta de manera inequívoca en la definición misma de la noción de modelo y, más precisamente, en el enunciado de las reglas que, según Lévi-Strauss, deben ser respetadas para construir modelos científicamente pertinentes. Así, por ejemplo:

"... el modelo dese ser constituido de manera tal que su funcionamiento pueda dar cuenta de todos los hechos observados".³¹

Afirmación que remite (en una nota al pie de página) al texto siguiente de Neumann y Morgenstern:

"... La semejanza a la realidad es requerida para que el funcionamiento del modelo sea significativo. Pero, habitualmente, esta semejanza puede ser limitada a algunos aspectos considerados esenciales *pro tempore*..." (Ibid.)

En términos más explícitos, un modelo es concebido como el producto de una operación de abstracción que, partiendo del objeto real, debe retener de este último aquellas variables "esenciales" que posibiliten una suerte de reproducción analógica (un "simulacro interesado", cf. R. Barthes)³² del fenómeno ana-

lizado. Todas las indicaciones metodológicas sobre este punto reposan sobre la base de dos constantes "clásicas" del empirismo: a) la dicotomía entre lo "esencial" y lo "inesencial", dicotomía concebida como existente en lo real mismo; b) la operación de "extracción" (denominada "abstracción") de la esencia real por medio de la eliminación de los aspectos "inesenciales", operación que, para el empirismo, constituye la tarea científica por antonomasia.

El *formalismo*: la etapa que desemboca en la construcción del modelo, a partir de la observación de los hechos y de la aplicación de las reglas enunciadas, no agota sin embargo todos los momentos de la investigación estructuralista. En rigor, esta primera serie de operaciones abre el camino a otra, situada en un registro diferente: se trata de lo que Lévi-Strauss denomina la "experimentación por medio de los modelos mismos". Esta segunda etapa tiene como objetivo determinar la manera en que un modelo reacciona cuando es sometido a ciertas modificaciones y comparar modelos de igual o de diferente tipo. Lévi-Strauss no es suficientemente explícito en lo que se refiere a las operaciones que requeriría ese objetivo. No obstante, es posible poner de manifiesto algunos de los supuestos en que se basa esta "experimentación por medio de modelos": para ello, basta con tener presente otros textos del mismo autor, particularmente aquellos que tratan de las relaciones entre los diferentes niveles (o "estructuras") de una sociedad³³.

Este problema (que, bajo una forma implícita y desviada, traduce, deformándola, una de las cuestiones cruciales del materialismo histórico: la relación entre "infraestructura" y "superestructura") es abordado por Lévi-Strauss en términos de una estrategia muy particular: según este autor, el estudio de esas relaciones abriría un amplio programa de investigaciones comparativas, cuya premisa fundamental sería el considerar al conjunto de dichas estructuras como un vasto "grupo de transformación" y cuyo objetivo sería la determinación de las corresponden-

cias "formales" y no-correspondencias existentes entre ellas. Tal objetivo exigiría como condición previa que cada "nivel" —estructura económica, sistema de parentesco, lenguaje, mitos, etc.— haya sido objeto de una formalización lo más exhaustiva posible y, desde luego, homogénea. Por principio, el estudio comparativo estaría centrado sobre las propiedades "lógicas" de cada estructura, a partir de la tesis, explícitamente formulada por Lévi-Strauss, de que tanto las "correspondencias" (homologías o isomorfismos) como las "contradicciones" descubiertas "pertenecen todas al mismo grupo de transformación"³⁴.

El punto de llegada de dicho programa de investigación formal sería la reconstitución de lo que Lévi-Strauss llama el "orden de órdenes", a saber "la expresión más abstracta, de las relaciones que mantienen entre sí los niveles en los que el análisis estructural puede ejercerse..." (Anthropologie, pág. 366).

Lévi-Strauss no vincula explícitamente la "experimentación por medio de modelos" al análisis del "orden de órdenes" pero, evidentemente, afirmar que en dicho análisis la "experimentación" en cuestión está llamada a cumplir un papel fundamental no constituye por cierto una deformación de sus puntos de vista.

Ahora bien, ¿cómo encara Lévi-Strauss dicho programa de investigación, habida cuenta de las indicaciones precedentes? Un párrafo del mismo artículo es particularmente explícito sobre ese punto:

"... Si se nos concede, en la línea del pensamiento mismo de Marx, que las infraestructuras y las superestructuras comportan múltiples niveles y que existen diversos tipos de transformaciones para pasar de una a otro, se admitirá también que es posible, en último análisis y haciendo abstracción de los contenidos, caracterizar a diversos tipos de sociedades por leyes de transformación, es decir, por fórmulas que indiquen el número, la potencia, el

31 C. Lévi-Strauss, *Anthropologie structurale*, pág. 306

32 Cf. Roland Barthes, "Essais critiques", París, 1963, pág. 215.

33 En el mismo capítulo XV de la *Anthropologie Structurale*, cf. el párrafo IV "Dynamique sociale: structures de subordination", págs. 342 y ss.

34 Lévi-Strauss invoca al materialismo histórico para sustentar esta tesis:

"Es justamente... lo que enseña el materialismo histórico cuando afirma que siempre es posible pasar, por transformación, de la estructura económica, o de la estructura de las relaciones sociales, a la estructura del derecho, del arte o de la religión" (ibid., pág. 365).

sentido y el orden de las torsiones que sería preciso anular, por decirlo así, para reencontrar una relación de homología ideal (lógicamente y no moralmente) entre los diferentes niveles estructurados" (Ibid., pág. 366, subrayado nuestro).

Basta con llamar la atención sobre esta necesaria "abstracción de los contenidos", requerida por el análisis propuesto, para hacer visible la presencia del obstáculo formalista. Sin embargo. Ello no es suficiente: nos hemos propuesto mostrar, no sólo la *existencia* de este obstáculo, sino también su posición *dominante* en esta segunda etapa de la investigación estructuralista. Ahora bien, algunas de las indicaciones formuladas anteriormente nos proporcionan los elementos necesarios para confirmar dicha tesis.

En efecto, señalamos más arriba que la determinación del "orden de órdenes", como programa de investigación comparativa, se basaba en la premisa de que las propiedades formales de cada uno de los niveles estructurados formaban parte de un mismo "grupo de transformación". Es en esa premisa —menos que en el carácter declaradamente "formal" de los análisis propuestos— que reside lo fundamental del formalismo estructuralista. Efectivamente esa afirmación está lejos de ser una simple "hipótesis de trabajo" o una declaración sin consecuencias en el plano de la investigación estructuralista; se trata por el contrario de una tesis que remite directamente a uno de los postulados básicos del estructuralismo lévi-straussiano, a saber, la afirmación del carácter "universal" (en el sentido de "común a la especie humana") del pensamiento lógico. Ese postulado es esencial a la economía de la antropología estructuralista: no sólo determina el sentido de los conceptos claves de dicha teoría (a saber, los de "estructura" e "inconsciente", así como el de la relación entre ambos), sino que también cumple, en el plano de la investigación misma, un rol capital: el de proporcionar una "garantía" a priori de la pertinencia de las operaciones del análisis estructural.

En efecto, el postulado de la universalidad del pensamiento lógico permite:

a) en primer lugar, dejar de lado los "contenidos" (es decir, en el fondo la especificidad histórica de los procesos que tienen lugar en una

formación social, así como la articulación de esos procesos en el interior de una coyuntura)³⁵. en efecto, si una misma "lógica" preside la organización de contenidos diversos (cualquiera sean ellos) es legítimo ponerlos entre paréntesis para indagar las leyes de dicha lógica.

b) en segundo lugar, "saturar" epistemológicamente la ideología estructuralista, saliendo al paso a toda objeción de principio contra sus conceptos, sus métodos o sus técnicas. Sobre este punto, citemos un texto altamente elocuente:

"En el uso que hacemos del método, se nos acusará sin duda de interpretar y de simplificar demasiado. . . Responderemos. . . a nuestros eventuales críticos: ¿qué importa? . Ya que si la finalidad última de la antropología es contribuir a un mejor conocimiento del pensamiento objetivado y de sus mecanismos, viene a ser lo mismo en definitiva el que, en este libro, el pensamiento de los indígenas sudamericanos tome forma bajo la operación del mío, o el mío bajo la operación del suyo. Lo que importa es que el espíritu humano, sin preocuparse por la identidad de sus mensajeros ocasionales, manifieste en él una estructura cada vez más inteligible a medida que progresa la empresa doblemente reflexiva de dos pensamientos que actúan uno sobre el otro, cualquiera de los cuales —aquí uno, allá otro— puede ser la mecha o la chispa de cuyo contacto surgirá su común iluminación" (Le cru et le cuit, Plon, París, 1964, pág. 21).

Más allá de su forma "literaria" (que, por lo demás, no nos interesa) el sentido de este párrafo es claro: la "estructura del espíritu humano" —tal es la fórmula con que Lévi-Strauss designa a menudo dicha "lógica universal"— garantiza, contra todas las críticas y refutaciones, la pertinencia profunda de la empresa estructuralista. "Tour de force" formalista, al que debemos reconocerle al menos un mérito: el de ser incontestablemente confortable.

De este breve análisis extraemos dos conclusiones principales:

1) En primer lugar, la confirma-

35 Tal es una de las razones por las cuales no existe en el estructuralismo lévi-straussiano una teoría de complejidad social (ni por lo mismo, de su dinámica y sus transformaciones). Cf. E. de Ipola, art. cit., pág. 55.

mación de lo que habíamos enunciado en párrafos anteriores: el empirismo y el formalismo, variantes de la epistemología idealista, no se excluyen ni se contradicen necesariamente. Por el contrario, la coexistencia de ambos obstáculos es la regla en toda ideología teórica (lo que las diferencia es, entre otras cosas, la mayor o menor capacidad de "armonizar" dicha coexistencia; en ese sentido, el estructuralismo constituye un caso ejemplar).

2) En segundo lugar, hallamos algo nuevo: a saber, que la superación de ambos obstáculos no se logra por medio de una dosificación equilibrada de empirismo y formalismo. Tal "conciliación" (expresada esquemáticamente por la fórmula: (Sujeto) = (Objeto) = (Verdad) no haría más que adicionar los efectos propios de cada uno de los mencionados obstáculos. Si "Sujeto", "Objeto" y "Verdad" son las categorías fundadoras de la epistemología idealista, nada se logra combinándolas diferentemente: hay que cuestionarlas a fin de organizar la intervención epistemológica sobre nuevas bases.

Obstáculos epistemológicos o ideologías teóricas: humanismo e historicismo en las ciencias sociales

Los obstáculos epistemológicos se encarnan en determinadas ideologías teóricas que refuerzan la capacidad racionalizadora de dichos obstáculos vinculándolos a las raíces de su determinación social a través de su articulación con las ideologías dominantes.

En las "ciencias sociales" las ideologías teóricas dominantes son el *positivismo* y el *humanismo historicista*. La primera se caracteriza en lo esencial por la afirmación abstracta de la Ciencia en general, concebida como a-histórica, y se expresa, en todas sus "versiones" (clásicas o modernas), en una combinación históricamente variable de los obstáculos epistemológicos expuestos, empirismo y formalismo³⁶, bajo la dominación del primero (más acentuada en el positivismo tradicional que en el "neo-positivismo lógico"). En cambio, el humanismo historicista tiene efectos específicos en su intervención en la práctica cientí-

36 Véase Mario Bunge, *Causalidad*, Eudeba, Buenos Aires, 1959.

fica. No tanto porque constituya en sí otro tipo de obstáculos epistemológico (ya que también, en última instancia, es una forma de *empirismo*), sino porque su realización en tanto que obstáculo se lleva a cabo mediante mecanismos propios de carácter más complejo, cuyo reconocimiento y crítica requieren un tratamiento especial.

De esta forma, si las ideologías teóricas "realizan" y racionalizan los obstáculos epistemológicos, son estos, en su expresión práctica (en el interior de una práctica científica) los que deben ser objeto de intervención epistemológica, más que las distintas filosofías idealistas cuyo análisis corresponde a una teoría de las ideologías. Pero, en la medida en que una de estas filosofías el humanismo historicista, ocupa un lugar clave en las ciencias sociales y se materializa en obstáculo epistemológico según un proceso específico, es necesario determinar cuál es esa especificidad y cuáles sus alcances.

Lo que caracteriza esta ideología teórica es una doble afirmación correlativa: 1) no existen leyes científicas sino explicaciones contingentes; 2) el único criterio de verdad reside en la práctica y ésta aparece ligada a la acción libremente electiva de los hombres.

Así expresada, su formulación se rodea del atractivo de una filosofía espontánea del pragmatismo social³⁷, cara tanto a los hombres de negocios como a ciertos activistas políticos.

Por eso, aunque para algunos resulte sorprendente la relación, parece útil recordar la más acabada formulación de dichas posiciones en las ciencias sociales, las tesis epistemológicas de Max Weber³⁸. Como se sabe, Weber parte de la necesaria distinción entre "racionalidad de los fines" y "racionalidad de los medios", paso previo a la distinción entre el científico y el político, y al establecimiento de una neutralidad ética de la ciencia confinada al mero establecimiento de la adecuación entre medios y fines. Así, mientras que la producción de los fines no puede ser explicada en sí misma, puesto que se originan por la

acción electiva de hombres libres, la ciencia pueda abordar el conocimiento de las condiciones de existencia, realización y variación de dichos fines, a partir de la configuración significativa de conjuntos históricos concretos. Dichos "conjuntos", o sociedades, o épocas, están determinados por un contenido social preciso. No son pues conceptos, sino realidades históricas. Tales son las unidades de análisis y el objeto de la ciencia al mismo tiempo.

En el interior de dichas situaciones pueden establecerse leyes, pero esas leyes son siempre relativas a la sociedad considerada. La razón última de proceder de esta forma es el hecho de que el observador forma parte de lo observado y por consiguiente no puede, en ningún caso, distanciarse y analizar los fundamentos explicativos del conjunto en el que está inserto. Puesto que la única posibilidad de objetividad relativa (y por tanto de neutralidad del científico) es la descripción de mecanismos internos a una situación dada, se hace imposible el establecimiento de leyes generales y, *también*, la explicación de cómo se generan los procesos de transformación social negadores del orden existente (de ahí, que en el nivel "teórico", la perspectiva weberiana haya sido el sustento justificador del funcionalismo: la teoría del sistema social parte de fines establecidos para estudiar su organización al nivel de los medios (cf. supra).

De una tal perspectiva surgen "métodos" en correspondencia. Se trata, ante todo, de aislar un fenómeno histórico concreto y atribuirle significación por medio de la *imputación* de determinadas causas a determinados efectos, al interior de una red de relaciones sociales históricamente dadas. La herramienta básica de un tal método es el tipo ideal, concebido a la vez como "realidad concreta", en la medida que se parte de observaciones de lo existente, y como "abstracción" puesto que se subrayan las líneas de fuerza de tales observaciones con el fin de configurar un "caso límite" que sirva de punto de referencia para la comparación, ya sea con otros tipos, ya sea en términos del mayor o menor acercamiento de una realidad al tipo establecido. En la medida en que a cada tipo ideal se le atribuye una significación en términos de conte-

nido, el análisis consiste en *imputar* a una realidad observada un contenido histórico, de acuerdo con su mayor o menor acercamiento con el tipo ideal referente. Evidentemente, la investigación se complica al imputar también las relaciones de los tipos entre sí y los mecanismos sociales de producción de los distintos tipos (Economía y Sociedad está plagada de ejemplos, al respecto). Ahora bien, para ser coherente con la perspectiva de Weber debe preguntarse qué es lo que fundamenta la ciencia, como fin en sí. Es decir, qué permite afirmar (qué criterios...) que la relación establecida entre medios y fines en una determinada sociedad lo ha sido científicamente y no según la intencionalidad del actor. Ahora bien, si los fines son inexplicables y producto de la acción histórica impredecible, ¿puede existir un fundamento objetivo para los criterios científicos? . Lógicamente, desde su punto de vista, Weber responde con la negativa y fundamenta los criterios científicos en la creencia subjetiva de la comunidad científica en cada época con respecto a lo que es ciencia. Así, el círculo se cierra sobre sí mismo: partiendo de la negación de la posibilidad de establecer leyes científicas no contingentes se llega a negar también la objetividad del análisis específico de una realidad determinada que se hace depender de los valores de un sector social determinado, llamado "científicos". De ahí la insistencia weberiana en la necesaria neutralidad ética de dicha comunidad, puesto que si estuviese ligada a determinados intereses sociales (por ejemplo, de la clase dominante) desaparecería la última barrera al subjetivismo generalizado, a la imputación de efectos en función de ideologías ancladas en las relaciones de poder. Cuando se sabe la fragilidad reconocida de una tal tesis (¿de dónde podría surgir una tal neutralidad social, por encima de las clases?), puede concluirse que la lucidez de Max Weber le llevó hasta el umbral de una tesis que su posición social le impidió franquear.

En cambio Wright Mills, el más influyente weberiano de la sociología contemporánea, dio ese paso y, en oposición al academicismo empirista-formalista, plantó la bandera de la lucha ideológica-política en el centro de las "ciencias sociales". Pero sus tesis de indudable valor

³⁷ Cf. Abraham Kaplan, *The Conduct of Inquiry*, Chandler Publishing Co., San Francisco, 1964.

³⁸ Cf. Max Weber, *Essais sur la théorie de la science*, Paris, Plon, 1965.

político, representaron el plantear la lucha contra el cientismo a partir de las posiciones de un humanismo en última instancia idealista. Releamos al famosa autodefinición de su proyecto intelectual en "La imaginación sociológica"³⁹: "Nuestro trabajo se relaciona continua y estrechamente con el plano de la realidad histórica y con las significaciones de esa realidad para los hombres y mujeres individuales. Nuestro propósito es definir esta realidad y definir esas significaciones; en relación con ellos se formulan los problemas de la ciencia social clásica. Y este programa exige que busquemos una comprensión totalmente relativa de las estructuras sociales que han aparecido y que existen ahora en la historia del mundo". Es decir, en último término, no hay transformación alguna del objeto real (materia prima del conocimiento) en objeto científico (objeto del conocimiento), se niega todo el alcance general y, en último término, se utiliza como criterio su capacidad para convencer, en la práctica, de lo justo de la posición sostenida.

En consecuencia, la práctica científica estará centrada sobre las biografías individuales, la historia de los hechos políticos, los grandes problemas del mundo presente. Está clara la seducción de una tal postura, el de las ciencias sociales americanas, dominadas por la futilidad, el tecnologismo y la burocratización de la investigación. Del mismo modo, la proposición según la cual el centro de la dinámica social es el problema del poder aparece, (según se sabía y según se acepta cada vez más en las ciencias sociales) como condicionando el resto de las cuestiones. Pero se llega a una posición política y teóricamente justa a través de un camino epistemológico fundado en un presupuesto humanista, esencialista, sobre la imposibilidad de un estudio objetivo de la social. En la medida en que tal presupuesto se traduce en gestos concretos de investigación (partir de los acontecimientos, sobrevalorar lo manifiesto, interpretar e imputar, según criterios ideológico-morales, lo observado etc.), se convierte en obstáculo epistemológico, en una forma particular de empirismo, que deforma el desarrollo de una práctica

adecuada de materialismo histórico. Así por ejemplo, los mismos supuestos informan dos corrientes concretas de las "ciencias sociales" actuales (cada vez más influyentes, por demás, lo que muestra su capacidad de asimilación por el establishment académico): la fenomenología sociológico-antropológica⁴⁰ y la historia social⁴¹. En la primera el estudio y las observaciones inteligentes que sugieren se justifican en un vitalismo primario de no "perturbar" las formas espontáneas de la vida, con el análisis "abstracto". La historia social institucionaliza un periodismo de alto vuelo en que se combinan (con más o menos movilidad) una serie de acontecimientos y un discurso englobante e interpretativo que utiliza los hechos más bien como ilustración de una filosofía social general⁴².

En la crítica de tales corrientes hay que distinguir el efecto político, e incluso teórico, producido por ella en una coyuntura particular de las ciencias sociales y, por otro lado, la alternativa que tratan de representar en el interior de la práctica científica. En el primer plano, está claro su significado fundamentalmente liberador en lo político y purificador en lo teórico con respecto al ambiente enrarecido y tecnocrático que, aún hoy, reina en las instituciones académicas especializadas. Pero las alianzas políticas con tales corrientes en la actual coyuntura, no pueden descansar sobre una ambigüedad en una aceptación de las posiciones metafísicas en que reposan y de sus consecuencias concretas para la práctica teórica (consecuencias que, por lo demás, no dejarán de revertir, directa o indirectamente, sobre el plano político). Así, la necesaria ruptura con los términos de la práctica institucional dominante para proceder a un análisis científico de lo social la reconstrucción del objeto, el proceso de experimentación y de control necesario para producir un conocimiento y, sobre todo la, capacidad de establecer leyes *estructura-*

les y coyunturales (y de las condiciones de su relación), son imposibles sobre la base de las posiciones espontaneistas señaladas. Más concretamente, *en ese contexto*, decir que el "criterio de verdad" reside, en último término, en la "práctica" (y, como Mills sostiene, en la "capacidad de convencer") es, en su generalidad y en su ambigüedad, falso. Porque, en tal caso, ¿de qué práctica social se habla? Si se supone que la expresión concentrada de esta última es la práctica política, ¿qué quiere decir en el interior de esta problemática que dicha práctica es el criterio de verdad? Está claro que no se puede juzgar "a corto plazo". Pero entonces, ¿a qué plazo? ¿Y quién juzga? El triunfo "momentáneo" (a veces 34 años) del fascismo sobre el pueblo no implica obviamente la verificación de sus "teorías" criminales; los errores del movimiento obrero no implican refutación "por la práctica" de las leyes establecidas en *El Capital*, etc.

En ese sentido, nadie mejor que Mao Tse-tung, en un texto que data de 1937, ha sabido elaborar las bases de una respuesta correcta a este problema. Por cierto, en *Acerca de la práctica* la producción de conocimientos también es indisolublemente ligada a la práctica social y, particularmente, a la práctica política; pero en el análisis de Mao (coherentemente con la problemática marxista-leninista a la que prolonga y enriquece) el "criterio de la práctica" tiene una significación infinitamente más profunda (y por eso mismo más compleja) que la que posee en el seno del humanismo historicista; en efecto, si la práctica aparece como punto de referencia decisivo en todas las etapas del "proceso de desarrollo del conocimiento", basta con analizar dichas etapas para hacer ver que dicho "criterio" no sólo no implica, sino que también es absolutamente *incompatible* con toda forma, incluso sofisticada, de pragmatismo teórico. A diferencia de la óptica humanista historicista, la perspectiva maoísta no recurre al criterio de la práctica para abolir las distinciones y para sumir las determinaciones específicas de cada proceso en el flujo indiferenciado de un espontaneísmo político-moral (esa "noche en que todos los gatos son pardos"). Para Mao, la práctica es la "instancia" que pone en rela-

40 Véase en este sentido los trabajos de la corriente fenomenológica americana actual: Garfinkel, Becker, Goffman, etc.

41 Ampliamente dominante en la "sociología latinoamericana".

42 Edgar Morin en Francia, la corriente de "radical sociologists" en Estados Unidos, Fals Borda en América Latina, son ejemplos típicos, por demás respetables, de tal

³⁹ Véase *La Imaginación Sociológica*, F.C.E., 1959.

ción (y no que anula) la especificidad de procesos diferentes; más aún, la práctica (y principalmente la práctica de la lucha de clases) es asimismo la "instancia" que promueve (y exige) la *diferenciación* de dichos procesos; así, es en función de exigencias prácticas que es preciso operar el "salto cualitativo" entre el "conocimiento sensible" que sólo ve el lado "aparente" de los hechos y sus aspectos "aislados", al concepto, que descubre sus determinaciones íntimas; y, del concepto, a las *conclusiones "lógicamente encadenadas" (leyes)* que dan cuenta de la ligazón interna entre diferentes fenómenos. Pero, al mismo tiempo, todas estas distinciones, que permiten comprender la especificidad diferencial de cada proceso (y de cada tipo de conocimientos, según la forma específica de su producción) hallan nuevamente en la práctica su destinación última:

"La filosofía marxista estima que lo esencial no es comprender las leyes del mundo objetivo para estar en condiciones de explicarlo, sino utilizar el conocimiento de esas leyes para transformar activamente el mundo. . . El marxismo acuerda una

gran importancia a la teoría, única y justamente porque ella puede ser un guía para la acción".⁴³

Así pues, en el materialismo dialéctico, el "criterio de la práctica" remite a una problemática materialista de la producción de conocimientos que tiene permanentemente en cuenta las condiciones y la destinación políticas de dicha producción; en modo alguno sirve de justificación apologética y moral a una concepción humanista historicista para la cual la historia (y la ciencia de la historia) no es sino la puesta en relación significativa de acciones humanas siempre "imprevisibles", puesto que "libres".

Las consecuencias concretas de ese humanismo historicista sobre la práctica científica son el condenarla a la crónica descriptiva y al relativismo, con el doble resultado siguiente:

1) en el plano teórico, se obliga a una perpetua oscilación entre el subjetivismo y el cientismo;

2) en el plano político, dado que

⁴³ Mao Tse Tung, *Acerca de la práctica en Obras escogidas*.

los análisis no pueden hacerse sino por interpretación de situaciones ya creadas —puesto que se desconocen las leyes estructurales y coyunturales— se carece de instrumentos para actuar sobre las tendencias estructuralmente dominantes en el sentido de su transformación.

Ahora bien, la polémica suscitada por el humanismo historicista permite plantear los dos problemas claves del proceso de producción de conocimientos, a saber: qué ciencia y para qué? y cuáles son las condiciones materiales de ese proceso de producción? En efecto, si no hay condiciones generales, metodológicamente fundadas, de la cientificidad en general, pero hay al mismo tiempo posibilidad de producir conocimiento más allá de la apreciación subjetiva de una situación histórica, ¿qué es lo que define a un proceso como producción efectiva de conocimientos? Dado que hemos rechazado la pertinencia de "criterios" generales, exteriores a la práctica científica, para calificar el contenido de esta última, la respuesta solo puede derivar de un análisis materialista de sus condiciones de producción.

LIBROS DE LECTURA (imprescindible)

BATMAN EN CHILE - Enrique Lihn
Una novela de aventuras y humor político con el héroe de las historietas trabajando para la C.I.A. en el Chile socialista.

MEMORIAS DE UNA LADRONA - Dacia Maraini
La dura vida de Teresa entre los escombros de la Segunda Guerra Mundial, contada en un renovado estilo neorealista por la novelista italiana de mayor vigencia en la actualidad literaria europea.

TODO PUEDE SER PEOR - Osvaldo Sciguerman
Un honesto y tímido empleado de banco, respetuoso hasta el momento de todas las normas, comienza una defraudación que va creciendo con el tiempo. Una novela rigurosa, con suspenso, que desarrolla una tragedia cotidiana.

¿QUIEN ES FONTANARROSA? - Roberto Fontanarrosa
Un libro de humor gráfico del más brillante de los dibujantes argentinos de la nueva generación.

REIMPRESIONES

JOHNNY FUE A LA GUERRA. Dalton Trumbo. (2^o edición)

LAS TUMBAS. Enrique Medina. (8^o edición).

OPERACION MASACRE. Rodolfo Walsh. (3^o edición en este sello).

PARA UNA MUCHACHA CON UNA FLOR. Vinicius de Moraes. (5^o edición).

ME TENES PODRIDO, ARGENTINA. Alfredo Grassi. (6^o edición, levantada la prohibición).



Ediciones de la Flor

Uruguay 252 - 1^o B - Buenos Aires

REVISTA DE CIENCIAS DE LA EDUCACION

número 9 — mayo de 1973

Contra la escuela, Tomás A. Vasconi
Ideología y educación, Clotilde Yapur
El positivismo pedagógico argentino, Juan Carlos Tedesco
El tratamiento psicopedagógico: sus etapas, María Arzeno y A. Crespo

Documentos

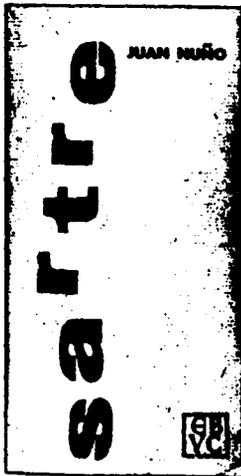
- I — El programa educativo del Consejo Tecnológico Justicialista.
- II — La Reforma educativa chilena: informe sobre la Escuela Nacional Unificada.

Suscripciones: un año (tres números) 16.00 pesos

Redacción y administración: Cuba 1940, Buenos Aires T.E. 781-8443

UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

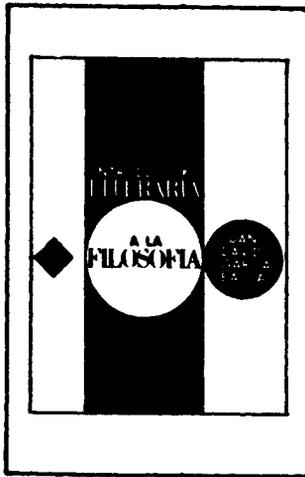
EB VC



Juan Nuño
SARTRE

La mayor parte de esta obra está destinada a analizar las novelas y los cuentos de Sartre. El teatro es presentado en una visión sintética, sin concederle el peso que se le da al resto de la producción literaria sartriana. Son varias las razones para haber procedido así. Aunque parezca paradójico una de ellas es la certeza de que el teatro forma el aporte creativo más logrado de este autor; por lo mismo, el que menos esclarecimiento exige: o por haber sido comentados extensamente, o por no necesitarlo tanto como la novelística.

Sea verdad o no, se insiste en el superior valor de Sartre como dramaturgo al compararlo con su condición de novelista. Si es incorrecto el juicio, la prueba en contrario obliga a valorar a otro nivel que el habitual de su novelística; si es cierto, se impone entonces arrojar luz sobre esa zona menos iluminada de la obra de Sartre para comprender la razón de su supuesta modicidad.



Juan David García Bacca
**INTRODUCCION LITERARIA A
LA FILOSOFIA**

Mostrar la unidad de pensamiento profundo entre filosofía y literatura, unas veces patente ya en primer plano, otras en forma implícita pero actuante, constituye el plan e hilo conductor de esta obra. Esquilo, Cicerón, Evangelios, Calderón de la Barca, Goethe, Mallarmé, Valery, introducen a las filosofías de sus tiempos o épocas históricas, a Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino, Suárez, Husserl, Heidegger, sin confundirse con ellos; y a la vez las correspondientes filosofías, descubren, las ideas filosóficas de los literatos, De este modo la historia de la filosofía y de la literatura quedarán correlacionadas, no puramente de manera cronológica o de externa coincidencia de años, siglos o épocas, sino por el trasfondo unitario del pensamiento racional.



William W. Kaufmann
**LA POLITICA BRITANICA Y LA
INDEPENDENCIA DE LA AMERICA
LATINA**

El valor primordial de este documentado trabajo de análisis histórico ha de encontrarse en su brillante análisis de la política británica de comienzos del siglo XIX y los vaivenes de esa política en cuanto a sus objetivos en América Latina.

En primer lugar, es necesario recalcar que se trata de un enfoque de nuestras luchas de independencia hecho a través del lente de la política británica de la época.

De esta particularidad es consecuencia inevitable el hecho de que Kaufmann nos presenta la independencia obtenida en larga y cruenta guerra frente a España, no como una verdadera revolución emanada del desarrollo mismo de estos pueblos, sino más bien como una resultante de las complejas motivaciones económico-políticas de la Gran Bretaña, o dicho de otra manera más tajante, como una mera acción expansionista del imperio británico.

Acumulación y centralización en la industria argentina

Eugenio Gastiazoro

Elsa Cimillo y Edgardo Lifschitz

Afianzamiento del desarrollismo

Producido el desplazamiento de Perón, se afirma nuevamente el desarrollo del capitalismo por vía monopolista y terrateniente, en desmedro de los postulados de vía autónoma. Los sectores dominantes proponen profundizar la vía dependiente integrándose aún más al imperialismo. Los sectores de burguesía agraria e industrial no monopolista, en su mayoría sólo ven como la única vía posible de "desarrollo" y procuran amoldarse al proceso desarrollista.¹

La burguesía monopolista y terrateniente, los sectores dominantes de la clase explotadora local, en función de sus necesidades de lograr un rápido crecimiento económico —que asegure su dominio de clase y su proyección al ámbito latinoamericano—, conciben la llamada estrategia desarrollista. Esta estrategia, que tiene como objetivo un desarrollo acelerado de las fuerzas productivas que por sí mismos estos sectores no podían asegurar, tiene como componente fundamental la entrada de capital extranjero al país, que es convocado a participar como asociado en este plan de "gran potencia".

La burguesía no monopolista carente de un proyecto alternativo —por falta de bases materiales y políticas—, trató de amoldarse a la

estrategia desarrollista que, de tener éxito, podía permitirle un cierto desarrollo, aunque más no fuera de manera subordinada a la burguesía monopolista y al capital monopolista internacional.

A partir de octubre de 1955 comienzan a desarmarse las "defensas" colocadas por el gobierno peronista en el sector externo. Se ordena la liquidación del IAPI, y, con la incorporación de la Argentina al Fondo Monetario Internacional, se elimina la política de cambios diferenciados y se denuncian los acuerdos bilaterales de comercio (transformándose en deuda financiera los compromisos que, de conformidad a dichos convenios, debían ser cubiertos con exportaciones).

La nueva política de cambios, a la vez que trae una disminución en las exportaciones, provoca un mayor endeudamiento con el exterior. Las empresas que antes contaban con divisas a tipos de cambio relativamente baratos, aunque no pudieran comprar todo lo que deseaban del exterior, ahora se ven compelidas a pagar precios mayores y, en consecuencia, a endeudarse más con sus proveedores.

Comparativamente, los precios mayoristas de los bienes importados crecen hasta 1960, en relación a 1954, en 6710/o, mientras que los precios mayoristas de bienes nacionales aumentan un 4910/o. Como la demanda de los bienes importados no responde negativamente al aumento de precios, dada la imprescindibilidad de la mayor parte de los mismos para la continuidad del proceso productivo interno, las empresas no tienen otra alternativa que recurrir a préstamos del exterior, creándose una situación favorable para aquéllas que pueden lograrlos en condiciones ventajosas y ensanchándose el camino que conduce a la desnacionalización.

La implementación en forma más

acabada de la estrategia desarrollista, se da a partir de 1958 con el ascenso de Frondizi al gobierno. En términos globales, para favorecer al conjunto de la clase capitalista y acrecentar su fuente de acumulación, se acentúa la disminución de la participación del conjunto de los asalariados en el producto interno, a través de una drástica reducción del salario real.

Para 1958, el porcentaje que representa el total de salarios y sueldos pagados, en el ingreso nacional, ha caído del 45,60/o (en 1954) al 43,30/o. Esta tendencia recibe un impulso adicional durante el gobierno frondicista, cayendo dicha participación al 37,80/o en 1959, y manteniéndose en ese nivel de ahí en adelante aunque con altibajos.

El mecanismo de traslación hacia la clase capitalista, que de por sí es discriminatorio contra los sectores donde impera una mayor concurrencia, reside básicamente en permitir el aumento de los precios, controlando los salarios para que no aumenten al mismo ritmo. Por ejemplo, en 1959, el salario real cae casi en un 300/o a través del aumento del costo de la vida en un promedio del 1130/o mientras el promedio de salarios nominales subía escasamente un 500/o.

Como la clave de la estrategia desarrollista consiste en la expansión del capital monopolista y terrateniente, la gran movilización de recursos internos se orienta hacia estos sectores.

Para impulsar la vía terrateniente de desarrollo del capitalismo en el campo, el frondicismo recurre a la liberalización de los arrendamientos y, fundamentalmente, a créditos gigantescos y desgravaciones impositivas para los planteles vacunos junto a la mecanización y tractorización del agro. También se favorece relativamente a los precios agropecuarios en el conjunto de la economía: mientras los precios mayoristas de

¹ La posición de la CGE, previa a la caída de Perón es ejemplificativa al respecto: "La evolución del balance de pagos, ya comentada, señala el hecho de que con los saldos provenientes de los rubros corrientes no será posible atender las necesidades de inversión que la economía argentina tiene para mantener un ritmo de progreso creciente e intenso. Es, por lo tanto, necesario fomentar el ingreso de capital extranjero en la medida en que no se puede hacer frente a las necesidades con las disponibilidades del país". Confederación General Económica. Informe Económico, 1955.

productos agropecuarios crecen entre 1954 y 1960 en el 5310/o, los no agropecuarios aumentan el 3810/o.

Y para impulsar la vía monopolista de desarrollo del capitalismo industrial se recurre a ventajas de todo tipo para la inversión, fundamentalmente la extranjera, a través de la devaluación del peso, ventajas crediticias e impositivas y una legislación de fomento.

La entrada de capital extranjero es estimulada por todos los medios. Con ella se espera avanzar en el proceso de sustitución de importaciones en aquellas ramas para las que existe una demanda interna insatisfecha, debido a la restricción en la capacidad de importar, y agravada por la disminución de las exportaciones argentinas.

El carácter de este proceso sustitutivo, centrado ahora en la producción de bienes que requieren una tecnología más avanzada, en momentos en que se carecía de una base tecnológica interna lo suficientemente amplia y de una burguesía local capaz de desarrollarla rápidamente, hace de estos sectores un campo fértil para la intromisión del capital monopolista internacional.

Diversas condiciones concurren a avalar la decisión del capital extranjero de ingresar al país. El mercado interno preexistente, las barreras aduaneras proteccionistas, la posibilidad de revalorizar maquinarias y equipos obsoletos para el nivel de desarrollo de los países imperialistas, la accesibilidad a los recursos internos a través del crédito, una posición oligopólica que les permite el manejo de mercados y precios, etc., son elementos que, unidos a las garantías políticas que les ofrece el gobierno de Frondizi a través de la Ley de Radicaciones y de Promoción Industrial (amplia libertad en el uso de divisas para girar al exterior y posibilidad irrestricta de repatriar el capital, franquicias aduaneras e impositivas, avales del Estado para obtener créditos, etc.) le permiten al capital monopolista internacional obtener y asegurar una alta tasa de ganancia.

La legislación frondicista

La Ley de Radicaciones en 1958 satisface ampliamente —al no establecer ningún tipo de regulación sobre el giro de beneficios y repa-

trición del capital— las exigencias del capital extranjero. Más aún, asegura que todas las operaciones de cambio relacionadas con las radicaciones se canalizarán por mercado libre, garantizando divisas aún cuando la situación económica del país impusiera la necesidad de establecer controles para su utilización.

Esta falta de regulación en el movimiento de fondos permite que posteriormente, y con mayor agudeza en los momentos críticos, los giros de utilidades y de capital provoquen serios desequilibrios en el balance de pagos, desnaturalizándose así el objetivo postulado por la ley de "equilibrar el balance de pagos".

Es interesante comparar esta ley con la que le antecedió, la de 1953, que también se proponía legislar sobre la radicación de capitales extranjeros. En ella se establecían, al igual que en la de 1958, ventajas para dicha radicación; por ejemplo, la introducción libre de impuestos de maquinarias, equipos y otros bienes vinculados a la misma.

A diferencia de la ley de 1958, la ley de 1953 intentaba controlar la radicación efectiva del capital extranjero, imponiendo restricciones al giro de dividendos a la repatriación del capital. Así, un capital que ingresaba al país para acogerse a los beneficios de la ley podía recién al cabo de dos años remitir utilidades al exterior, siempre y cuando éstas no superaran el 80/o del capital originariamente invertido. Si se hubieran reinvertido utilidades que gozaban del derecho de ser giradas, ese porcentaje se aplicaba también sobre el incremento de capital correspondiente a las mismas.

Las utilidades que excedían dicho tope, así como las que pudiendo ser transferidas no se registraban como capital de propiedad extranjera, no podían girarse ni acumularse al capital originario a los efectos de computar sobre ellas —las utilidades— las utilidades pasibles de ser remitidas al exterior o del capital que podía ser objeto de repatriación.

También la repatriación estaba sujeta a limitaciones. Sólo se permitía al cabo de diez años de la radicación y gradualmente en cuotas que iban del 100/o al 200/o anual, siempre que no se afectara el normal funcionamiento de la planta. El monto de capital que podía repatriarse estaba constituido por el capital originario, incrementado por las utili-

dades que pudiendo girarse se hubieran reinvertido. Pero las utilidades que excedían el porcentaje establecido por la ley, y el capital que se formara en base a las mismas, "quedarán definitivamente nacionalizados y no podrán ser transferidos al exterior bajo ningún concepto".

Otras limitaciones pesaban sobre el giro de utilidades y la repatriación del capital: 1) la radicación quedaba registrada en moneda nacional a los precios que regían al momento de despacho a plaza; 2) sólo se podían efectuar con fondos propios de la empresa, impidiéndose así el uso de financiamiento interno —bancario o extra-bancario— para estos fines.

A juzgar por sus resultados, como ya dijimos, esta ley no satisfizo al capital monopolista. De ahí la necesidad de la ley 14780 en 1958.

Esta última establece, además, que las inversiones que ingresan como radicaciones se pueden acoger a las leyes vigentes regulando disminuciones o exenciones de derechos aduaneros, regímenes impositivos y cambiarios, tratamiento crediticio e inclusión en el régimen más favorable de fomento y defensa de la industria.

Unos días después de la sanción de la ley 14780 se sanciona la ley 14781, de Promoción Industrial, que, de acuerdo a lo manifestado en los antecedentes enviados al Congreso por el Poder Ejecutivo, tiene el propósito de evitar una situación de inequidad para la industria nacional, dada la sanción de la ley de radicaciones de capital extranjero.

Como los decretos a que da origen esta ley favorece a las ramas donde se producen las radicaciones, tales como petroquímica, celulosa, siderurgia, etc.; en realidad son sólo ellas las que se benefician adicionalmente en relación a las empresas nacionales que no tienen posibilidad de acceso a esas ramas.

Si bien en 1959 se libera de recargos la importación de bienes de capital, la desigualdad entre las empresas nacionales y las que se radicaron persiste en lo referente a la importación de insumos, situación que se agudiza ante el aumento general de los impuestos a la importación de los mismos. La liberación de recargos sólo rige para las ramas promocionadas, en las que predomina el capital extranjero.

Es así que el régimen de Promo-

ción Industrial (ley 14781 y decretos reglamentarios) puede ser calificado con justeza, en función del tipo de industria que benefició, como "régimen de promoción del capital extranjero".

Un elemento no despreciable es la sujeción de los inversionistas a las leyes vigentes en el país. La ley de 1953 lo establece específica y reiteradamente. No así la de 1958, que sólo habla de garantías y derechos de los inversionistas extranjeros, equiparándolos a los nacionales, pero sin especificar en ningún momento que tengan que someterse a las leyes nacionales en cuanto a obligaciones, o del sometimiento de las empresas radicadas a las leyes nacionales. De esto no encontramos ni una palabra, y es posible que de esa forma se haya querido dejar las puertas abiertas para la firma de "acuerdos de garantía" (del tipo que se afirmó con la Agencia para el Desarrollo Internacional del gobierno de los Estados Unidos, por el que el gobierno nacional garantiza a los inversores norteamericanos la disponibilidad de divisas para todas sus operaciones, aún cuando se estableciera el control de cambios) o para que los "radicadores" puedan someter a sus "socios nacionales" al arbitraje internacional en caso de conflictos.

Algunos efectos de las radicaciones

Existiendo condiciones económicas favorables y una legislación que aseguraba su predominio, el capital monopolista avanzó rápidamente en sus posiciones en el mercado interno. Esto sobre todo se refleja en las ramas más concentradas de la industria, que son las más modernas de la economía argentina, donde el capital extranjero controla lo decisivo de la producción. Para 1963, por ejemplo, las empresas extranjeras controlan el 95,2% de neumáticos, el 72% de hilados y fibras sintéticas y artificiales, el 85% de vehículos y automotores, a el 87,7 % de tractores y el 78,0 % de petroquímica pesada.

Al contrario de lo que podría suponerse al ver la importancia que adquiere el capital de propiedad extranjera en el contexto de la industria argentina, esto no implicó una afluencia extraordinaria de recursos del exterior. Esto es por cuanto, en función de sus mayores benefi-

cios, el capital extranjero procuró canalizar en su provecho los recursos internos preexistentes, y basar lo decisivo de su acumulación en la explotación de la mano de obra argentina y en la apropiación, por vía de precios de monopolio, del máximo posible del excedente generado en el conjunto del sistema capitalista de explotación.

Lo que decimos puede apreciarse claramente si tenemos en cuenta que el total de los recursos provenientes del exterior a través de radicaciones, sólo representó un 0,7% del total del producto interno, en el período de mayores radicaciones, entre 1958 y 1962. Y que en el período 1963-68 sólo significaron el 0,1% del producto bruto interno.

Las leyes de radicación de capitales que se dictan a partir de 1958, determinaron pedidos de radicación que llegan a 407 millones de dólares entre 1958 y 1964, que es el período más significativo en cuanto a la inversión extranjera. En el período inmediato siguiente, 1964-68, las autorizaciones sólo alcanzan a 136 millones de dólares.

Respecto del primer período, una encuesta de Fabricaciones Militares a aquellas empresas que solicitaron autorizaciones para radicar, revela que el monto ingresado efectivamente al país es de 175,3 millones de dólares; monto muy inferior a lo solicitado.

Los egresos por dividendos de dichas empresas en el período, asciende a 113,6 millones de dólares, lo que representa el 65% del ingreso efectuado por las empresas acogidas a las leyes de radicación. Si bien esta remisión de utilidades al exterior es la computada en las empresas encuestadas, que podían existir o no previamente a la radicación, no deja de ser significativo que en el lapso transcurrido entre 1958 y 1964 la entrada real de capital es casi compensada por la salida de dividendos, prueba elocuente de la escasa contribución del capital externo al proceso de acumulación. Esto se agrava con la salida de beneficios que van al exterior encubiertos como pago de regalías por el uso de marcas y patentes de propiedad extranjera.

La tendencia observada en este período —que la entrada de capital puede ser compensada por la salida de beneficios— no es necesariamente una tendencia inevitable, sino que

está regida por la relación entre las posibilidades de ampliación de las ganancias que tiene el capital monopolista en el país, y las que tiene en otros países. Ello determina que la posibilidad de reinvertir sus beneficios está supeditada a las oscilaciones en la tasa de ganancia a nivel mundial; luego, en virtud de dichas oscilaciones, la plusvalía generada internamente y apropiada por el capital extranjero puede emigrar o no al exterior. En nuestro caso, como veremos luego, y debido a las restricciones del mercado interno determinadas por el predominio de la propiedad terrateniente y monopolista, la reinversión es sumamente baja en relación al potencial de acumulación, girándose gran parte de la plusvalía al exterior bajo la forma de utilidades, dividendos, regalías, etc., aparte de las remesas por servicios financieros que implica el creciente endeudamiento externo de nuestra economía.

Otro elemento interesante que surge de la encuesta de Fabricaciones Militares son los montos de insumos importados originados en las inversiones directas que ingresan en el mismo lapso: éstos se elevan a 559,6 millones de dólares. Esta cifra —muy superior a la de las radicaciones— permite aseverar que el capital monopolista, a más de dominar las ramas industriales más dinámicas, —que permiten una mayor apropiación de plusvalía interna por vía de los precios de monopolio— realiza en el mercado interno y mediante el comercio exterior parte de su producción en el país imperialista, la que ingresa a nuestro país libre de recargos aduaneros (como ya vimos).

Esto no implica necesariamente una tendencia a mantener ese ritmo de importación de insumos en todas las ramas, dado que evidentemente se ha efectuado en algunas de ellas —como automotores— una progresiva integración del proceso productivo, con lo que los insumos importados tienden a perder peso relativo.

La dependencia que se establece con la sustitución de importaciones en base a la incorporación de capital extranjero, aumenta la centralización más sofisticada que la de la simple venta de insumos. Esta dependencia pasa por el control de los procesos tecnológicos más avanzados y el afianzamiento de su monopolio en la estructura productiva interna.

La encuesta de Fabricaciones Mi-

litares confirma lo que sosteníamos respecto al hecho de que las inversiones extranjeras se dirigen a ramas prácticamente nuevas en el país —las más promocionadas— como ser química y petroquímica, automotores, minería y tractores.

En automotores, a pesar del bajo monto efectivamente radicado (33 millones de dólares), para fines de 1964 ya se encontraban instaladas todas las empresas. Esto demuestra la posibilidad que tuvieron esas empresas de obtener recursos internos para su funcionamiento en forma más o menos inmediata.

Estas empresas, que son el eje de la política sustitutiva de importaciones del período, han remitido para fines de 1964, 52,3 millones de dólares en concepto de beneficios; ello equivale al 158^o/o de lo efectivamente radicado por las mismas en el período 1958-64 y al 46^o/o del total de las remesas efectuadas en el período por las empresas autorizadas a radicarse. Automotores es también la rama que más insumos importados tuvo en el período, los que ascienden a 396,1 millones de dólares, o sea el 70,8^o/o del total de insumos importados bajo el régimen promocional de radicaciones.

En el caso de química y petroquímica, donde las inversiones son de una maduración más lenta, el efectivo radicado es superior, y los insumos importados (así como las remesas al exterior) recién adquirirán importancia en el período posterior. Es así que en el período 1958-64, los insumos importados por éstas escasamente alcanzan los 30 millones de dólares, en tanto que en 1970 ascienden a los 200 millones de dólares.

En ramas como neumáticos, alimentos y bebidas; madera y papel cartón, cuya radicación es prácticamente nula —entre las tres no llegan a sumar 6,5 millones de dólares— adquieren gran importancia las remesas de utilidades que superan los 30 millones de dólares en el período estudiado.²

El origen de las inversiones extranjeras refleja en nuestro país, al

2 por otra parte, las empresas extranjeras abultan su radicación—inflando los precios de los bienes que ingresan— a los efectos de justificar sus ganancias extraordinarias por razones impositivas y políticas, y de asegurarse una mayor disponibilidad de divisas en la eventualidad de tener que repatriar capital.

igual que a nivel mundial, el dominio hegemónico del capital monopolista norteamericano. El capital inglés, que predomina casi totalmente en nuestro país a principio de siglo, va perdiendo paulatinamente importancia. En 1955 sólo participa del 21^o/o del total del capital extranjero en el país, en tanto que el 31^o/o del mismo era de origen norteamericano. En el período 1958-64, el 70^o/o de las inversiones autorizadas son de origen norteamericano, y menos del 6^o/o proviene del Reino Unido.

La importancia que asume el capital de propiedad de empresas norteamericanas radicadas en el país, justifica tomar su evolución como indicativa de lo que sucede con el conjunto de las inversiones extranjeras.

En el período 1957-69, el valor de los activos de las empresas norteamericanas radicadas en el país pasó de 333 a 1.244 millones de dólares. Este incremento se produce por un ingreso neto de capital de 524 millones de dólares, más la reinversión de utilidades equivalentes a 387 millones de dólares. Sin embargo se remitieron al exterior, en concepto de utilidades, 649 millones de dólares en este período.

Todo lo visto hasta aquí, nos permite aseverar que el estudio de las autorizaciones y radicaciones de capital efectivamente realizadas ofrece una gran limitación para comprender la importancia real de la propiedad del capital monopolista internacional en el país. Esto, pues el grueso de los recursos lo obtienen internamente aumentando su participación en el excedente.

Generación del excedente

La Argentina acelera su industrialización en la década de los años sesenta. Esto, como todo proceso que profundiza el desarrollo de las relaciones capitalistas de producción —aunque se dé dentro del marco de deformación y dependencia que caracteriza las mismas en nuestro país—, lleva a un acrecentamiento en el grado de concentración y centralización del capital.

El punto clave para entender este proceso es la acumulación del capital, la cual descansa en la venta de la fuerza de trabajo por parte de la clase obrera a la clase de los capitalistas. La capacidad del obrero de crear un valor superior al valor de su

propia fuerza de trabajo, permite que se genere un excedente, que es apropiado por el capitalista. Este excedente no es otra cosa que la plusvalía. La conversión de ésta en capital, es decir su inversión, constituye la acumulación. Entonces, la acumulación queda definida como la masa de plusvalía que el capitalista, añade al proceso productivo, y la base de la acumulación es la explotación de la fuerza de trabajo.

La clase capitalista puede incrementar de diferentes modos la masa de plusvalía extraída, según como inviertan la plusvalía. El modo más simple, sin modificar sustancialmente las condiciones de producción, consiste en contratar un mayor número de obreros, los que puestos a trabajar proporcionarán al capitalista una masa mayor de plusvalía susceptible de volver a invertirse, acrecentándose así la acumulación del capital. Este modo de acumulación —con ser importante en determinados momentos históricos— no es el más característico del sistema capitalista, por las limitaciones que impone a la tasa de ganancia la disminución del ejército de reserva. Entonces adquieren importancia determinante los métodos de intensificación de la explotación de la fuerza de trabajo vinculados al aumento de su capacidad productiva, que permiten, en determinadas condiciones, aumentar la tasa de plusvalía.

En el caso concreto de nuestro país, el modo de acumulación vinculado a una contratación creciente de mano de obra, es más característico del período anterior al que analizamos, es decir del período peronista. De manera global, en ese período, la fuente de una masa de plusvalía incrementada estuvo constituida fundamentalmente por una creciente absorción de mano de obra asalariada. En el período actual, al contrario, también de manera global la acumulación no se ha apoyado en una expansión del empleo de mano de obra sino fundamentalmente en un mayor grado de explotación de la misma³. En este período,

3 La fuente de acumulación del capital en nuestro país, en este período a pesar de la intensidad que esta acumulación toma en las ramas "extranjeras", no es —como ya se ha expuesto— consecuencia de un gran aporte de capital que ingresa del exterior. La acumulación se dió casi exclusivamente invirtiendo plusvalía generada por la clase obrera argentina.

la acumulación se apoya en un aumento en la intensidad y en la capacidad productiva del trabajo, operando con un creciente ejército de reserva como garantía de la superexplotación.

Este método de acumulación, con ser el dominante, no es el único a que se apeló en este período. Es característico de los sectores donde predomina el capital monopolista, en tanto que otros métodos —como la prolongación de la jornada de trabajo, el pago a la fuerza de trabajo por debajo de su valor, etc.—, han sido dominantes entre los sectores de la burguesía mediana y menor, que no pueden acceder a los métodos más modernos de producción.

La modificación de la tasa de explotación que se logra mediante el aumento en la capacidad productiva del trabajo —llamada plusvalía relativa—, favorece a la clase capitalista en su conjunto. Pero los capitalistas disponen individualmente de métodos para lograr incrementar la tasa de explotación mediante el crecimiento diferencial de la productividad, que es lo que llamaremos plusvalía extraordinaria. Este método se origina cuando una o algunas empresas pertenecientes a una misma rama logran, mediante un incremento de la productividad, diferenciarse del resto y producir las mercancías en cuestión a un valor unitario inferior al valor medio existente en la rama.

Este método de aumentar la tasa de explotación adquiere una característica temporal cuando las empresas se mueven en un marco concurrencial pues las innovaciones tecnológicas que permitieron esas productividades diferenciales tienden a ser adoptadas por el resto de los capitalistas de la rama. Pero cuando, como en el caso argentino, la competencia pierde su carácter concurrencial, y en una rama subsisten empresas con diversos grados de concentración, ese aumento en la tasa de explotación tiende a perpetuarse.

Es en estos casos cuando las empresas menos desarrolladas de la rama echan mano a otros métodos para restablecer su cuota de explotación: la disminución del salario real, pagando a la fuerza de trabajo por debajo de su valor, e incluso el aumento de las horas trabajadas por sus obreros sin modificar el salario

diario. Esto permite al sector de la burguesía mediana y menor elevar su tasa de explotación, sin que haya razón alguna para que se elimine —como en el caso de concurrencia— la mayor tasa de explotación lograda por vía del aumento de la productividad en las empresas monopolísticas.

Así, en cierta manera, la mayor plusvalía que otorga la "eficiencia" del monopolio se mantiene, ya que las empresas ineficientes imponen a sus obreros un mayor tiempo de trabajo no remunerado, procurando mantener e incluso incrementar su tasa de explotación según lo permitan las condiciones del mercado de la fuerza de trabajo. Por qué las empresas rezagadas tecnológicamente pueden apelar a este medio para aumentar su tasa de explotación? ¿Qué es lo que permite que esta situación se mantenga por períodos prolongados en nuestro país?

La desocupación fenómeno incrementado en la actual etapa en nuestro país por las razones que veremos luego, enfrenta al obrero con la difícil disyuntiva de tener que vender su fuerza de trabajo a un precio menor o "morirse de hambre". Esta situación permite a las empresas menos productivas, que además son las de menor dimensión, contratar a la mano de obra marginal, que en su mayoría no está agremiada, o cuando lo está carece de fuerza de negociación, tanto por su condición como por la "poca preocupación" que la mayoría de las direcciones sindicales evidencian sobre su situación. El obrero se somete así a condiciones leoninas, aferrándose al único medio que tiene para subsistir, aportando más horas de trabajo para redondear un salario igual e incluso inferior al salario medio. De esta manera genera un mayor valor excedente, que es lo que permite reproducir, y a veces ampliar, el capital de las empresas menos productivas—que son las que pertenecen a la burguesía mediana y menor—, a la vez que mantener la plusvalía extraordinaria de que se apropia el capital monopolista, que es quien controla las empresas más productivas.

Este recurso de la burguesía mediana y menor de reducir drásticamente los salarios y forzar el incremento de las horas trabajadas, no se observa —generalmente— en las grandes empresas. Estas empresas no recurren comúnmente a ello, pri-

mero por razones técnicas, determinadas por turnos fijos de trabajo y por la especialidad del mismo, y segundo porque la mano de obra que ocupan, por las mismas condiciones de producción que llevan a su concentración, tiene una fuerza de negociación muy superior a la de los obreros de las empresas menos concentradas.

Todo esto explica cómo, en el caso concreto de nuestra economía, de la que es propia la tendencia a la progresiva oligopolización de los mercados con el desarrollo del capitalismo, la obtención de la plusvalía extraordinaria, además de perder su carácter temporal, tiende a recrearse continuamente. Esto sucede en aquellas ramas donde el capital monopolista —nacional o internacional— coexiste con empresas que tienen un nivel tecnológico inferior, y por lo tanto capacidad menor para equiparar sus productividades a la de aquél.

En las ramas donde la competencia se da entre "pares", es decir las ramas donde hay oligopolio con prescindencia de empresas de menor magnitud no existe la posibilidad de mantener la plusvalía extraordinaria. Lo cual no significa que no puedan aumentar su masa de plusvalía, ya que pueden recurrir a la intensificación del trabajo o beneficiarse con el mecanismo general de la plusvalía relativa.

Es importante destacar que lo que decimos sobre variaciones en la tasa de plusvalía ante el aumento en la productividad, es válido para comparar empresas de una misma rama, pero no lo es cuando se trata de comparar distintas ramas entre sí. Puesto que no necesariamente las ramas que han desarrollado una mayor capacidad productiva del trabajo tienen una tasa de explotación mayor que las ramas menos productivas. Esto no excluye que las primeras estén en mejores condiciones que las otras para aumentar su tasa de explotación, por ejemplo intensificando el trabajo sin aumentar proporcionalmente el salario⁴; pero aquí

4 En la Argentina se emplean métodos para incrementar la intensidad, que van desde la aceleración de las cintas de producción hasta el estricto control del tiempo que emplea el obrero. En esto las empresas monopolistas pueden emplear técnicas más sofisticadas que no están al alcance de la pequeña y mediana empresa.

El capital

**KARL
MARX**

Libro primero

El proceso
de producción
del capital

VOLUMEN I, "Mercancía y dinero"
"La transformación del dinero en capital" y "La producción de la plusvalía absoluta"

XI siglo veintiuno editores sa

Un esfuerzo editorial sin precedentes, donde en 14 volúmenes de bolsillo, se ofrecerá al público latinoamericano una versión fiel de la obra máxima del pensamiento universal.

La magnitud del trabajo sólo pudo ser posible por haberse contado con la colaboración decidida de nuestras entidades hermanas de México y España que, junto a nosotros, coeditarán la nueva edición en español de esta nueva traducción de la obra cumbre de Karl Marx.

XI siglo veintiuno editores

nos encontramos con un aumento en la tasa de plusvalía que no está asociado al aumento en la productividad.

Plusvalía relativa

La clase capitalista en su conjunto puede aumentar la tasa de plusvalía mediante el incremento de la capacidad productiva del trabajo, es decir, obtener una plusvalía relativa disminuyendo el tiempo social medio necesario para reproducir la fuerza de trabajo. Esto se logra aumentando la productividad de las ramas que producen medios de subsistencia, lo cual implica una disminución del valor de la fuerza de trabajo, porque desciende el valor de las mercancías consumidas por la clase obrera.

Así la clase capitalista puede desembolsar un capital variable menor, sin que se afecte la masa de valor generada por la fuerza de trabajo que ella contrata. El aumento en la tasa de explotación que origina se debe a que la masa de valor generada por el trabajo del obrero no se altera, pero disminuye la masa de valor destinada a retribuir a esa fuerza de trabajo. De este modo aumenta la relación entre el trabajo excedente y el trabajo necesario, es decir aumenta la tasa de plusvalía.

Si observamos el caso argentino, y comparamos la evolución del salario real de los obreros productivos con la productividad de las ramas que producen los bienes que entran en la canasta de consumo obrero, vemos que la brecha que separa a ambos ha aumentado, y —por lo tanto— ha aumentado la tasa de explotación de la clase obrera en su conjunto.⁵

El caso argentino, además de presentar esta tendencia inherente al modo de producción capitalista, presenta un fenómeno poco usual, la disminución por períodos prolongados del salario real percibido por la mayoría de los obreros. Esto está dado especialmente por la disminución de los salarios reales que se opera en las ramas y empresas menos monopolizadas, facilitada por la desocupación. Esta desocupación, como veremos luego, tiene sus causas en el tipo de desarrollo del país, en el proceso de centralización mo-

nopolista en condiciones de dependencia del imperialismo.⁶

Esta situación anómala —porque el salario real no puede bajar “in eternum”— nos indica que —en el período de análisis— el reforzamiento de la centralización y acumulación del capital no sólo se logró apelando a los métodos usuales que utiliza el capital para extraer la mayor masa de plusvalía posible, sino que se pagó a la fuerza de trabajo, a la clase obrera argentina, incluso por debajo del valor que percibía anteriormente como salario real.

Entonces, si en este proceso vemos que el capital monopolista extranjero en su mayor parte, es el que obtuvo una posición relativa superior en la centralización —como se verá en detalle más adelante— es correcto deducir que es él quien se apropió de la proporción mayor de la masa de plusvalía producida por la clase obrera del país. Esta afirmación no contradice el hecho de que es en las ramas que domina el capital imperialista donde los obreros percibieron mejores salarios y obtuvieron mayores aumentos.

Como mencionamos más arriba, no podemos determinar con certeza cuál es la rama que explota más a sus obreros, cuál es la que extrae una tasa superior de plusvalía, porque ésta —que se expresa en valor— aparece oscurecida en la superficie de las relaciones económicas, donde no aparecen valores sino precios, y éstos,

6 El aumento de la plusvalía relativa, disminuyendo el salario real por períodos prolongados, se dio con un gran aumento en los salarios nominales, puesto que se utilizó la inflación como un mecanismo de superexplotación, que a la vez permitía desplazar temporariamente las tensiones sociales que este proceso agudiza continuamente. El tipo de desarrollo de nuestro país, profundizado en las últimas dos décadas, al generar un numeroso ejército de reserva, ha permitido a la clase capitalista en su conjunto quebrar —en términos reales— el aumento de salarios nominales a través de “reajustes” de precios, llegando incluso a anular totalmente o también sobrecompensar los aumentos de salarios. Por eso, en los últimos años, los aumentos de precios y salarios da como resultado una disminución, en promedio, del salario real.

7 Pero, a los efectos de analizar la tasa de explotación, nada importa el desvío general de los precios respecto de los valores de las mercancías, puesto que esto sólo afecta la redistribución de la plusvalía entre los sectores explotadores. Por ejemplo si la productividad aumenta en las industrias productoras de bienes de consumo

al igual que la tasa de ganancia, oculta el movimiento real.⁷

Pero sí podemos afirmar que en este período la acumulación de capitales —sin ser demasiado significativa por lo que demostraremos más adelante— no se basó en el aumento de la dotación de la fuerza de trabajo en los sectores productivos, sino en la intensificación en el grado de explotación de la fuerza de trabajo.

Distribución de la plusvalía

Para la comprensión de las leyes que regulan la acumulación capitalista, es crucial el estudio de los mecanismos que operan la distribución de la plusvalía en el seno de las clases explotadoras. Aquí nos referiremos a las transferencias que se realizan entre los sectores productivos y, fundamentalmente, en el ámbito de la industria manufacturera —sobre la que centramos el análisis de este trabajo— aunque éstas no se agotan en los sectores que realizan la extracción de la plusvalía.⁸

En general, la distribución de la plusvalía está determinada por las leyes de funcionamiento del modo de producción capitalista, cuya manifestación visible son las distintas formas de mercado en que se cor-

obrero y los precios no descienden, así como tampoco descienden los salarios en términos reales, el incremento de la tasa de explotación igual se habrá registrado. Porque en este caso lo que se da es una redistribución de la plusvalía incrementada en el seno de la burguesía a favor de los capitalistas de las industrias productoras de bienes de consumo obrero.

8 Aparte de la distribución de la plusvalía que se opera en el seno de la clase capitalista entre los distintos sectores que realizan la extracción de la misma, se apropian de parte de ella los sectores improductivos (o sea, aquellos que no extraen plusvalía). La existencia del Estado (comprendiendo todo el aparatopolítico-administrativo que asegura el mantenimiento de la sociedad capitalista), de los propietarios territoriales (en tanto reciben sólo renta de la tierra) y el desglosamiento de ciertas funciones del capital (comercio, finanzas) que se corporizan en individuos o entidades jurídicamente distintas, hace que éstos participen de la masa de plusvalía generada en el proceso productivo por ser poseedores de parte del capital social. Esto ocurre dentro de las fronteras del país. Esta distribución se completa con la transferencia de plusvalía al exterior, a la que nos referiremos más adelante. Y la misma también condiciona el ritmo de acumulación en los sectores productivos.

5 En el período 1953-63, mientras la productividad de esas ramas crece un 42 0/0 los salarios reales aumentan un 19 0/0 (salarios de obreros productivos).

porizan las relaciones de distribución.

Cuando predomina el régimen concurrencial, la nivelación de la tasa de ganancia que se establece entre las distintas ramas, impone transferencias de plusvalía de las ramas de menor composición orgánica hacia las de mayor composición orgánica; ello a los efectos de satisfacer la condición de que cada capitalista sea retribuido en función de su capital desembolsado.

En cambio, cuando se trata de mercados de carácter oligopólico, con restricciones al libre desplazamiento de capitales entre ramas, se produce un desvío de las transferencias de plusvalía hacia aquellos sectores en los que predomina el monopolio.

El proceso de concentración de los medios de producción que provoca el desarrollo capitalista, y la centralización de la propiedad del capital resultante de la lucha competitiva, crean las condiciones que obstaculizan al libre desplazamiento de capitales entre ramas, deviniendo los mercados concurrenciales en oligopólicos.

Este desarrollo de las formas de mercado es el que caracteriza la historia del capitalismo en Europa occidental y Estados Unidos, pero no es el que se registró en la Argentina. En nuestro país, la existencia de sectores monopólicos no se debe a un desarrollo autónomo, sino que es consecuencia de la presencia del capital monopolista internacional que se inserta en la economía nacional con su estructura oligopólica, y coexiste junto a sectores donde priman las formas concurrenciales.

Vamos a tomar el caso de nuestro país, a partir de 1953, para demostrar esta afirmación. Tomamos el año 1953 con el fin de no excluir lo que viene dado del período peronista —y además, por existir un censo industrial en el cual nos basamos—, aunque el proceso comienza a adquirir sus características más definidas a partir de 1958.

Ya en 1953, y a pesar del desarrollo de ramas compuestas por empresas medianas y pequeñas producido durante el período peronista, ramas que se desenvuelven en mercados altamente competitivos, las ramas oligopólicas tenían una importancia considerable. Esto se confirma con el análisis de los datos del censo industrial de 1953:

Altamente concentradas	33
Medianamente concentradas	25
Escasamente concentradas	36
Subtotal	94

(En porcentajes. El subtotal significa la exclusión de 100 ramas y de la industria artesanal, que equivale al 60/o del valor de producción. Cada una de las divisiones se refiere a ocho empresas dentro de cada rama)⁹.

El proceso de inserción del capital monopolista internacional, causa de la creciente oligopolización que se producirá en la estructura industrial, comienza —como dijimos— a adquirir rasgos específicos a partir de 1958. La inserción y la oligopolización se profundizan por la transferencia de plusvalía que se opera mediante variaciones en los precios relativos y a través de la capacidad de acceso a las fuentes de financiamiento interno. La base para esta profundización la proporciona el monopolio tecnológico que detentan las burguesías imperialistas.

Transferencia de plusvalía a través de las relaciones de intercambio

Las variaciones de precios relativos que producen transferencias interindustriales, se explican a partir de las características oligopólicas del mercado. Estas características se agudizan a partir de la incorporación de inversiones extranjeras realizadas bajo el régimen de radicaciones (ley 14780 de 1958).

A través de estas inversiones se va generando una diferenciación tecnológica entre las empresas de una misma rama, o bien entre ramas cuya producción puede ser sustituable¹⁰. Esta diferenciación tecnológica, que generalmente está asociada con un tamaño de planta que

hace inaccesible a capitales medianos o pequeños abordar su producción, es la base del oligopolio.

El capital monopolista internacional y la burguesía monopolista nativa que, como vimos, se aglutina en las ramas donde mayor es la oligopolización, logran ventajas a través de las diferencias de productividad resultantes de su dominio tecnológico respecto de las empresas y ramas donde actúa la burguesía mediana y menor.

El sector monopolista es el que canaliza hacia sí la mayor masa de plusvalía generada por la explotación de la fuerza de trabajo del país, independientemente de que la haya extraído o no de la mano de obra que ocupa.

Hemos dicho que uno de los mecanismos de traslación consiste en las variaciones de los precios relativos —es decir, en la relación de intercambio— que el capital monopolista puede hacer actuar en su favor, dada su capacidad para instrumentar una política de precios.

Pero aún cuando no se pueda apreciar ningún cambio significativo en la relación de precios, este mecanismo de traslación de plusvalía sigue subsistiendo en tanto la diferencia entre productividad y precios de una rama sea superior a la misma brecha en otra rama. Porque como el valor disminuye en función del aumento de la capacidad productiva del trabajo, si se mantiene inalterado el precio de la mercancía se produce una transferencia de plusvalía —a través de la relación de intercambio— de las ramas donde la brecha entre productividad y precios es menor hacia las ramas donde esta brecha es mayor.

Así es como los sectores oligopolizados usufructúan la plusvalía extraída a sus propios obreros y se apropian a su vez, de parte de la que extrae la burguesía no monopolista. En los casos en que existe oligopolio diferenciado —un sector monopolista y empresas competitivas dentro de la misma rama— el capital monopolista agrega a su favor la plusvalía extraordinaria, como otra fuente de acumulación (de acuerdo con lo explicado anteriormente).

Los sectores oligopolizados pueden instrumentar políticas de precios de manera de incrementar el volumen de los fondos acumulables y de expandir participación en el mercado. En las ramas donde sólo hay un

⁹ Tomado de "La concentración en la industria manufacturera argentina, período 1953-63". Conade, 1971.

¹⁰ La tecnología que aportan, con ser superior a la existente en el país, no necesariamente es la más avanzada del país imperialista. Más aún, muchas de éstas radicaciones evitan, la desvalorización del capital que sobrevendría de permanecer en el país imperialista, donde el ritmo de obsolescencia es mayor.

pequeño número de grandes empresas, éstas generalmente recurren a acuerdos de precios, como es el caso de automotores, neumáticos o cigarrillos. En cambio, en las ramas donde las empresas monopolistas compiten con empresas medianas y menores, su política puede ser de eliminación o no de estas empresas, según resulte conveniente a los fines de la acumulación.

A continuación, introducimos, con la finalidad de comprobar lo anterior una serie de ejemplos:

a) En la industria petroquímica, a la que se le asigna por ley el aprovisionamiento de insumos internos a precios promocionales y de insumos importados libres de recargo, vemos la participación de dos sectores bien diferenciados: la petroquímica pesada y la liviana, ambas oligopólicas y con elevado control del capital extranjero.

En la petroquímica pesada, ocho empresas controlaban, en 1963, el 65,19/o del valor de producción de la rama, y en la liviana, otras 9 empresas controlaban el 95,40/o.¹¹ El control del capital extranjero en el valor de producción de estas ramas era del 42,80/o¹² y del 72,90/o respectivamente —para el mismo año 1963.

La industria petroquímica pesada provee materias primas para la industria de laminación y artículos plásticos, cuyo mercado adquiere características bastante competitivas. Estas ramas —constituidas en su mayoría por capital de origen nacional de dimensión mediana— se desarrollan a la sombra de la incorporación de la petroquímica pesada en el país

(en la rama de artículos plásticos, 8 empresas controlan el 32,50/o del valor de la producción, y la participación del capital extranjero equivale a un 0,30/o).

La evolución de las productividades de ambas ramas favorece ampliamente a la petroquímica pesada, y además, los precios de ésta crecen a un ritmo mayor que los de la industria plástica (laminación y artículos plásticos). La diferente evolución de los precios de esta última con respecto a los de sus insumos, implica un drenaje de plusvalía hacia la petroquímica pesada. De esta forma, la industria plástica, que amplía su mercado sustituyendo productos de ramas tradicionales —cuero, hojalata, etc.— ve limitada su expansión.

b) La petroquímica liviana brinda otro ejemplo de la implementación de políticas de precios por parte del monopolio. En este caso, nos encontramos con dos situaciones; por una parte, una política de precios agresiva en función de la lucha competitiva; por otra parte, una política de precios como mecanismo de transferencia de plusvalía.

En la primera situación la petroquímica liviana compite con los productores de hilados de algodón y lana, pero cuenta a su favor con el hecho de que en esta rama (que incluye parte de tejidos) la estructura del mercado es de oligopolio diferenciado: por un lado, grandes empresas y por otro establecimientos medianos y pequeños.

Ambos compiten en el suministro de materias primas a la industria de tejido textil. En este caso, la petroquímica liviana —hilado sintético— busca la eliminación de la competencia. A este fin se dirige su política de precios; los precios de sus productos aumentan en 170,1 en el período 1953-63 (base 1960=100) en tanto que los precios de hilados de lana y algodón aumentan en 106,2 durante el mismo período.

Sin embargo, el aumento de precios por sí mismo no es significativo; la importancia —a los efectos de poder afrontar la lucha competitiva— reside en la diferencia entre las productividades y los precios de ambas ramas. De tal modo, en hilados sintéticos, aún cuando sus precios crecen a un ritmo menor, se produce un incremento de la productividad en términos absolutos de 341,3 frente a un incremento de 37,3 para

los hilados de algodón durante el mismo período.

Esta competencia determinó la eliminación de las empresas de menor dimensión y, además, la retracción de algunas grandes empresas que operan en hilados de lana y algodón. Pero su efecto no se detiene aquí, sino que recae asimismo sobre los productores de lana y algodón, al disminuir la demanda de su producción.

En el caso de la producción algodонера, los minifundios base de la misma, no pueden compensar la disminución de su ingreso con el aumento de los rendimientos. Esto se debe a que las características monopolísticas de su comercialización —Bunge y Born, principal comercializador, se desempeña a la vez como capitalista comercial en el algodón y como monopolista en la industria de hilados de algodón y tejidos textiles— determinan una disminución de precios.

La provincia del Chaco vive una situación crítica que lleva a la disminución del área sembrada, a una reducción del salario de los peones recolectores de algodón, y a un éxodo de los obreros rurales y de los campesinos pobres que se desplazan hacia el litoral a engrosar el ejército de reserva.

Esta lucha por imponer su dominio en el mercado no impide, de ningún modo al capital monopolista que actúa en la rama hilados sintéticos, apropiarse de plusvalía de los capitalistas de la rama a la que provee: la industria de tejidos. De esta manera, ya nos encontramos en la segunda situación descrita al comienzo: política de precios como mecanismo de transferencia de plusvalía.

Esta rama —tejidos— es otro caso típico de oligopolio diferenciado: al lado de grandes empresas pululan una multitud de pequeños establecimientos que son impotentes para implantar una política de precios, dada la competencia existente entre ellos.

Dado que la reconversión técnica, necesaria para pasar de la producción de tejidos de algodón a la de sintéticos, no es demasiado compleja, estos pequeños establecimientos insumen ambos productos. Esta situación beneficia por igual al capital monopolista que está en las dos ramas: a los de hilados sintéticos porque la competencia en el mercado de

¹¹ Con respecto a la petroquímica pesada, vemos en el censo industrial que esta rama incluye tanto la petroquímica pesada como a la industria de laminación de plásticos, lo que determina que esta participación esté subvaluada. Esta rama, caracterizada como oligopólica, abarca un universo de hasta 40 empresas, de las cuales sólo 5 están en la industria de petroquímica pesada realmente; el resto está en la industria de laminación de plásticos. Este dato tiene vigencia actualmente pues el número de empresas que están en la primera no se modifica; en cambio, aumentaron los establecimientos de la industria de laminación de plástico.

¹² Por las razones apuntadas —nota 1— la participación del capital extranjero también está subvaluada. De las 5 empresas de la industria petroquímica pesada, 4 son totalmente extranjeras, y en la restante hay participación de este capital.

tejidos les permite apropiarse de la plusvalía extraída por las burguesías no monopolistas a sus obreros; a las grandes empresas textiles algodoneras por la existencia, en su rama, de pequeños competidores a los cuales pueden restar beneficios. Las razones de ello están en que:

1) el precio de los productos textiles debe cubrir los costos de producción para permitir la subsistencia de la pequeña empresa. Pero la diferencia de productividades entre las grandes y las pequeñas empresas, da a las primeras la posibilidad de obtener una plusvalía extraordinaria debida al mecanismo que hemos descripto

2) la existencia de pequeños capitalistas de la rama de tejidos, que no cuentan con suficiente capital circulante para comprar materias primas, y que trabajan para las grandes empresas textiles proveyéndolas de hilas y percibiendo a cambio tejidos que luego comercializan con su producción.

Aquí la transferencia de plusvalía no se produce por la relación de intercambio, entre dos ramas distintas, sino entre empresas de una misma rama, a través de la producción del mismo producto. Lo que sucede, es que la gran empresa textil cumple la función de capital comercial en esta relación.

Ahora bien, la expropiación de plusvalía a que es sometida la burguesía no monopolista, hace que ésta sólo pueda lograr una reproducción simple de capital descansando en la superexplotación de la fuerza de trabajo que contrata.

Pero la posibilidad de apropiación de plusvalía de la gran empresa textil no se agota aquí: ello le permite transferir la crisis que representó la aparición del sintético en el mercado interno. Esta posibilidad se origina en la existencia de un mercado altamente competitivo en la rama confecciones, a la que abastece. Los talleres de confecciones, al no poder absorber el aumento de precios de textiles con un aumento en su productividad, lo traslada a los precios de sus productos.

Esta traslación de precios afecta al salario real de la clase obrera de manera tal que, unido a la desocupación del período, obliga a la retracción de la demanda de estos productos y brinda una explicación del importante lugar que ocupa esta rama en el total de quebrantos.

Hemos visto cómo, analizando una

amorrortu editores

La cultura de la pobreza
Charles A. Valentine

Tres formas de la existencia frustrada. Exaltación, excentricidad, manierismo
Ludwig Binswanger

La crisis de la sociología occidental
Alvin W. Gouldner

Sociología de la alienación
Joseph Gabel

La dominación de América latina
H. Jaguaribe, C. Furtado y otros

La crisis del desarrollismo y la nueva dependencia
Th. Dos Santos, H. Jaguaribe y otros

Hegel, filósofo de la historia viviente
Jacques D'Hondt

La sociedad primitiva
Robert H. Lowie

Dialéctica de la praxis
Mihailo Markovic

Antropología aplicada
Roger Bastide

Hacia una psiquiatría comunitaria
Jacques Hochmann

El mito de la enfermedad mental
Thomas S. Szasz

Vida y muerte en psicoanálisis
Jean Laplanche

Reimpresiones

Ideología y teoría sociológica
Irving M. Zeitlin

Internados
Erving Goffman

Los partidos políticos
Robert Michels

Titulos en prensa

Marxismo y teoría de la personalidad
Lucien Sève

La concentración económica en Estados Unidos
Daniel Guérin y Ernest Mandel

Luca 2223 - Tel. 91-9224/27 - Buenos Aires

sola rama de las que experimentan la entrada del capital monopolista —petroquímica—, se verifica el afianzamiento de la burguesía monopolista nacional e internacional. Este proceso también ejemplifica cómo la burguesía textil, que fue uno de los pilares del crecimiento industrial en la época peronista, pierde base económica y poder político para restaurar las condiciones de la época pasada.

c) en la rama de cigarrillos y harina, tenemos otros ejemplos de traslación de plusvalía por medio del control de precios.

En el primer caso, se expolia a los campesinos minifundistas de las provincias tabacaleras, que no logran compensar mediante el aumento de sus rendimientos la disminución en el precio del tabaco, impuesto por la política monopolista de las empresas que están en la rama de cigarrillos.

En el segundo —harina—, la burguesía monopolista de la rama harina opera de modo similar a la de las grandes empresas textiles. No hay un monopolio absoluto, sino un grupo de grandes molinos harineros (los 8 mayores controlan el 58,50/o del valor de la producción) y el resto de la rama son molinos de escasa dimensión. Esta burguesía ejerce su poder tanto en el sector al que compra sus insumos (productores trigueros) como con quienes compran sus productos (panadería, fideos), quienes se encuentran en un régimen concurrencial. No es tan importante la evolución de los precios de estos sectores, —todos aumentan en proporción similar— sino las diferencias de productividad favorables a la rama harinera. Esta situación les permite apropiarse de plusvalía de la burguesía de ambos sectores y contribuir a la disminución del salario real.

Todos estos ejemplos, nos permiten demostrar la dirección que sigue la transferencia de plusvalía dentro del sector industrial. La burguesía monopolista —fundamentalmente radicada a las ramas a las que se incorpora en 1958— expropia a través de las diferencias de precios y productividad, parte de la plusvalía que la burguesía no monopolista extrae a su fuerza de trabajo, disminuyendo así la capacidad de acumular de ésta y aumentando, inversamente, la correspondiente al capital monopolista.

CORTÁZAR: entre la elipsis y el círculo

Jorge Rivera

Julio Cortázar,
Libro de Manuel.
Ed. Sudamericana, Bs.As. 1973.

1. Susana "la previsora" pega noticias en diversos idiomas para confeccionar el "libro de lectura" de su hijo Manuel. Se dedica a este proyecto de "alfabetización todavía remota" (Manuel gatea) y a "militar" con un grupo de franceses y exiliados latinoamericanos que planea el rapto de un "personaje importante" de paso por París. Los recortes y las peripecias del grupo convergen y se integran a diversas alturas del relato, e inclusive —por decisión de uno de los protagonistas— el discurso ficticio que las expone pasa a formar parte del "libro" de Manuel como un "material de lectura" más (lo que plantea unas relaciones de denotación-connotación sumamente complejas y abre, al mismo tiempo, una nueva dirección al proyecto pedagógico de Susana).

2. *Libro de Manuel* retoma las líneas básicas de *Rayuela*, la idea ya explicitada del *bricolage* y del lenguaje segundo que reflexiona sobre un lenguaje-objeto, el problema de la ubicación del narrador dentro del relato (que aquí se resuelve mediante la adición de puntos de vista), la cuestión de los límites que impone el lenguaje (resuelta en unos casos como mera reducción nominalista y en otros como desmontaje del automatismo y del papel represivo y alienante del lenguaje normativo), el peso que adquiere —como mecanismo compositivo— la evocación del pasado y la reversibilidad del tiempo, la densa presencia de ciertos elementos mnemónicos u oníricos, convertidos en motivadores y organizadores del relato, el manejo de la causalidad y la forma en que se propone romper con las ideas de jerarquización, de mediatización, de selección (pasar "de una esquina a una cama" sin experimentar cambios), los juegos

lingüísticos (la jerga de Lonstein), los recursos tipográficos, etc.

3. Cortázar vuelve a reflexionar, como en *Rayuela*, sobre los mecanismos y la organización del texto. Puede afirmarse, inclusive, que gran parte del libro es un trabajo circular sobre su génesis y desarrollo, que parece proponerse como desfeticización de la producción intelectual, de la lectura automatizada y "confortadora".

La historia real de la producción, repito, está integrada a la novela como trabajo textual y como trama, y en este sentido Cortázar se inscribe en la secular tradición de quienes problematizaron (como Cervantes, Sterne o Joyce) ciertas "convenciones" y "tópicos" del género para "rearmar" la novela y crear "lo nuevo". Con la salvedad de que Cortázar parece confiar excesivamente en la "partenogénesis literaria" (como diría Gramsci) y en cierta medida sólo problematiza lo novelístico en un plano puramente superestructural (a partir del peso prestigiador de fuentes, modelos e influencias y de cierta concepción idealista y enmascaradora de la *autonomía* del campo), mientras que para construir "lo nuevo", por el contrario, estos grandes creadores tuvieron en cuenta el espacio literario específico (con sus tradiciones y exigencias internas) y la convergencia "fecundante" sobre dicho espacio de la Historia y de las relaciones sociales, con todo lo que esta convergencia supone en cuanto a transformación valorativa de los materiales literarios y semánticos y en cuanto a dinamización de la imagen del mundo.

4. Cuando Cortázar habla, por su parte, de la atormentada "convergencia" de lo *testimonial* y lo *imaginario*, de la *militancia* y la *literatura pura*, reintroduce categorías ya superadas por la misma práctica de la literatura, y nos revela, fundamentalmente, su tendencia a cuestionar y a dejar al mismo tiempo sin respuesta integradora, como puede sospecharse con fundadas razones, una visión radicalmente dicotómica de la literatura y de la realidad: real/fantástico, lógico/analógico, racional/irracional, testimonial/imaginario, información/ficción, París/Buenos Aires, lenguaje poético/lenguaje enunciativo, etc.

5. Al elegir la línea de los *recortes* (especialmente al apelar a los testimonios sobre torturas a militantes, que es donde suponemos que se "juega" su propio compromiso) Cor-

tázar se coloca notoriamente en la corriente de problematización del discurso narrativo y de la función que cumple la literatura, abonada por autores que integran al texto la propia experiencia de lucha, el testimonio, lo documental, etc., como el Mailer de *Los ejércitos de la noche*, el Weiss de *Ermittlung* o el Walsh de *Operación Masacre* y *¿Quién mató a Rosendo?*

Pero en su caso —con el *Libro de Manuel* a la vista— es legítimo preguntarse si esta apelación a lo testimonial no termina por convertirse en una nueva “vuelta de tuerca” de la literatura, en un movimiento que transforma en *literatura* a uno de los discursos de la realidad, sin aportar iluminaciones que encuadren, amplifiquen o profundicen su dramático significado.

Es evidente que Cortázar descubre una nueva e importante flexión *narrativa* al incorporar a su libro el *corpus* testimonial de los *recortes* periodísticos, pero allí se detiene. Donde otros descubren medios para estructurar un discurso alejado de las convenciones “genéricas” y de los fetiches literarios congelados, una herramienta para construir formas de efectiva e inédita militancia revolucionaria *a través* de la literatura y *en* la literatura, él sólo parece percibir un aliado en su ya anacrónica batalla contra cierta concepción de la narrativa burguesa.

6. Tampoco se percibe en *Libro de Manuel*, en el plano ideológico más explícito, una transformación sustancial con respecto a viejos proyectos cortazarianos, tal como aparecen enunciados, por ejemplo, en artículos como *Irracionalismo y eficacia* (1949), *Situación de la novela* (1950), *Para una poética* (1964), etc.

Lejos de encauzar su pensamiento por vías y direcciones más actuales, que recojan el trabajo histórico e ideológico y el movimiento mismo de la realidad cotidiana latinoamericana, lo explicitado reproduce, esencialmente, la añeja y descontextualizada budinera surrealista de una *revolución total* en la que se amalgaman las perspectivas de Marx (*transformar el mundo*) y Rimbaud (*cam-biar la vida*), la búsqueda de transformaciones en las relaciones económico-sociales que rigen a la sociedad y, al mismo tiempo, la ruptura de las viejas estructuras de pensamiento, el cambio de la imagen del mundo, en suma.

Explicitación que también puede considerarse anacrónica, en la medida en que esta problemática —con diversa fortuna, por cierto— ya forma parte tanto de la reflexión política, de la producción ideológica y artística, etc., como de múltiples aspectos de la vida cotidiana.

7. Sin embargo, pensadas las cosas en los términos “universales” y “finalistas” de *Libro de Manuel*, la experiencia histórica parece demostrarle obviamente a Cortázar —como en su momento a los surrealistas— un cierto desfase revolucionario (de *karma* provocado por la burocratización) que se objetiva en la supervivencia de las represivas estructuras de pensamiento del “hombre viejo”.

Frente a este aparente *karma* de la Revolución, *Libro de Manuel* erige su versión de la propuesta reordenadora del “hombre nuevo”, una versión que promulga la transformación *poética* del hombre, la vigencia de ciertas formas de conocimiento analógico, la instauración de un humanismo no atomístico basado en la plena realización del juego, la contemplación estética y el erotismo, capaz de decapitar una concepción basada exclusivamente en los impulsos destructivo-represivos y destinada, en última instancia, a consolidar la reificación del mundo humano.

En *Libro de Manuel* la propuesta se objetiva a través de dos caminos atípicos: el acto-provocación y la racionalización de zonas generalmente reprimidas o castradas. Así como las acciones “gratuitas” y los “escándalos” dadaístas del grupo de exiliados parisienses tienden a mostrar las posibilidades “lúdicas” e “imaginativas” de una supuesta militancia (con un sentido muy prejuiciosamente “especializado” de lo imaginativo), la apología onanista de Lonstein legitima la existencia de zonas profundas, reflota los “ogros” liminales y pone en evidencia la carga de clandestinidad que el hombre arrastrará consigo a la Revolución. Puntualiza, fundamentalmente, la necesidad de concebir a ésta como un hecho *totalizador*, capaz de actuar sobre el conjunto de las realidades psicológicas del hombre. De ahí el temor, reiteradamente manifestado, a esa *burocratización* revolucionaria que comienza por instaurar represiones eróticas, estéticas y psicológicas, y consecuentemente la necesidad de tender “puentes” a través de una

pedagogía con signo cambiado (como la que propone *Libro de Manuel*).

8. Resulta imposible no estar de acuerdo, en líneas generales, porque una Revolución incapaz de promover esa profunda rehumanización integradora no sería, en verdad, más que un nuevo motivo de escándalo. De acuerdo, pero con la objeción central de que en este proyecto la *práctica revolucionaria* de las masas y de la militancia (que es una verdad histórica y un camino ineludible) es reemplazada por la acción del *vidente*, como si la alienación y la reificación del “hombre viejo” fuesen sólo una “desventura del espíritu” necesitada de ciertos exorcismos, y no una consecuencia objetiva de las relaciones que se verifican en la sociedad; y la observación complementaria de que, por añadidura, la propuesta del *vidente* no hace más que evidenciar —como residuo del paso de Cortázar por la ideología elitista y privilegiadora de *Sur* y como clave de sus propias contradicciones ideológicas— una poética en gran medida metafísica, arquetípica y ritualista, fundada en una añeja filosofía romántica del lenguaje (que prescinde de los debidos encuadramientos gnoseológicos, semánticos y sociológicos) y en una antropología colonizadora que desdeña la fundamental unidad del pensamiento humano y que sus propios creadores se encargaron de rectificar hace tiempo, al redefinir críticamente muchos de los conceptos y categorías que Cortázar incorpora con menos cautela a su discurso (cfr. Lucien Lévy-Bruhl, *Camets*, 1949).

9. Acaso debamos preguntarnos también si las frecuentes interrogaciones sobre el porvenir de la Revolución (sobre su resultado final como “forma intemporal de la sociedad humana”) no la reducen a términos escatológicos, si esta cavilosa indagación “finalista” no reimplanta, contradictoriamente, una suerte de pensamiento *arcaico* que reflexiona sobre las propiedades y circunstancias de esa Edad de Oro colocada en el futuro, y omite el carácter dialéctico e inagotable del desarrollo histórico o, lo que es más grave, el carácter actual y los términos concretos de esa lucha en América Latina.

10. Así las cosas, la espiral anunciada por Cortázar con la aparición de 62 y con la tan difundida “maduración” de su proyecto ideológico se convierte, a causa de *Libro de Manuel*, en un módico círculo virtuoso.

MALDONADO: el diseño todopoderoso

Jaime Zapata

Tomás Maldonado
Ambiente humano e ideología
Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires
1972.

El último libro de Maldonado editado entre nosotros señala la intersección de dos trayectorias: por un lado la del autor, en sus líneas fundamentales crecida sobre los puntos de partida que conocimos en los primeros trabajos que llegaron de su etapa europea. Por el otro lado la traza errática de una polémica confusa y aún no saldada, en la que nos debatimos los diseñadores argentinos. Y aunque resulte paradójico, sin aportar, el libro permite medir los avances que hemos realizado. Surgidos de un nudo común, de una casi identidad, la confrontación actual nos indica que quedan innumerables problemas para resolver pero que también es mucho lo despejado y que, entre las cosas que hemos dejado atrás figura el pensamiento de Tomás Maldonado.

Para comprenderlo cabalmente debemos recordar que fue el héroe mítico de una generación de arquitectos y diseñadores que personalizamos en él una visión positiva del diseño y su práctica: su brillante carrera en los círculos del diseño in-

ternacional, el haberse constituido en heredero intelectual de la Bauhaus, sus polémicas intervenciones en el ICSID, nos afirmaban. Maldonado nos recordaba desde Ulm que no todo estaba perdido y que era posible sostener un combativo optimismo sobre el alcance y posibilidades de la tarea del diseñador. Pero tan importante como el punto terminal de su ascenso era la trayectoria intelectual que lo había conducido allí. Aproximado a los problemas del diseño desde una particularidad —pintor abstracto— volcado luego al diseño industrial por opción de modernidad, culminaba interesándose en el campo más vasto del diseño ambiental. Sus pasos materializaban un camino intelectual, copiosamente compartido, en el que, generalizaciones cada vez más amplias, nos empujaban desde el diseño de objetos de uso o desde el diseño arquitectónico, a plantearnos los problemas del ambiente total en que se desarrolla la vida humana.

Hoy, diez años después, el agotamiento intelectual de Maldonado, sintetizado en su último libro, nos confirma la endeblez de aquella escalada hacia la generalización que conducía del diseño de las partes a la necesidad de diseñar el mundo. Su falacia residía en desarrollarse

como un movimiento interior al diseño; había surgido como respuesta a problemas descubiertos desde el diseño y que se solucionarían a través de él. Orden o Desorden era la dramática alternativa de nuestro tiempo y sólo nosotros estábamos en condiciones de proponer una salida, de diseñar un mundo mejor.

Con este punto de partida, la generalización que intentábamos, lejos de permitir una toma de conciencia del carácter estructural de los problemas que se analizaban, ofrecía la ficción de un universo simplificado, poblado solamente de las variables que podían descubrirse y abordarse desde el diseño. En lugar de relativizar las soluciones parciales que ofrecíamos desde la práctica, inducía a parcializar la realidad, mutilándola para convertirla en un objeto diseñable.

Debemos reconocer que esta tendencia a momificar la realidad es un mal ya crónico: en el campo de la arquitectura, "forma", "función" y "técnica", los pivotes teóricos de la arquitectura burguesa de los años 30, se ofrecen —actualizados en "flexibilidad" o "indeterminación"— como explicación que abarca no sólo la arquitectura, sino que permiten traducir la realidad social a valores arquitectónicos. Su objetivo es, to-

avía, constituirse en un filtro interpuesto entre la realidad y el diseño que deja pasar sólo los elementos pertinentes.

Sin embargo, detrás de la "función", tercamento reaparece la necesidad social y su problemática política en la sociedad de clases; las opciones tecnológicas se convierten en un catálogo del que se eligen alternativas ingeniosas o "lindas" si no se las encuadra en la lógica productivo-económica que orienta a la mercancía; la "forma", fuera de las artes plásticas, se presenta como forma-producto, surgida en concretas condiciones de producción.

La simplificación de las contradicciones a problemas diseñables y el consiguiente destino profético de los diseñadores, aparecen actualizados en los escritos de Maldonado. Ya no es posible enunciar una disyuntiva como la de "arquitectura o revolución"; sin embargo, acudiendo a expresiones más cautelosas o a una presentación más amplia del contexto, persiste el mismo significado. En una conferencia pronunciada en Córdoba en 1965, expresaba: ". . . la tarea de dar estructura y sentido al entorno humano es la más difícil y delicada de todas las tareas imaginables". "Es esta justamente la tarea de los que, de un modo u otro, somos tributarios de la calidad última del equipamiento individual y social, es decir, de los urbanistas, de los arquitectos y de los diseñadores industriales" (. . .) "Un nuevo mundo está en formación, un mundo que necesitará para su desarrollo y expansión de nuestro ingenio inventivo, de nuestro saber técnico y científico, de nuestra facultad de síntesis, de nuestra sensibilidad cultural, de nuestra experiencia en el juicio de los valores más sutiles de la vida cotidiana".

Las consecuencias de esta visión aparecen diseminadas a lo largo de la obra de Maldonado en la que el personaje omnisciente es el "Diseño", espacio continuo y propio, una práctica aislable y analizable en sí misma aun cuando se implante sobre objetos diferentes. El diseño de objetos de uso, de objetos arquitectónicos, el diseño urbano o el diseño ambiental, no serían sino partes del "Diseño" en general.

Lógicamente, los "Diseñadores" (industriales, arquitectónicos o urbanísticos) serían los responsables "naturales" de la configuración de

sus respectivos objetos y, por extensión, del ambiente humano.

Pero los datos que provee la realidad son otros: el "Diseño" aparece fragmentado e incluido en prácticas productivas diferentes en cuyo interior cobra significados y características distintas. Proclamar la existencia del "Diseño" como campo continuo, implica relegar a un papel subalterno las determinaciones que surgen de los respectivos procesos productivos en los que el "Diseño" actúa y, paralelamente, supone concentrada en los diseñadores una gran capacidad de transformación, ya que desarrollan una actividad no condicionada por dichos procesos.

Así, en el pensamiento de Maldonado no existen posibilidades de explicar la distancia que separa el papel que los diseñadores se han adjudicado, del que realmente cumplen. Todo tendría su origen en un absurdo, en un gigantesco mal entendido: "Nunca, en consecuencia, urbanistas, arquitectos y diseñadores industriales hemos tenido, como en nuestra época, a la vez tanto y tan poco para hacer, a la vez tantas posibilidades virtuales y tan pocas posibilidades reales; nunca se nos ha necesitado tanto y ocupado tan poco. Lo que implica, de hecho una de las contradicciones más absurdas, más insostenibles, las muchas que nos es dado comprobar, por que nada es hoy de mayor urgencia que lograr articular una respuesta satisfactoria al actual clamor multitudinario por un equipamiento a la altura de la dignidad humana"(. . .). "Viéndolo bien, nuestro forzado exilio es más que un absurdo, es una irresponsabilidad que ningún argumento puede justificar. Tareas en escala nacional, regional, municipal, reclaman nuestra colaboración, pero se nos obliga a ignorarlo, y lo grave es que concientes o no, obedecemos".

Instalado en la esfera ideal del "Diseño" sólo queda a Maldonado solicitar "actitudes" e "intenciones" que cambien la situación, apelar a la necesidad de comprender, de superar el absurdo. De allí que su discurso se dirija simultáneamente a dos interlocutores: por un lado a los responsables "de facto" de la configuración del ambiente llamándolos a la reflexión; por el otro, a los responsables "naturales", los diseñadores, alentándolos a ocupar el lugar que les corresponde a partir de descubrir ante ellos el inmenso poder que po-

tencialmente poseen: el Poder de Diseño.

Los beneficiarios (o víctimas) de esta situación, es decir las masas de población cuyo ambiente se diseñará, son los grandes ausentes de la polémica: sólo cuentan en tanto diseñables. Como todo pensamiento idealista la apelación de Maldonado termina convirtiendo el desarrollo de la historia en una discusión entre notables, una intriga de corte en la que los herederos legítimos del trono luchan por destituir al advenedizo y devolver la felicidad al pueblo que, en la escena final, ovacionará agradecido a los diseñadores.

El poder del diseño en las facultades de arquitectura

Aún a riesgo de particularizar el tema centrándolo en la arquitectura, resulta obligado hacer algunas observaciones sobre su crítica situación actual; de un modo directo, la polémica que se desarrolla en su interior involucra una concepción de la cual Maldonado es representante.

En las facultades de arquitectura subsiste, oficialmente, esta visión irreal y voluntarista de las capacidades del "Diseño". Cuestionadores y cuestionados parecen partir en sus propuestas de éste suelo común. Es normal, por ejemplo, escuchar a la izquierda política del movimiento estudiantil invitando a "optar por diseñar para el pueblo" como si efectivamente se tratara de una opción ética. Frustrante y finalmente reaccionaria, la apelación mantiene en las sombras el estudio profundo de la arquitectura burguesa. Como instrumento político su validez sólo alcanza al período vital en el que el estudiante mantiene su desvinculación (mayor o menor pero siempre cierta) del proceso productivo. Enfrentado luego a una realidad que pide nuevas explicaciones para nuevas opciones, el esquema voluntarista del diseño es inoperante y ayuda a identificar la etapa crítica con un período vital, una comezón juvenil.

Agitativa hacia el presente, ésta situación tampoco capitaliza hacia el futuro ningún conocimiento heredable: el socialismo solicitará del diseñador su aporte técnico armonizado al desarrollo de las fuerzas productivas y la mejor escuela para esto es, hoy, el estudio científico y crítico de los procesos productivos de la arquitectura burguesa.

El desfase entre la idea que los diseñadores tienen de sí mismos y de su práctica y las condiciones reales en que deben desarrollarlas, ha generado una verdadera neurosis colectiva. Sin nuevas herramientas teóricas, los movimientos cuestionadores deben recurrir a los viejos conceptos e intentar presentarlos como ideales no cumplidos, olvidando que los mismos no describen siquiera la propia realidad de la arquitectura burguesa. De algún modo se repite la trayectoria de aquel socialismo primitivo que impugnaba la revolución burguesa reprochándole el no cumplimiento de sus slogans de libertad, igualdad y fraternidad.

Ejemplo típico de ésta situación lo constituyen los círculos intrínsecos desarrollados en torno a la relación objeto/usuario, carentes de solución en tanto no se enfoquen en términos de producto/consumidor. Se lucha contra los vicios del diseño en el capitalismo desde una perspectiva ideal, en tanto se desconocen los mecanismos reales mediante los cuales el sistema desvirtúa los objetos diseñados.

Enfrentamos el envejecimiento de la práctica del arquitecto tal como es concebida en las facultades. Seguramente han contribuido a ello el origen histórico de la arquitectura, localizada en los objetos singulares del pasado (catedrales, palacios, monumentos en suma) y la tradicional dependencia teórica y valorativa que se tributa a las artes plásticas. Términos como *expresión* o *unidad*, originados en ellas son traspasados a la arquitectura en un rango similar al que ocupaban en la esfera artística.

Esta tradición esteticista confluye con líneas de pensamiento que, como la de Maldonado, proponen directa o indirectamente la autonomía del diseño. El común denominador de ambas vertientes es ignorar el proceso productivo propio del objeto diseñado y negarse a situar al diseño como un movimiento interior al proceso de producción.

El análisis del rol del arquitecto, carente de apoyaturas científicas se transforma en opciones individuales que son asumibles desde la absoluta subjetividad. En lo específico de la disciplina, los falsos límites, rechazados, indeterminan el campo de acción de los arquitectos y desbaratan cualquier avance metodológico parcial.

El diseño, práctica auxiliar de la producción de objetos. El diseño de objetos de uso y de objetos arquitectónicos

Una de las características técnicas del modo de producción capitalista consiste en el afinamiento y control de los procesos de trabajo. La participación de numerosos individuos en la secuencia productiva, crea la necesidad de determinar con precisión los papeles a cubrir por cada uno. El control de costos, objetivo final del control de los procesos de trabajo, es condición indispensable para insertarse en el mercado de oferta y demanda.

El papel del diseñador aparece condicionado, en primer lugar, a un proyecto de consumo que individualiza el sector de la población al que se destinará la producción, reconocido ya su nivel adquisitivo y establecido un correspondiente umbral de satisfacción de la necesidad. En segundo lugar, deberá responder a un proyecto de producción que articulará medios productivos y fuerza de trabajo en un proceso de trabajo económicamente factible para el capitalista, es decir que produzca ganancia.

Este esquema es válido para la generalidad de los productos surgidos de procesos de producción industrializados, cualquiera sea su tamaño físico. El pequeño objeto de uso, el automóvil o la vivienda industrializada son aquí iguales. Analizando en éste caso el papel del diseñador podemos observar que su "libertad" relativa es función inversa a la necesidad de control de costos. Y, como hemos observado más arriba que el control de costos surge como consecuencia de la participación del producto en el mercado, podemos sintetizar diciendo que en todo proceso altamente socializado, cuyo producto participe del carácter de mercancía, el diseñador deberá moverse en marcos sumamente delimitados partiendo, como dato fundamental ya fijado, de un umbral de satisfacción de la necesidad. En éstas condiciones tranquilizar la mala conciencia proponiéndonos en las facultades la reformulación de programas de necesidades, puede ser tan pernicioso como sortear su análisis crítico.

Observemos de paso que no es el nivel tecnológico lo que determina las características del rol del

diseñador, sino la participación, o no, del producto en el mercado de oferta y demanda. Por ejemplo: la producción de edificios de vivienda mediante métodos tradicionales o industrializados, destinados a ser ofrecidos en el mercado, se ajusta a esta descripción y resulta fácil verificar en la realidad que es una de las alternativas que genera mayores dependencias para el diseñador que normalmente aparece como asalariado del productor.

Si bien las características que hemos enunciado responden a la generalidad de la producción capitalista, es posible observar variantes: los objetos arquitectónicos movilizan un volumen de capital que en algunos casos justifica la creación de procesos productivos "a la medida" del objeto. En tanto que en objetos de reducido porte económico, la ganancia sólo puede producirse a través de su producción repetitiva y su ingreso masivo al mercado, algunos objetos arquitectónicos permiten justificar inversiones rentables en torno a la producción de unidades. Esta misma característica (su volumen financiero) dificulta en otros casos la creación de procesos industrializados ya que, la discontinuidad de la demanda o la gran inversión necesaria para fabricarlos en serie, resultaría inconveniente.

Consecuencia de ésta particularidad, la industria de la construcción ha cristalizado una curiosa forma de producción "discontinua" que sigue vigente aunque con tendencia desaparecer. El funcionamiento del sistema, tal vez todavía el más común, es en líneas generales el siguiente: activado el mecanismo por la sollicitación de la demanda (generalmente el propio usuario) mediante diferentes procedimientos de selección (concursos, licitaciones, etc.) se reconstruye un proceso de producción que dejará de existir como elemento relacionado al finalizar la obra. Empresas constructoras, artesanos independientes, estudios de profesionales diversos, etc., son sus actores. En éste conjunto, el diseñador ocupa una posición autónoma, generalmente no vinculado en dependencia salarial con el productor ni con el promotor económico.

El resultado de esta desarticulación (amén de alimentar las fantasías de libertad de los diseñadores) es la imposibilidad de gestar procesos productivos continuados desde el

punto de vista ergonómico, y ofrecen, potencialmente, el riesgo de un descontrol de costos. La dificultad de competir en el mercado en estas condiciones (en los casos en que el producto concorra efectivamente allí) va llevando al abandono progresivo del sistema, arrastrando consigo al arquitecto como profesional liberal, convertido en un anacronismo.

Como significativa forma de transición han aparecido los concursos/licitaciones con precio único, destinados a programas de vivienda o equipamiento anexo que, buscando el control final de costos, obligan a unificar las propuestas del diseñador y del productor. Tal unificación se traduce, invariablemente, en algunos de los mecanismos de dependencia del diseñador hacia el productor (subsidio, salario o elección de alternativas a cargo de la empresa). Su carácter de forma de transición reside en que recoge la forma histórica anterior (empresa constructora y diseñador separados) y obliga a una fusión, aunque no sea permanente.

Los factores económicos que movilizan ésta evolución, aunque determinantes, no son únicos. Insertado en la estructura de clases, el objeto arquitectónico cobra significados que trascienden su propia utilidad, en parte por su importancia en el paisaje urbano. La gestación de símbolos de diferenciación o de afirmación de determinadas situaciones de privilegio social —tema de la crítica semiótica— puede constituir objetivo fundamental de algunas formas particulares de la producción de objetos arquitectónicos.

Tal es el caso de los concursos de anteproyectos tradicionales (generalmente destinados a bancos, edificios estatales u otros objetos singulares) en los que su propia mecánica invita al descontrol de costos (consumidor asegurado, definición de bases/necesidades y elección de propuestas por personajes no comprometidos económicamente con el objeto final —asesores y jurados—, definición del objeto sin referencia a medios productivos concretos, etc.). Debemos entender en los concursos de anteproyecto que el control de costo ha pasado a un segundo plano, desplazado por otro objetivo al que se subordina: la gestación de mensajes implícitos en la "forma". Lógicamente, esta característica suele

hacer que los proyectos así generados no sean construibles o no exista interés en construirlos (en nuestro país, el 90% de los concursos no se materializan en obra). También se explica de éste modo que sea en los concursos donde los arquitectos continúan siendo imprescindibles y en los que la mitología profesional descubre las mayores posibilidades de "hacer cosas".

Sin pretender agotar el tema hemos querido señalar lo lejos que se encuentra la polémica voluntarista de las fuentes en las que debemos buscar criterios para definir el rol del diseñador y cómo, a riesgo de perder contacto con la realidad, debemos partir del estudio de las determinaciones de los procesos productivos concretos para descubrir cuáles son las opciones que quedan en nuestras manos.

El diseño del ambiente

Para aproximarnos a los problemas que plantea el diseño ambiental, pareciera igualmente imprescindible un reconocimiento previo de los "modos de producción" del ambiente a fin de estructurar una estrategia de nuestra participación en un tema que, como totalidad, escapa a los marcos del diseño y se acerca a los de la política. Que el ambiente humano aparece hoy como una caótica adición de elementos movilizados y localizados por fuerzas contradictorias, lo sabemos. Pero es lastimosamente poco para adjudicarnos la responsabilidad de diseñarlo. Problema para la investigación y la reflexión, debemos encararlo con particular humildad en cuanto a nuestra participación. Hoy los diseñadores necesitamos de la idea de totalidad que acompaña al "ambiente" más como horizonte de nuestra tarea que como objetivo propio de nuestro trabajo. Y ello por no renunciar a un compromiso sino por que no estamos en condiciones de abordarlo.

La teoría de la necesidad en la sociedad de clases exige ser desarrollada. Si ella confirma, por oposición a lo actual, que "la libertad es el derecho a definir la necesidad", descubriremos, tal vez, que el problema del ambiente no consiste centralmente en preparar técnicos que se "responsabilicen" de él, recreando el uso represivo que los diseñadores hoy hacemos de nuestra práctica, sino contribuyendo a posibilitar la

participación real de las masas en la definición de ambientes que las expresen como actores.

El libro de Maldonado, recientemente editado en la Argentina, le presenta aún enfrascado en el campo sin salida del cuestionamiento idealista a los problemas de "Diseño" contemporáneo. El pequeño mamotreto, donde se codean y contradicen más de 350 autores en 160 páginas de formato pequeño, señala por un lado la solvencia informativa del autor. Por el otro, los taxativos límites de un "intelectual técnico" tal como el mismo se define. Nuevamente aquí, se pretende que la historia del ambiente humano, surja de la dialéctica de autorizadas ideas en pugna.

Desde un punto de vista más general, expresa la culminación de un pensamiento que abarcó escalas crecientes sin haber despejado metodologías particulares y relacionables entre sí, en tanto creció sobre el territorio ficticio del "Diseño" entendida como actividad homogénea, aislable de los procesos productivos sobre los que se vuelca. Desencadenados en sustancia, los artículos que conforman el libro, terminan apareciendo como un conjunto de misceláneas en las que campea el viejo arquitecto salmudiante, un pesado que abarca los temas más variados con actualidad y falta de rigor.

Maldonado ha dejado de pertenernos. El y nosotros hemos cambiado mucho en 10 años. Su visión de los problemas del ambiente desde la óptica parcial de su deterioro por la polución, encara una problemática propia de las metrópolis imperialistas. La reciente conferencia internacional sobre el deterioro del ambiente y la rotura del equilibrio ecológico, expresó en su desarrollo la intrincada gama de intereses políticos y financieros que limitan cualquier "racionalización" del ambiente. Igualmente, el programa brasileño de localizar industrias sucias en el interior de la cuenca amazónica, muestra la inutilidad de tratar los problemas del ambiente fuera de un enmarque político.

Todo hace suponer que el pensamiento de Maldonado está condenado a la desesperación. Algunas líneas del prefacio así lo anticipan. De cualquier manera, desde esta argentina del 73, sus reflexiones se parecen mucho a los desechos de la sociedad industrial: contribuyen a la polución ideológica.

Librería Galerna

Tucumán 1425, Bs. As. - Tel. 45-9359

LIBROS RECIBIDOS DE CHILE

- Besse, Harnaker, Chonchol, Dos Santos y otros: **TRANSICION AL SOCIALISMO Y EXPERIENCIA CHILENA**, 192 pg. \$ 35.00
- Cademartori: **LA ECONOMIA CHILENA**, 294 pg. \$ 35.00
- Caputo-Pizarro: **IMPERIALISMO, DEPENDENCIA Y RELACIONES ECONOMICAS INTERNACIONALES**, 360 pg. \$ 45.00
- CEREN- SOBRE LA JUSTICIA EN CHILE**, 165 pg. \$ 20.00
- Theotonio Dos Santos: **CONCEPTO DE CLASES SOCIALES**, 120 pg. \$ 10.00
- Garcés: **REVOLUCION, CONGRESO Y CONSTITUCION (EL CASO TOHA)**, 423 pg. \$ 30.00
- Harnacker - Uribe: **CUADERNOS DE EDUCACION POPULAR** (Caja con 8 Cuadernos, Nos. 1 al 7), \$ 50.00
- Inst. de Economía y Planificación: **LA ECONOMIA CHILENA EN 1972**, 465 pg. \$ 50.00
- Jobet: **EL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE**, Tomos 1 y 2, 490 pg. \$ 42.00
- Kautsky: **ORIGENES Y FUNDAMENTOS DEL CRISTIANISMO**, 572 pg. \$ 44.00
- Lechner: **LA AYUDA EXTERNA EN LA ESTRATEGIA IMPERIALISTA**, 125 pg. \$ 35.00
- Jobet: **PENSAMIENTO TEORICO Y POLITICO DEL PARTIDO SOCIALISTA**, 575 pg. \$ 38.00
- Maira: **CHILE: DOS AÑOS DE UNIDAD POPULAR**, 295 pg. \$ 28.00
- Marighella: **ESCRITOS DE MARIGHELLA**, 304 pg. \$ 36.00
- Novoa: **LA BATALLA POR EL COBRE**, 478 pg. \$ 38.00
- Ramos: **CHILE: ¿UNA ECONOMIA DE TRANSICION?**, 284 pg. \$ 32.00

LIBROS RECIBIDOS DEL URUGUAY

- Arens-Pons: **CAPITALISMO, IMPERIALISMO Y SOCIALISMO**, 74 pg. \$ 10.00
- Bagú y otros: **EL URUGUAY EN LA CONCIENCIA DE LA CRISIS**, 324 pg. \$ 27.00
- Barríos Pintos: **HISTORIA DE LOS PUEBLOS ORIENTALES**, 551 pg. \$ 45.00
- Benedetti, Galeano y otros: **CUENTOS DE LA REVOLUCION**, 122 pg. \$ 13.00
- Dotta y otros: **EL URUGUAY GANADERO**, 180 pg. \$ 17.00
- Galeano: **CRONICAS LATINOAMERICANAS**, 143 pg. \$ 17.00
- Machado: **HISTORIA DE LAS ORIENTALES**, 393 pg. \$ 50.00
- Magdoff: **LA ERA DEL IMPERIALISMO**, 194 pg. \$ 20.00
- Milliot: **EL DESARROLLO INDUSTRIAL DEL URUGUAY** (De la Crisis del 29 a la posguerra) 387 pg. \$ 40.00
- Ribeiro: **CONFIGURACIONES HISTORICO-CULTURALES AMERICANAS**, 139 pg. \$ 19.00
- Trías: **URUGUAY HOY. CRISIS ECONOMICA Y CRISIS POLITICA**, 95 pg. \$ 12.00
- Trías: **URUGUAY Y SUS CLAVES GEOPOLITICAS**, 171 pg. \$ 19.00
- Trías: **IMPERIALISMO, GEOPOLITICA Y PETROLEO**, 55 pg. \$ 8.00
- Trías: **IMPERIALISMO Y ROSCA BANCARIA EN EL URUGUAY**, 116 pg. \$ 12.00
- Barrán: **HISTORIA RURAL DEL URUGUAY MODERNO**, Tomo I, 207 pg. \$ 22.50; Tomo II, 680 pg. \$ 75.00
- Zum Felde: **PROCESO HISTORICO DEL URUGUAY**, 294 pg. \$ 35.00
- Barrán: **HISTORIA SOCIAL DE LAS REVOLUCIONES DE 1897 y 1904**, 209 pg. \$ 30.00